ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA



MARZO MCMLIX



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Serrano, 117. Teléfonos 33 39 00 - 33 68 44

DISTRIBUCIÓN:

Librería Científica Medinaceli. Duque de Medinaceli, 4

MADRID

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA

TOMO XLIII Núm. 159 — Marzo, 1959

MADRID

S U M A R I O

Páginas

ESTUDIOS:

El cine español y sus problemas actuales, por *José M.ª García Escudero* 353

NOTAS:

La unidad de Europa en el pensamiento de Pío XII, por *Alberto Martín-Artajo* 380
La economía social en el Magisterio de Pío XII, por *Fernando Guerrero* 395

INFORMACIÓN CULTURAL DEL EXTRANJERO:

La huella de España en la cultura austríaca, por *Stefan Hofer* ... 406
Moby Dick y la lucha espiritual de Herman Melville, por *Howard R. Floan* 421

Noticias breves: Música inglesa contemporánea, por *Scott Goddard.*—La Iglesia católica en la China roja 431

Del mundo intelectual 444

INFORMACIÓN CULTURAL DE ESPAÑA:

Crónica cultural española: Castillo Puche, Premio Nacional de Literatura, y Vidal Cadellans, Premio Nadal, por *Enrique Pastor Mateos* 449

Noticiario español de ciencias y letras 461

Depósito legal M. 55-1958

Páginas

BIBLIOGRAFÍA:

FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA:

Un diccionario de Filosofía, por *Joaquín Carreras Artau* 466
Política y cosmovisión, por *José Luis Santaló* 468
Una Antología del pensamiento político, por *Pedro Voltes* 473
GALVAO DE SOUSA, JOSÉ-PEDRO: Política e Teoría do Estado, por *Rafael Gambra* 474
E. LEUCHTENBURG, WILLIAM: The Perils of Prosperity, por *Rodolfo Gil Benumeya* 476
SICÉ, STANISLAS: La France requiert, por *Juan Roger* 477

HISTORIA Y VIAJES:

Novedades historiográficas del mundo moderno, por *R. Olivar Bertrand* (Obras de C. V. Wedgwood, Leon Bernard, Theodore B. Hodges, Fernando Díaz-Plaja, Harold Livermore, G. R. Elton, Marc Slonim, R. J. Mitchell, M. D. R. Leys, Ramón Menéndez Pidal, Duque de Maura, Ernest Dudley y Beverley Nichols) 478
KITSON CLARK, G.: Guide for research students working on historical subjects, por *Eloy Benito Ruano* 495
La sociedad española vista por el marqués de Valdeiglesias, por *Francina Solsona* 496
Expediciones científicas y deportivas, por *L. B. Fuster* 497

BIOLOGÍA:

La evolución de los sistemas genéticos, por *Eugenio Ortiz* 504
Genética, desarrollo y evolución, por *S. V. Peris* 505
HILL, R., y WHITTINGHAM, G. P.: Fotosíntesis, por *Gonzalo Giménez Martín* 507

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, ex director general de Cinematografía y Teatro; asesor general del Ministerio del Aire.
ALBERTO MARTÍN-ARTAJO, secretario general del Consejo de Estado; ex ministro de Asuntos Exteriores.
FERNANDO GUERRERO, doctor en Derecho; secretario de Acción Social Patronal. Madrid.
STEFAN HOFER, profesor de Filología románica. Universidad de Viena.
HOWARD R. FLOAN, profesor visitante de literatura norteamericana en la universidad de Zaragoza.
SCOTT GODDARD, crítico musical.
ENRIQUE PASTOR MATEOS, director de las Bibliotecas y Museos Municipales. Madrid.

ARBOR publicará próximamente, entre otros, los siguientes originales:

La pintura religiosa de Georges Rouault, por *Alfonso Roig.*
Aspectos del vivir islámico en la España medieval, por *Arnald Steiger.*
Problemas que plantea la investigación de petróleos en España, por *J. M. Ríos.*
Alaska, nuevo Estado de la Unión, por *Amando Melón.*
Sobre Baroja y la novela de aventuras inglesa, por *José Alberich.*

La Revista no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y opiniones mantenidas en su trabajo.

DIANA, Artes Gráficas.—Larra, 12. Madrid.

EL CINE ESPAÑOL Y SUS PROBLEMAS ACTUALES

Por JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO

EN la *Historia en cien palabras del cine español,* que publiqué hace años, empezaba distinguiendo el problema artístico del económico: alma y cuerpo del cine español. Comencemos por lo material.

PARTE I

EL PROBLEMA ECONÓMICO DEL CINE ESPAÑOL.

La industria cinematográfica tiene tres ramas: producción, distribución y exhibición. Al Estado le interesa de manera especial la primera, porque fundadamente considera que una película no es un simple producto comercial, sino algo que influye en el modo de ser de la nación. A la producción me refiero principalmente en este trabajo.

Nuestra producción es deficitaria. Lo es, por lo menos, desde hace una veintena de años. No puede vivir de sí misma. Tampoco tiene de dónde obtener el dinero que necesita para vivir. El crédito bancario, fuente normal de la mayoría de las industrias, falta en ésta. La razón no es sólo ni principalmente el riesgo inherente a la industria del cine, donde nunca se puede asegurar si una película será o no un éxito, sino que, como dice Eduardo Moya López en el serio estudio que publicó en la "Revista de Economía Política", de junio-

diciembre de 1956, "la Banca privada no es aficionada al juego". "Y el cine español —añade— lo es. Demasiada aventura y aventureros, descrédito del producto, poco mercado"... Más adelante examinaré este capítulo: la picaresca del cine español. Por ahora, diré únicamente que, a falta de la iniciativa particular, es el Estado quien se adelanta a facilitar al cine nacional la ayuda que necesita en forma de crédito y hasta le subvenciona.

Voy a considerar sucesivamente:

Quién ayuda.
De dónde ayuda.
Cómo ayuda.
Con qué criterio ayuda.

1. *Quién ayuda.*

Decir que ayuda el Estado es, según se mire, decir demasiado o decir muy poco. A lo largo de este estudio, va a saltar constantemente bajo mis palabras un hecho: la ausencia de una política cinematográfica propiamente dicha por parte del Estado, y quiero decir con ello la falta de un pensamiento firme y firmemente aplicado sobre lo que debe ser nuestro cine y sobre la manera de hacer que lo sea. Ahora bien; ello ha sido la consecuencia lógica de la confluencia, en el cine, de tres Departamentos ministeriales igualmente, digamos, "soberanos". Ha faltado un mando único. Sobre su necesidad, nada más significativo sino que, en la encuesta que el Instituto de la Opinión Pública hizo entre profesionales del cine, hace pocos años, la pregunta que obtuvo la contestación más concluyente fué ésta: "¿le parece necesaria la unificación de todos los trámites administrativos relacionados con la producción, centralizándolos en un solo Departamento?" Pues la diversidad de competencias se reflejaba en conflictos incesantes, siempre perturbadores y frecuentemente pintorescos. "El Estado" ha sido, en definitiva, "los Estados"; demasiados organismos para una función.

La fusión de las tres Juntas Clasificadoras que existían, realizada por Decreto de 21 de marzo de 1952, y la constitución, por otro De-

creto de la misma fecha, de un Consejo Coordinador de la Cinematografía, fueron dos pasos importantes, pero que no resolvieron el problema. La actividad de las Juntas, tanto como de la Junta única que las sucedió, se limitaba a la censura y clasificación de películas, por lo que sólo en este aspecto tenía eficacia la fusión; y, en cuanto a la dirección económica, el Consejo había sido concebido, en los proyectos anteriores a las disposiciones citadas, como cerebro director de un Instituto, llamado a asumir —bajo la presidencia del director general de Cinematografía— las funciones que hasta entonces se habían repartido el Sindicato Nacional del Espectáculo y el Ministerio de Comercio (el mencionado director general no detentaba en la realidad más que la dirección artística, y aun ésta solamente en parte); pero el Consejo, aunque aparecía, sí, en la reforma legislativa de 1952, era sin llegar a dirigir, y a la cabeza de un Instituto de Orientación Cinematográfica falto de funciones ejecutivas y que, por esto, más bien representaba una aspiración sin contenido. Las cosas han variado últimamente de manera radical con la supresión, mediante Decreto de 28 de abril de 1958, del llamado Servicio de Ordenación Económica de la Cinematografía, que radicaba en el Ministerio de Comercio, y la transformación del Instituto de Orientación en el Instituto Nacional de la Cinematografía, que asume las funciones del extinguido Servicio y, en consecuencia, la mayor parte de las funciones directivas dentro del cine español, y está administrativamente encajado, como es natural, en la Dirección General de Cinematografía, del Ministerio de Información y Turismo.

Con ello existe un instrumento que, debidamente utilizado, puede transformar el triste panorama económico del cine español.

Contemplemos cuál es.

2. *Los fondos de ayuda.*

Parece lógico que, si el Estado ayuda al cine nacional, los fondos de ayuda procedan del presupuesto del Estado. Pero, como tendremos numerosas ocasiones de comprobar, la lógica falla frecuentemente en lo que se refiere al cine español, y acaso nunca de manera más rotunda que en el punto que estamos considerando.

La ayuda a nuestro cine ha procedido de los cánones satisfechos y de las cantidades pagadas por los permisos para la importación y doblaje de películas extranjeras. Precisaré algo más: de las mejores películas extranjeras, puesto que aquí sólo se proyectaba una selección, a la que se hacía entrega, por añadidura, de nuestra arma mejor: el idioma, pues a esto equivale el doblaje. La paradoja de esta situación, en la que se trataba de favorecer a la industria nacional introduciendo los productos de la industria rival extranjera, y alterando la forma natural de esa competencia, mediante la entrega del arma "natural" de la lengua, se comprende únicamente teniendo en cuenta que, si se rebajaba la importación, se rebajaba igualmente la ayuda, y que sin esta ayuda nuestro cine dejaba automáticamente de existir. Ya se comprenderá qué lastre representaba ello para negociar con las cinematografías de otros países en un plano de igualdad, que nunca podría ser más que teórica. Bastó, por ejemplo, que en 1951, por las razones que luego diré, se paralizase la importación de cintas norteamericanas, para que nuestra producción cayera súbitamente en un colapso del que sólo se repuso cuando aquéllas volvieron a aparecer en nuestras pantallas. Y no vale decir que la ausencia de la competencia extranjera abandonaba a nuestra industria un mercado que así podría ocupar íntegramente. Ni este mercado es suficiente, ni nuestra producción se ha encontrado nunca en situación de aprovechar coyunturas como la expuesta: le han faltado, sobre todo, condiciones psicológicas, pero también, reconozcámoslo, una mínima base económica. Por si fuera poca una experiencia, 1955 nos deparó la segunda. Bastó que en dicho año volvieran a retraerse las Casas norteamericanas para que el fenómeno de 1951 se repitiera casi con las mismas características.

La ley de 17 de julio de 1958 ha alterado fundamentalmente la situación, porque establece, como nuevas fuentes de ingreso para los fondos de ayuda, un recargo sobre los contratos de publicidad en las salas cinematográficas, y otro, del 5 por 100, sobre las entradas. No se trata aún del viejo ideal de que la ayuda se incluya en los presupuestos del Estado, como una partida más; todavía se mantiene alguna vinculación con la importación extranjera, como veremos; la misma ley citada conserva una fuente de ingresos tradicional, al re-

ferirse a los cánones de regulación, subtítulo y doblaje de las películas importadas; pero la importancia de alguna de las nuevas fuentes de ingreso es tal (el tanto por ciento dicho sobre las entradas ascendió, en el año 1957, a ciento cincuenta millones de pesetas), que se puede considerar en gran medida emancipada nuestra producción del lastre a que me he referido. Nada puede serme más agradable que iniciar el presente trabajo señalando este cambio radical, después del no menos importante que representa la unificación administrativa considerada en el apartado anterior.

3. *Los créditos.*

Los fondos de ayuda se reparten:

— en forma de créditos previos reintegrables;

— en forma de premios (concesión de permisos de importación o primas de protección y premios propiamente dichos).

Consideremos en primer lugar los créditos.

Son la forma normal de ayudar a una industria normal; pero ya he dicho que la producción cinematográfica no es una industria normal. La ley de julio de 1958 da una importancia muy superior a la que hasta ahora ha tenido, a esta modalidad de ayuda, para la que cuenta con un fondo rotativo de 450 millones de pesetas, pero es que las fuentes nuevas que para ello arbitra, y a las que me he referido ya, son considerables. Las fuentes tradicionales (los cánones de importación y de doblaje) no tenían una importancia equiparable. Sin embargo, los créditos previos (los llamados créditos sindicales, porque los concedía el Sindicato Nacional del Espectáculo) funcionaron durante unos diez años hasta que la falta de garantías serias de reintegro y la morosidad de los beneficiados obligaron, en 1951, a paralizarlos, y aunque después se volvieron a conceder, prácticamente la medida tuvo muy escasa repercusión. Pero aun durante el período de esplendor, su importancia fué inferior, desde luego, a la de la otra modalidad de ayuda, que paso a considerar.

4. *Permisos y primas.*

Me refiero a la entrega de cantidades no reintegrables, como medio de ayudar a la producción nacional.

Esta modalidad ha conocido, a su vez, tres etapas, a saber:

1.ª Entrega, en vez de metálico, de los permisos necesarios para la importación y doblaje de las películas extranjeras, sin fijar su precio.

2.ª Con fijación de precio.

3.ª Entrega de los permisos a los distribuidores y del dinero a los productores.

El peligro del sistema, durante la primera etapa, era obvio. La venta de los permisos, a quien se quisiera y por cuanto se pudiera, y la superior cotización que, por lo común, tenía la película extranjera con relación a la española, llevó al resultado de que ésta se redujera muchísimas veces a puro pretexto para obtener aquélla; como dice gráficamente el crítico Alfonso Sánchez, a "simple instancia en celuloide para recibir unos permisos de importación".

Me cupo plantear por ello, en el año 1951 (como director general de Cinematografía, que era yo entonces), la necesidad de desvincular la producción de películas nacionales y la distribución de las extranjeras, para poner término a un estado de cosas que no podía por menos de retraer a los productores de la taquilla, es decir, de producir películas capaces de sostenerse por sí mismas y no apoyándose en los beneficios de un negocio más saneado, como era la distribución de sus naturales competidoras; esto podría producir un provecho particular inmediato, pero a cambio de un daño general profundo.

El sistema desvinculador no se pudo implantar entonces con carácter general, pero a él tendía el Acuerdo suscrito oficialmente en enero de 1952, y negociado en París, en septiembre del año anterior, con la "Motion Pictures Association", agrupación de las ocho firmas cinematográficas más importantes de los Estados Unidos, acuerdo que después sería prorrogado durante varios años hasta que, en 1955, se paralizó por discrepancias en cuanto a los cupos de películas importables y régimen de distribución. No eran desvinculadoras, en cam-

bio, las nuevas Normas aprobadas por los Ministerios de Información y de Comercio con fecha 16 de julio de 1952, pero tampoco se mantenían en la situación anterior, sino que iniciaron la segunda etapa de las antes expuestas.

Las Normas, en efecto, se limitaban a fijar el precio de los permisos de importación, con el fin de evitar la especulación a que se había llegado; pero los permisos seguían entregándose a los productores, los cuales podían utilizarlos directamente o transferirlos a terceros. Verdad es que la posibilidad de especulación quedaba muy atenuada con la limitación del precio, y que ello, y un cuidadoso examen de los presupuestos de costo de las películas, podía impedir que la venta de los permisos sirviera, como antes, para amortizarlas y aun para hacerlas rendir beneficios, sin estrenarlas siquiera. Pero no se puede decir que la especulación fuera completamente imposible, y aun sin contar con ella, el sistema mantenía la relación producción-distribución, que tanto importaba cortar, aunque sólo fuera para evitar que la película nacional fuese pagada con la película extranjera.

Sin embargo, la contradicción entre las nuevas Normas y el régimen iniciado por el Acuerdo con la "Motion Pictures" se fué remediando paulatinamente por la fuerza de las circunstancias. El sistema vinculador puro hace depender la importación de la producción. Esta dependencia fué desapareciendo en los Tratados que, a semejanza del Acuerdo mencionado, previeron cupos de importación para las películas extranjeras. Así se fué creando, empíricamente y sin obedecer a designio preconcebido, un sistema que alguien bautizó como "ecléctico", y cuya ventaja sobre el desvinculador era —se argüía— que el productor nacional, que percibía los permisos, aunque sujetos a un precio fijo, recibía con ellos el arma para obligar a los distribuidores, habitualmente reacios a hacerse cargo de la producción española, a aceptarla, impidiéndoles si no la explotación de las películas extranjeras. Pero esta dificultad, que era muy real, se podía obviar de otras maneras (por ejemplo, imponiendo a las Casas distribuidoras nacionales la distribución de nuestras películas o distribuyendo entre ellas los permisos con arreglo al número de cintas españolas de que se hicieran cargo), sin necesidad de pasar por la contradicción de un sistema de vinculación con cupos de importación y precios tasados.

Todavía se amplió la brecha en las nuevas Normas con la aplicación del Convenio con Italia, donde se suprimió la libre transferibilidad de los permisos de importación, que ya se entregaban directamente a los distribuidores. Fué el principio de la tercera etapa que señalé, en la que no cabe hablar ya de permisos, sino de "primas de protección", cuya cuantía oscila entre el medio millón y los tres millones de pesetas por película (por término medio, un millón), etapa que, con carácter general, se implantó posteriormente por disposiciones conjuntas —Órdenes Comunicadas— de los Ministerios interesados.

Claro es que, aun habiendo llegado de esta manera a un sistema desvinculador puro, en que el productor no recibe permisos, sino, directamente, la ayuda que se considere oportuno prestarle, queda aquél indirectamente vinculado a la importación extranjera, mientras la ayuda proceda de las cantidades satisfechas por la importación. La solución total será llegar también en este campo a lo que se apuntó al tratar de los créditos: la inclusión de los fondos de ayuda en los presupuestos del Estado.

5. *Los Premios.*

Se trata de los Premios propiamente dichos, que se conceden a las mejores películas. Pueden incluirse en este apartado los beneficios inherentes a la declaración de interés nacional de una película. Económicamente, su importancia es mucho menor que la de los permisos y las primas. Me ocuparé de ellos con mayor extensión al tratar de los criterios para la protección.

6. *Un cine que viva de sí mismo.*

La desvinculación sólo puede concebirse como un primer paso. Procura impedir que la película nacional sea un pretexto para importar la extranjera, o por lo menos, que la película nacional sea pagada con la extranjera; pero no impide por sí misma que la película

nacional mire exclusivamente a los que la ayudan, en vez de mirar al mercado. Ahora bien; dije a su tiempo que la crisis que se manifestó a principios de 1951, si bien se debió inmediatamente a la desaparición de los fondos de ayuda, por la retirada de las productoras norteamericanas, reveló algo mucho más grave, como era la falta de confianza en sí misma de nuestra producción, que la inducía a esperarlo todo del Estado y muy poco del mercado. Del cine francés se dijo, con ocasión de la crisis en que también se encontró sumergido, que había tomado la protección oficial como la gallina de los huevos de oro... y que la gallina ya no los ponía. Pero, en cualquier caso, lo malo es acostumbrarse a que los ponga. Verdad es que la situación precaria de la industria cinematográfica es una realidad, y general. En todas partes se da la paradoja de "un mundo compuesto por pobres que viven como ricos". La frase es de Alfonso Sánchez, el cual recoge asimismo la siguiente pregunta, tan expresiva como su contestación: "¿sabe usted por qué los productores van en Cadillac? Porque ni en el taxi ni en el "Metro" admiten letras de cambio". Hay que reconocer que esa situación ha sido crónica en el cine español, donde lo normal eran las productoras "cuyos fondos apenas llegaban para ofrecer un "cock-tail" a la prensa y adquirir las primeras letras de cambio en el estanco más próximo", y que ni remotamente pensaban en poner por su parte otra cosa que una ciega confianza en el "dinero fácil" que había de llegar y a cuenta del cual operaban. Pero si la falta de fondos no era remediable, la ciega confianza sí que se podía remediar. En una época en que, al interrumpirse la afluencia del "dinero fácil", se paralizaron la inmensa mayoría de las productoras españolas, señalé el peligro permanente que representaba no ver más allá de la reanudación del fluir de la ayuda. Está en el interés de todos —añadía yo— que el espíritu de protegido, tan peligrosamente generalizado en el cine español, se trueque en espíritu de emancipado. Esa advertencia no ha perdido actualidad.

Que el cine español viva en parte de la ayuda ajena, es una dolorosa realidad; pero no le impide que deba desear llegar a vivir por su cuenta, ni se lo hace imposible desde ahora mismo en alguna medida... si se le empuja a ello. Ninguna protección servirá si no nos convencemos de que al cine hay que llevarle de la mano, pero no en

brazos, y de que hay que empujarle con firmeza, para que se decida a cruzar él solo la calle. La ayuda del Estado puede ser el balón de oxígeno: "el balón de oxígeno —agrega el crítico últimamente citado— sólo sirve para ir tirando, pero no es un remedio". Ahora bien; "el cine español ha venido viviendo a base de oxígeno".

¡Qué no decir de los largos períodos durante los cuales fué posible reducir el estreno de muchas películas a un trámite del que se podía prescindir y —aunque parezca increíble— del que se prescindía en bastantes ocasiones! Ante el deplorable espectáculo de un cine vuelto exclusivamente hacia la Junta de clasificación, que podía y que debía ser un auxilio, pero nunca una solución, ¿qué justificación tenía una protección que no estimulaba, sino que mataba el afán propio de todo industrial?

Pero es que nuestro cine —lo repito— no ha sido una industria, sino una aventura; con frecuencia, una aventura no apta para menores... ni para mayores.

7. *Los criterios para la protección.*

La ayuda debe ser la estrictamente necesaria para no impedir que el cine necesite vivir, en parte al menos, de sí mismo. Como antes apunté, debe ser, sencillamente, ayuda; nunca solución.

Debe existir una condición previa para la ayuda: una mínima calidad, porque, si ésta falta, no se justifica ningún auxilio. Esta condición, ¿se ha cumplido?

Hay que confesar que no.

Estaban, sí, las clasificaciones de las películas por las Juntas oficiales, de las que dependía la ayuda, y que teóricamente debían asegurar un cierto valor en las cintas ayudadas. Mucho habría que decir acerca de esas clasificaciones y de su picaresca; me contentaré con señalar que, según las estadísticas que recoge Moya López, el 65 por 100 de las películas nacionales de los años 1952-1956 fueron calificadas como de primera, y el 32 por 100 de segunda, cuando la inmensa mayoría deberían haber pasado, con entera justicia, al apartado de las de tercera clase, donde sólo encontramos ¡el 0,92 por 100! Y Al-

fonso Sánchez observa, por su cuenta, que, hasta el día 12 de septiembre de 1958, sólo una, de las cuarenta y seis películas españolas estrenadas en el año, había obtenido la calificación de tercera: catorce habían logrado la de 1.ª B, y diez, la de 1.ª A. "¡Demasiado optimismo!", comenta. Un "optimismo" que nos prueba que, de hecho, "todo" el cine español ha sido ayudado. ¡El filtro no ha sido, por cierto, muy riguroso!

Ahora bien; supuesto que ese control previo de la calidad mínima funciona, ¿a qué criterios se deberá atender para graduar la ayuda?

Hay dos factores que deben tenerse en cuenta, a saber: calidad y solvencia.

En materia de créditos previos, la solvencia debe ser, no el único, pero sí el principal factor. A este efecto tiene especial importancia la ordenación del billetaje de entradas, que establece la ley de 17 de julio de 1958, como eficaz garantía de la restitución de los préstamos e índice del éxito comercial a efectos de créditos futuros. Merece también aplauso el que la ley mencionada favorezca los créditos a largo plazo, únicos que pueden estimular los amplios planes de producción, acabando con la figura del productor ocasional, tan cercano muchas veces del aventurero, en beneficio del productor profesional.

En cambio, en materia de premios (premios propiamente dichos —incluídas las declaraciones de interés nacional— y concesión de permisos o primas de protección), la calidad debe ser lo fundamental.

No lo único, en general. Insisto en el requisito negativo de toda ayuda, y es que no pague totalmente la película. Ello exige un control eficaz de los presupuestos de costos, sin el cual todas las declaraciones teóricas serán papel mojado, y a los hechos me remito; porque es sabido que los tales presupuestos suelen ser tan falsos como es equivocada la apreciación oficial de la calidad de las películas. Pero, supuesto ese control, me parece claro que, en cuanto a la clase de ayuda que ahora considero, la calidad debe constituir la razón principal de la protección, si es que no vamos a cimentar ésta exclusivamente en razones económicas, sino en la consideración de que una película es algo más que un producto que se lanza al mercado para obtener un beneficio; y el gusto del público, reflejado en los ingresos de taquilla, no puede ser un criterio seguro de la calidad

del producto; basta con recordar cuáles han sido los grandes éxitos comerciales del cine español.

Pero es que hay que llegar todavía a más, trazando una neta línea de separación entre la producción en general y aquella que debe interesar particularmente al Estado por sus valores artísticos o —tomando la palabra en su acepción más amplia— "políticos"; quiero decir, aquellos por los que influye en la mentalidad de los espectadores.

8. *Cine artístico y cine "político".*

Del cine como arte no voy a ocuparme ahora sino para repetir que, mientras cualquier país europeo está condenado al fracaso si pretende competir con la industria cinematográfica norteamericana, cualquier país europeo puede ganarle la batalla artística al cine americano, con tal que sepa plantear la batalla en este terreno y no en el otro. Ahora bien; no parece que nuestro cine tenga conciencia siquiera de la cuestión. Así sucede que, hasta en la concesión de Premios, que lógicamente deberían haber estimulado exclusivamente el lado artístico del cine, se ha mezclado la comercialidad, como si la película comercial no debiera estar ya premiada con los ingresos de la taquilla y, subsidiariamente, con los créditos y las primas. Pero es que lo mismo ocurre con el aspecto que he llamado "político", en el sentido en que la Orden del 15 de junio de 1944, que creaba la calificación de "película de interés nacional", se refiere a las que contengan "muestras inequívocas de exaltación de valores raciales o de enseñanzas de nuestros principios morales y políticos". Un cine "político", así entendido, debería haber constituído, juntamente con el cine "artístico", los dos pilares de todo el sistema de protección, en lugar de reducirse al apéndice de un sistema pensado enteramente para el cine comercial. Pero basta ojear la lista de películas a las que se ha concedido la calificación mencionada para comprobar que lo comercial ha invadido también ese terreno, hasta el punto de que nos tengamos que preguntar, ante la lista dicha, si ésta, o la de Premios nacionales, no constituyen las pruebas más concluyentes de

la falta de una política cinematográfica digna de este nombre, a lo largo de muchos años de bienintencionada, pero torpe protección.

9. *Ayuda indirecta: doblaje y exhibición obligatoria.*

Fundamento también la anterior acusación en que, volviendo al cine comercial, la ayuda directa (premios, permisos, primas, créditos) ha sido, durante cerca de veinte años, la forma casi exclusiva de auxilio, en detrimento de la ayuda indirecta: la más eficaz, a la larga, pues solamente ella puede liberar algún día a la producción de toda clase de muletas protectoras.

Formaré dos grupos con las medidas de ayuda indirecta, y estudiaré inmediatamente el constituído por la supresión del doblaje y por la exhibición obligatoria de las películas nacionales.

En cuanto al doblaje, a nadie puede caber duda de que, no ya desde el punto de vista artístico, conforme al cual no es otra cosa que una monstruosidad, sino desde el económico, resulta inadmisible, sin que haya razones de cualquier otro orden que lo justifiquen. La Orden de 13 de abril de 1941, que lo estableció, fué una equivocación: equivalía a abandonar el arma con la que podíamos haber cortado el nudo gordiano que después intentaríamos vanamente desatar con medios tan complicados como escasamente eficaces. A esta equivocación inicial, vinieron a sumarse —cosa que frecuentemente se olvida, cuando se acusa exclusivamente al Estado— los productores. En efecto, la Orden de 31 de diciembre de 1946 exigía, para doblar una película extranjera al castellano, la posesión de un permiso que únicamente se concedía a los productores de cintas españolas, los cuales podían cederlo o no. Podían, por supuesto, no haberlo utilizado, y cuesta trabajo comprender cómo no hicieron lo posible para reservarse, ya que no los permisos de importación, los de doblaje, y cómo se pusieron al cuello la cuerda que iba a asfixiarlos. No hay sino recordar que nuestro cine vivía perfectamente antes de 1936, sin apoyos oficiales y con una calidad inferior a la actual, y que se debía a la restricción del doblaje, que permitía colocar como cabezas de serie en las listas de las distribuidoras películas que distaban mucho de ser obras maes-

tras, pero que el gran público prefería porque oía en ellas su propia lengua. Sólo la falta de la mínima base económica en nuestra producción explica que, por el plato de lentejas del precio de los permisos, vendiera, no ya la primogenitura, sino su misma posibilidad de existencia. La supresión del doblaje sería, por eso, la gran medida, a cuyo lado todas las demás formas de auxilio ensayadas desde 1939 no pasan de parches. Suprímase el doblaje —pedía alguna vez Edgar Neville—, y no se dé un céntimo más al cine español, dedicando durante cinco años los millones que se le entregan a los lesionados por la supresión. Ésta sería, además, la solución natural, en cuanto se limitaría a restablecer la situación natural de la competencia, en que cada país lucha con su lengua. No es posible descartar de una política cinematográfica a largo plazo el estudio de una vuelta progresiva al estado de cosas anterior, mediante la restricción paulatina del doblaje, aunque haya quien crea que el público de las ciudades —que da los mayores ingresos— se acostumbraría pronto a las versiones extranjeras con subtítulos y la situación seguiría como hoy. Pero ¿es que, si no se acostumbraba, sería posible suprimir el doblaje? La generalización y la popularidad que evidentemente ha adquirido, ¿permiten volver atrás, sin crear una grave crisis a la distribución, a la exhibición y a la misma producción, que vería mermar sus fuentes de ayuda? Y por otra parte, esa vuelta atrás, aunque fuese realizable, ¿no sería una solución demasiado cómoda? ¿No estimularía el complejo de inferioridad de nuestra producción, deseosa siempre de vencer sin tener que pelear? ¿No descendería aún más su valor? Económicamente, se le pondrían las cosas mucho más fáciles; pero, ¿valdría la pena? ¿Subsistiría a tantas facilidades una producción merecedora de ser protegida?

¿No podemos decir algo por el estilo de la exhibición obligatoria? Su modalidad más reciente ha sido la de la Orden de 7 de febrero de 1958, que impone a los cines que no tengan sesión diaria, por cada cuatro días de película extranjera, uno de película española, y en cuanto a los de sesión diaria, distingue según que proyecten una o dos películas largas: en el primer caso, la obligación de exhibir películas nacionales es de cincuenta y seis o sesenta y tres días al año, según se trate de Madrid y Barcelona o de otras poblaciones; en los

cines de programa doble, es de ciento ochenta y cuatro días; todo esto aparte de disposiciones aclaratorias y complementarias que no son del caso. ¿Qué decir de ello? Que si la imposición se apoya en la calidad verdadera de las películas, sobra; y si no, o la medida acaba atenuándose en su aplicación, y no sirve, o se hace impopular y desconsiderada para la exhibición... y para el público, ¡que tiene derecho a alguna protección! Además, que la fórmula, aplicada rígidamente, pone las cosas demasiado fáciles al cine español, y la experiencia de 1951 y de 1955 demuestra que no conviene darle excesivas facilidades. En ambos casos, la ausencia de películas norteamericanas abandonó prácticamente el mercado interno a nuestro cine. ¿Mejoró éste? Se limitó a aprovechar una coyuntura transitoria... hasta que volvieron a expulsarle del mercado. Con la proyección obligatoria, nuestro cine vive; pero, ¿vale la pena de que viva?

Las dos medidas indirectas expuestas son eficaces, pero antipáticas, impopulares y posiblemente contraproducentes en cuanto al nivel artístico de nuestro cine.

10. *Reducciones fiscales; apertura de mercados.*

Más interés tienen las medidas del segundo grupo, que es el de las medidas fiscales y comerciales. En cuanto a las primeras, se ha observado que las reducciones fiscales que existen en los Estados Unidos a favor de las salas de exhibición, representan una protección más eficaz que todos los complicados sistemas expuestos. También será siempre eficaz cuanto se haga para abaratar un producto —la película— cuya fabricación suele ser cara, aunque buena parte de ello sea achacable a la falta de planes de trabajo concienzudos, según pone de relieve Moya López en el estudio citado. Y, sobre todo, cuanto se realice para abrir mercados, terreno en el que lo menos que se haga será ya mucho; porque, prácticamente, no se ha hecho nada. Por esto, el varias veces citado Alfonso Sánchez (tengo necesidad de referirme a él con frecuencia, porque es de los pocos —y el único crítico de Prensa— que se ha ocupado habitualmente de estos problemas) habla de los cohetes que, a semejanza de los que impulsan a los

satélites artificiales hasta colocarlos en órbita, deberían impulsar sucesivamente a las películas españolas, a saber: Junta de clasificación, mercado nacional y mercado internacional; y agrega que el último, que corresponde a la órbita natural de la película, no existe para nosotros, y que el mercado nacional se suple —de mala manera— mediante la proyección obligatoria; con lo cual la película se queda donde no se debería quedar: en la Junta de clasificación.

En su día señalé las posibilidades del cine de 16 milímetros para ampliar el mercado nacional, pues las características de dicho ancho de película le permiten llegar donde el cine de ancho normal no sería rentable. También apunté a la coproducción, salida natural de las cinematografías europeas, todas ellas asfixiadas en unos mercados nacionales insuficientes, y contra la que no es argumento válido la experiencia, raramente halagüeña, desde 1952 acá, pues yo me refiero, naturalmente, a una coproducción auténtica, que no consista sólo en la aportación de algún capital, del paisaje o de elementos técnicos insignificantes, a lo que, en rigor, seguirá siendo producción extranjera. El inconveniente mayor de la coproducción es que parece más apta, por el momento, para resolver el problema económico que el artístico, y es que, mientras no se forme una auténtica conciencia cultural internacional, será difícil que internacionalmente se puedan producir más que fríos productos comerciales, técnicamente correctos —y esto en el mejor de los casos—, pero sin la chispa que únicamente puede infundir una tradición cultural de siglos, como la que encontramos en las agrupaciones que llamamos naciones y, por hoy, solamente en ellas. Lo ha dicho gráficamente Luis Gómez Mesa: la coproducción es como un matrimonio de interés, sin amor.

De ahí que todavía importe más la expansión directa de la producción nacional a otros mercados, particularmente los de habla española, donde se puede encontrar la compensación a la pérdida parcial de nuestro mercado por la competencia extranjera. Desde la época en que me ocupé por vez primera del problema se ha constituído una asociación, "Uniespaña", que ojalá llegue a ser para el cine español lo que "Unifrance" o "Unitalia" han sido para sus respectivos países; mas, por hoy, en cuanto salimos de las fronteras, y fuera de al-

gunos éxitos esporádicos, nuestro cine es un desconocido que tiene que empezar por dar razón de su existencia.

Pero, ¿se debe ello exclusivamente a la falta de una adecuada organización distribuidora? ¿Bastaría con poner nuestras películas en los mercados si después les faltase a esas películas calidad? Ello nos sitúa de cara a la parte segunda de este trabajo.

PARTE II

El problema artístico del cine español.

Distingo nuevamente en esta parte entre el cine comercial y el que, aunque no prescinda de la comercialidad, busca preferentemente la calidad. Cuanto diga de éste se puede aplicar, con las debidas salvedades, a aquél; pero puntualizo que es al cine de calidad al que principalmente me referiré en lo sucesivo, así como fué el cine comercial el objeto preferente de la parte primera. Mi punto de mira buscará aquella minoría ambiciosa que, cuando existe, tira hacia arriba del resto de la producción, y a cuya ausencia en nuestra patria debe achacarse fundamentalmente la falta general de calidad de nuestro cine.

1. *Un cine sin calidad.*

Que hay que partir, como de un hecho, de esa falta de calidad, me parece evidente. Consideremos que Moya López, por ejemplo, se ve obligado a dar a la producción española del año 1956 una calificación de 2,074 sobre una puntuación de 0 a 5, lo cual marca —aclara— una levísima superioridad al "regular", pero sin alcanzar la nota de "aceptable". Pues bien; todavía esa pobre calificación —agrega— es superior a la que nos habría permitido obtener una operación similar practicada con la producción de años anteriores.

¿Se debe ello a incapacidad técnica? Nuestros estudios están insuficientemente equipados y los conocimientos de nuestros hombres

de cine van a la zaga de los de fronteras afuera, y no por culpa de ellos, puesto que no sería justo imputarles su falta de información o sus dificultades para estar al día, y hay que reconocer que algunos de esos hombres han realizado películas que admiten comparación con las buenas películas de fuera; pero a pesar de todo, el "oficio" lo ha conquistado ya nuestro cine, cuyo nivel técnico es decoroso, si no plenamente satisfactorio. No se trata tanto de fallos de esa clase como de fallos artísticos, a consecuencia de los cuales, no es ya que el cine comercial carezca en general de la mínima calidad que hay derecho a exigirle, sino, sobre todo, insisto, que falte en España esa minoría ambiciosa a que antes me refería, que tiñe con su influjo las cinematografías de otros países y les da carácter. Aquí hay, arriba, la soledad: dos, tres nombres; tres, cuatro, seis películas, y desde ahí nos precipitamos en el abismo.

2. *Primeros pasos.*

Mi *Historia en cien palabras* decía así: "Hasta 1939, no hay cine español, ni material, ni espiritual, ni técnicamente (entiéndase, aclaro ahora: había "películas"; "cine", en el sentido de arte o de industria seria, no). En 1929 y 1934 da sus primeros pasos. En 1939 pudo echar a andar, pero se frustra la creación de una industria, así como la posibilidad de un cine político. Continúan las castañuelas y el "smoking". Sobre los intentos de cine sencillo se desploman el cine de gola y levita, y un cine religioso sin autenticidad. El neorrealismo, que pudo ser español, se reducirá a una película tardía. Pero nuestro cine supera al de 1936 y puede esperarse que los jóvenes le den el estilo nacional que necesita."

Esto se escribía, puntualizo, a principios de 1954. Desde entonces se han cumplido en parte mis esperanzas. Las primeras Conversaciones nacionales cinematográficas, celebradas en Salamanca en mayo de 1955, fueron la cristalización de una conciencia revisionista que existía desde hacía años, que se sentía insatisfecha ante la marcha de nuestro cine, pero que no acababa de tomar voz y posición, fijando orientaciones e impidiendo que iniciativas como algunas que, aisla-

das, hubo con anterioridad, fuesen asfixiadas o no tuvieran eco. Verdad es que en las Conversaciones se revelaron discrepancias amortiguadas hasta entonces, pues no todos entendíamos de la misma manera las referencias a un cine "políticamente ineficaz" o "socialmente falso", y hubo los que consideraron que el único denominador común debía estar en la aspiración a un "cine" español (subrayando la primera palabra), y quienes, en cambio, pensábamos que las Conclusiones no eran concebibles fuera de lo que hay que entender que tiene que ser el cine "español" (y ahora subrayo la segunda palabra), y no con arreglo a los particulares criterios de nadie, sino conforme a unos principios que deben estar por encima de todos, pues aceptar otro "marco aglutinante, unitario", que no fuera aquél, contentándonos con proclamar que "nuestra verdad común es la cinematográfica", podía conducir a un neutralismo que no había por qué aceptar; y añadíamos que sostener eso no equivalía a un cine dirigido ni de consignas, ni a un cine estrecho, y que aquel marco podía ser lo suficientemente ancho para que en él cupiese todo lo que razonablemente se pudiera pedir, y, desde luego, una crítica que reuniese las tres condiciones de: honesta en las intenciones, concreta en sus fines y personal en su manifestación. No se debe disimular la existencia de esas dos corrientes de pensamiento, que no podían ser amablemente reducidas a las proporciones modestas de diferencias "estéticas" y "secundarias", porque no eran estéticas ni secundarias. Ahora bien; ello no puede velar el aspecto positivo, que fué, por supuesto, el más importante de las Conversaciones, las cuales representaron, en primer lugar, la sistematización del ¡no! a un cine que a todos nos parecía, sin la menor duda, "políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente nulo e industrialmente raquítico" (sobre estos puntos no podía haber la menor discrepancia), y, en segundo lugar, la aprobación de un programa, no irreal ni utópico, en el que había sugerencias, y aún más que sugerencias, proyectos concretos y casi articulados, algunos de los cuales han sido ya recogidos y hechos ley, pero que en su conjunto pueden alimentar una labor legislativa de muchos años, que pretenda seriamente lograr ese cine español, que sea "cine" y "español", que fué el objetivo de las Conversaciones.

¡Gravísima responsabilidad la de quienes, desconociendo aquel aspecto positivo y estrechando los cauces, sofocasen —y peor todavía, desviasen— muchas aspiraciones, en principio legítimas, malogrando una oportunidad única! Porque en las Conversaciones se reveló la posibilidad de dotar de contenido a ese que el llamamiento de Salamanca denominaba "cuerpo deshabitado del cine español". Y no sólo sobre el papel, sino en la realidad, con películas como las que, aunque vayan aún contra corriente, nos han permitido empezar a soñar ya con el día en que nuestro cine (ese cine para el que todavía se pide benevolencia invocando su juventud; ¡una juventud que dura más de medio siglo!) sea como la cara de la España que queremos; no su careta.

¿Tendré necesidad de añadir, como prueba de lo último que afirmo, los nombres de José Antonio Nieves Conde, de Luis García Berlanga, de Juan Antonio Bardem, con cuyo estudio termino mi libro *Cine social*, e igualmente habría tenido que acabar cualquier otro que finalizase refiriéndome al cine en España, porque a ellos se deben nuestras más importantes realizaciones y, sobre todo, nuestras más firmes esperanzas, así como (y ahora pienso especialmente en los dos últimos) los únicos triunfos internacionales auténticos, gracias a los cuales se ha asomado al cine mundial una España para la que han conseguido, con unas pocas películas, lo que años de generosa protección oficial no habían logrado? Más me importa señalar que las dificultades con que han tropezado las últimas películas de Nieves Conde y de Berlanga son aviso de los obstáculos en los que puede quedarse prendida la esperanza de nuestro cine, si es que no fuera ya sobradamente significativo el que sus nombres estén aislados, casi sin precedentes, casi sin seguidores, como cimas de excepción de una producción a la que, ciertamente, no pueden caracterizar en la medida en que, aun siendo muy superiores a la producción de sus respectivos países, René Clair caracteriza al cine francés; Zavattini-De Sica, al italiano, y un John Ford, al norteamericano.

Lo cual me obliga a cerrar el capítulo de las esperanzas para abrir el más amargo de las realidades.

3. *Un cine sin personalidad.*

En un artículo publicado hace unos meses en la revista "Film Ideal" invito al lector a imaginarse nuestro cine como una esfera, girando sobre un eje fijo, el eje inconmovible, el eje diamantino de nuestro cine, esto es, el folklore, perpendiculares al cual hay cinco planos: los círculos polares, trópicos y ecuador: las cinco capas que sucesivamente ha sido nuestro cine, en aquella parte de él que no se ha conservado ciegamente fiel a lo castizo.

Reitero la invitación. Imaginémonos así nuestro cine. Descubriremos que fidelidad a ojos cerrados a lo castizo fué la del período mudo, durante el cual sólo apuntó la comedia, digamos "de mundo", cursi por lo común, que habría de desenvolverse con el sonoro y que después de nuestra guerra iniciaba un cine sencillo, en el que habría estado la redención si no le hubiese caído encima, hasta aplastarle, el bloque macizo del Gran Cine Histórico Español: de la Historia de España contada sin sencillez, que impondría su férrea dictadura hasta que la sucedió el más benigno, pero no más benéfico, gobierno del Grandilocuente Cine Religioso, al que han sucedido en pocos años el "marcelinismo", o sea, el imperio de los niños, y el nefasto imperio del cuplé, con el que Orduña ha revalidado el título de iniciador de las más dañinas modas de nuestro cine, que ya se ganó cuando lanzó las del cine religioso y del cine histórico.

Y, sin embargo, como en el artículo citado me cuidaba de aclarar, no son lo más censurable de nuestro cine sus modas ni los temas. Hay quienes cifran todos los males del cine español en que le faltan intención social o realismo. Y es verdad. No tenemos cine social, que sólo asoma en la producción de Nieves Conde, Bardem y Berlanga. Tampoco tenemos cine político, que únicamente ha sido abordado en un par de ocasiones; ni cine sobre nuestra guerra, a la que —aunque parezca increíble— sólo se han dedicado una docena de películas, la mayoría anecdóticas; y no es más que justo deplorar la falta, no ya de problemas, sino de un fondo social o simplemente real, que permitiera darse cuenta, a través de nuestro cine, del país que lo produce. Es el hombre real, el hombre verdadero, que, naturalmente, tie-

ne que empezar siendo el hombre español, el que falta de nuestras pantallas, sustituído por un fantasma construído "ex profeso" para ellas, por una sombra, una ficción, que el cine copia luego de sí mismo hasta que llega a creerse que esa es la realidad por el mero hecho de que aparece repetida indefinidamente, perpetuando esa mentira, esa triste muralla de convencionalismos, esa cámara mágica de cartón pintado con la cual se aisla el cine español de una vida a la que se diría que teme. Pero ver en la falta de realismo el mal profundo de nuestro cine sería explicación a medias, puesto que no todos los géneros exigen realismo, y mucho menos intención social, aunque sea cierto que en el acercamiento a la realidad de su sociedad está el secreto de la personalidad de los cines nacionales. Por otra parte, en todos y en cada uno de los temas o modas que he ido señalando ha habido aciertos, aunque se trate de aciertos parciales, que nos prueban que no era tanto cuestión de descubrir caminos nuevos como de seguir los abiertos, pero hasta el final.

¿Por qué, entonces, en unos pocos casos se acertó y en otros no, y por tanto? ¿Por qué nuestro cine racial, dentro del cual "La aldea maldita", de Florián Rey, probó en 1929 que el gran cine de Emilio Fernández, que hoy por hoy es el gran cine hispánico, habría podido ser español, se ha quedado casi siempre en las faldas de volantes, cuando tenía que haber desentrañado el alma de las gentes de nuestra raza? ¿Por qué nuestro cine social ha sido una vez neorrealismo y cientos de veces estricto folletín? ¿Por qué, cuando hacía falta un cine católico que no fuese equivalente de cine conservador, timorato y a la luna de Valencia, y "El judas" y, sobre todo, "Los jueves milagro", nos probaron que podía hacerse, se optó por el cuentecito ejemplar con moraleja? ¿Por qué nuestro cine histórico se quedó en nuestro cine enfático? ¿Por qué la evocación del pasado inmediato ha preferido los caminos de "El último cuplé" a los de "Novio a la vista"?

5. *Lo han hecho los que no sabían...*

Echarle la culpa a la censura no resuelve completamente las cosas. No seré yo quien "a priori" descargue de responsabilidad a una institución cuya necesidad he defendido, pero cuya actuación concreta no tiene que ser intangible; mas sobre los daños que puede producir una censura pusilánime o arbitraria, que olvide el ambiente de inhibición que así crea, las posibilidades de bien que de esa manera destruye, y el terreno que de tal modo abandona al error, favoreciendo un cine sin problemas ni ideas, me remito a mi ya citado *Cine social,* donde examino las consecuencias del sistema en la Unión Soviética y en la Italia fascista. Ahora bien; ¿es que nuestro cine sin censura era superior a nuestro cine con censura? ¿Será éste tan distinto del que, en general, se produciría si de repente la censura desapareciera? ¿No será ésta la excusa con que se tapan culpas a las que es ajena? ¿Por qué películas con que nada tiene que ver la censura son rematadamente malas? Me parece evidente que no están en ella todas las causas, ni las más profundas, de la crisis de nuestro cine.

El cine español tiene buenos actores secundarios, menos actores de primera fila y menos actrices; le sobran "folklóricas"; está mejor provisto de directores, aunque bastan los dedos de las manos para contar los de talla; tiene angustiosa necesidad de buenos guionistas y, sobre todo, de productores, pues no lo son los que, en vez de apoyarlo, se han apoyado en él; ni los especuladores, los agiotistas, los del cine como negocio, y negocio de una sola película, los "fabricantes" de permisos de importación, los pedigüeños de las mil y una ayudas, sin ambición sana ni horizontes, ni siquiera los que simplemente ponen el dinero, pero no marcan rumbos, que es la misión del productor. ¿No se puede afirmar que esta pieza clave de la cinematografía que es el productor falta por completo en España? Y sin ella nada harán los directores más capaces. Hablando, pues, en términos generales, ¿no está la causa de la crisis de nuestro cine en el hecho de que en España han hecho cine los que no sabían y no lo han hecho los que podían? Si nuestro cine, más aún que a los problemas, más todavía que a la realidad, le ha tenido miedo a la inteligencia, ¿no se ha de-

bido a que quienes lo han hecho —y salvo las justas excepciones— no eran inteligentes?

Hay quien sostiene que, en definitiva, un cine es lo que el país es; es decir, que el nivel general del país determina el nivel de su cinematografía. José Luis Sáenz de Heredia, que lanzó esta teoría con motivo de un llamado homenaje al cine español, llegaba, no obstante, a conclusiones de lo más optimistas. Puesto que el nivel del país sube —decía—, el cine español sube y subirá más todavía. No soy yo tan optimista, y no porque niegue la subida del nivel del país, que es cuestión ajena a la que estoy examinando, sino precisamente por esto: porque estimo que se trata de una cuestión ajena, y es que la Historia nos suministra pruebas abrumadoras de que no existe la correspondencia que Sáenz de Heredia cree ver entre órdenes muy diversos de actividades, y la prosperidad en uno no entraña la prosperidad en los demás. No creo, pues, que el nivel de nuestro cine vaya a subir si no tira alguien de él hacia arriba, y en lo que sí concedo parte de razón a Sáenz de Heredia es en rechazar la explicación simplista de quienes presentan la estampa de un cine artificialmente comprimido, cuando la verdad es que la masa de quienes lo hacen no experimenta el menor deseo de salir de su mediocridad y, aunque lo experimentase, sería incapaz de conseguirlo.

La solución obvia es ponerlo en otras manos.

6. *No lo han hecho los que podían.*

A ese enfermo crónico que desde su nacimiento ha sido el cine español se le han aplicado muchos remedios. Como esos enfermos, ha ido de médico en médico, incluso de curandero en curandero, ensayando medicamentos y hasta los más increíbles ungüentos caseros; más de una vez, con el único resultado de agravar su dolencia. También como esos enfermos, ha desembocado en una credulidad tal que le ha llevado a vivir pendiente del milagro, esto es, de la panacea que de la noche a la mañana le dé la salud. Aunque mientras tanto, desprecie el único remedio que podría curarle de verdad, pero que exige una colaboración que el enfermo no quiere prestar, por miedo o por pereza.

La explicación profunda de la insuficiencia del cine español es el alejamiento de nuestra clase intelectual, y al decir clase intelectual no me refiero exclusivamente a los matriculados en Facultades o Escuelas especiales, sino, como decía Arroita Jáuregui en ocasión parecida, a "hombres y mujeres con inquietud universal de cultura"; que pueden ser universitarios y pueden no haber pisado en su vida un aula. Ahora bien; la incorporación al cine de esa clase (sobre la que no ha podido por menos de influir el bochornoso e inexplicable desconocimiento del cine por nuestros intelectuales), no es labor de un día. Se ha dicho que "nuestro cine necesita créditos a largo plazo e inteligencias a corto plazo. Quien solucione esta segunda necesidad habrá prestado al cine tan eficaz ayuda, que quizá ya no necesite la otra ayuda". Lo malo es que no cabe resolver la segunda necesidad a corto plazo. Por esto, más de una vez, al exponer públicamente este punto de vista, he palpado el desencanto que producen siempre en españoles las soluciones para mucho tiempo y en las que cada uno, desde el primer momento, tiene que colaborar, acaso sin esperanza de ver los frutos. Pero no existe otro camino.

¿Cómo recorrerlo?

En parte, el remedio económico traerá el artístico, y a la inversa. Un cine montado sobre una base industrial seria mejorará necesariamente la calidad de su personal, hasta desplazar al aventurero, que suele ser a la vez el indocumentado; pero esto no basta, y pensando, sobre todo, en el cine de calidad, que debe ser el coronamiento del comercial, hay que buscar medios de promover rápidamente equipos capaces de realizarlo.

7. *La educación cinematográfica.*

Lo lógico sería que esa promoción se realizara por medio de la Universidad. Pero nuestra Universidad vive de espaldas al cine, aunque en ello lleve su penitencia, porque se priva de lo que podría meter vida, aire libre, en sus aulas. Afortunadamente, están los Cineclubs: que no son solamente sustitutivo de la Universidad, porque su objetivo es más amplio, pero que han servido como sustitutivo de la Uni-

versidad en vista de que ésta no cumplía su misión, y que acaso estén próximos a lograr su mayoría de edad si hemos de juzgar por el ímpetu con que últimamente se están desarrollando entre nosotros, y este ímpetu no se trueca para muchos en desilusión al chocar con las dificultades que hasta ahora han hecho poco menos que milagrosa su existencia (pocas películas, imposibilidad de selección, falta de información y de preparación cinematográfica en muchos dirigentes, obstáculos exteriores). Cabe, naturalmente, que esas dificultades sean removidas, como asimismo las que frenan un movimiento general de interés por el cine, que espera únicamente la posibilidad de manifestarse y dar fruto. Pero ¿no es esta posibilidad lo que falta?

La desembocadura natural de los Cineclubs, en cuanto reclutadores de vocaciones, es el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, creado por las Órdenes de 19 de febrero y 2 de marzo de 1947. El Instituto, ¡cuántas burlas atrajo! Llegó a ser, como escribiría Maesso, "el blanco de las pullas de los profesionales; el chiste de moda". Se trataba de las mismas pullas que anteriormente recibieron las Escuelas de Periodismo; del viejo argumento de que el hombre de cine, como el de Prensa, nace, no se hace. ¡Pero el abogado y el médico y el ingeniero también deben nacer, esto es, servir para lo que van a estudiar, y nadie propugna el cierre de las Facultades de Derecho y Medicina o de las Escuelas especiales! La verdad es que la justificación sobre el papel del Instituto no puede ser más diáfana y que, incluso examinando su accidentada historia en los doce años que tiene de vida, resulta que ha suministrado a sus alumnos una formación teórica que sería injusto no calificar, por lo menos, de aceptable; que, si no podría decirse lo mismo de la preparación práctica, con la que ha ocurrido muchas veces lo que con el valor ocurre en las hojas de servicio de los militares que no han estado en campaña —que el valor, que la práctica, "se les supone"—, ello se ha debido exclusivamente a la escasísima dotación económica del Instituto, y acaso a las dificultades que el mismo encontró fuera, a consecuencia de las cuales sus alumnos han carecido de las mínimas ventajas para entrar después en la vida profesional; que el Instituto ha sido, por lo menos, el único cauce para dar salida a unas vocaciones que, sin él, es casi seguro que se habrían perdido para el

cine, y un cauce decoroso y apto, por ello, para dar respetabilidad a una profesión hacia la que cierta parte de nuestra sociedad siente recelos, justificados o no, pero a los que hay que atribuir en buena parte la situación que he expuesto en las páginas anteriores.

Todo ello desemboca en la conclusión, que únicamente puede extrañar a quienes no hayan seguido mi razonamiento, de que la política cinematográfica del Estado debe atender, más aún que al cine comercial, al cine de calidad; y más que al cine de calidad, a quienes lo hacen; y más que a quienes lo hacen, a quienes lo harán, esto es, a los futuros profesionales, para cuya formación existe el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas.

Pues bien; quizá sea significativo el que, cuando empecé la redacción de este trabajo, vigente una Ley concediendo cuatrocientos millones al cine español, el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, que venía ocupando provisionalmente —desde su nacimiento— los locales de la Escuela de Ingenieros Industriales, se veía obligado a abandonarlos y, como cualquier inquilino insolvente, se encontraba con sus trastos en medio de la calle. La solución que, como no podía por menos de ocurrir, se dió oficialmente al problema, manteniendo el "statu quo" anterior, no debe pasar de solución provisional, como todo el planteamiento del régimen del Instituto, que por esto me atrevo a recoger como representativo de la situación general de una cinematografía, la española, que espera desde hace años a que se ponga fin al período, demasiado largo, de parches y remedios de urgencia, para desembocar en una solución definitiva.

Es de desear que a la rectificación progresiva que he señalado en el campo económico, suceda un fenómeno semejante en el artístico.

LA UNIDAD DE EUROPA EN EL PENSAMIENTO DE PÍO XII *

TEMA tan vivo y palpitante como la unidad de Europa no podía menos de suscitar el verbo magistral de Pío XII, atento siempre a los problemas nuevos, y previsor de los acontecimientos del futuro; tanto más cuanto que ese tema entraña cuestiones y provoca actitudes que tocan a lo moral y aun a lo religioso.

Pero antes de explanar el magisterio píano acerca de esta materia, pide la triste ocasión de su muerte que se diga algo sobre el propio venerado maestro.

Al cumplir Pío XII, en 1956, la edad de ochenta años, un elenco universal de pensadores católicos le dedicó, como homenaje jubilar, un libro espléndido, compuesto por los trabajos monográficos de todos ellos. Figuran en ese libro unas palabras de introducción debidas a la pluma, tan docta como fervorosa, del Magnífico Rector de la Universidad Católica de Milán y presidente de la Pontificia Academia de Ciencias, el ilustre converso, antiguo marxista, hoy fraile franciscano, padre Agustín Gemelli. Pues bien, en ellas afirma el insigne profesor que es, a su juicio, la nota característica de Pío XII, la que descuella sobre tantas otras asimismo sobresalientes, el ser "maestro de la verdad". Y precisa su pensamiento diciendo que si bien, en el orden de los principios, todo Pontífice ejerce el magisterio, por misión recibida del Fundador de la Iglesia, en el terreno "histórico", el Papa Pacelli lo ha ejercido de un modo tan "directo", que puede adjudicársele de manera singular esta función adoctrinadora como uno de sus peculiares atributos.

Si se examina, en efecto, la historia del Pontificado romano, se advierte que la actividad doctrinal directa de la Sede Apostólica, durante los siglos anteriores, no es comparable, ni en extensión ni en intensidad, con la ejercida por los Papas de cien años a esta parte. Dentro de este período, es de señalar que el magisterio fecundo y profundísimo de un León XIII o de un Pío XI se ejercen en épocas

---

* Con ocasión de cumplirse en este mes de marzo el XX aniversario de la elevación al Pontificado de S. S. Pío XII, ARBOR se complace en publicar los dos trabajos que siguen, reflejo de otros dos aspectos importantes de su Magisterio.

"estáticas" en que un cierto sosiego permite la serenidad del trabajo profesoral; en tanto que al Papa Pío XII le ha correspondido una época no ya "dinámica", sino convulsa y trágica, con seis años de guerra ardiente y un decenio de guerra fría, el cual más que era de paz se nos antoja etapa prebélica.

Magisterio renovado.

Un mundo nuevo y fascinante, atropellado de crisis e inquietudes, lleno de nuevas exigencias, pródigo en nuevas teorías, creador de terribles inventos, acuciante de formas y de métodos nuevos, requería de forma perentoria un magisterio vastísimo que había de referirse a problemas muy concretos. Y el Papa Pío XII, entre el tronar de bombas y cañones, un tiempo, y bajo el amago, luego, de ingenios destructores capaces de destruir el mundo y acabar con la humanidad, en medio de las angustias económicas de pueblos empobrecidos y ante la opresión de otros por la tiranía del más fuerte, Pío XII, repito, impávido y sereno, ha ejercido su "magisterio de la verdad", día a día, y no limitado a altas declaraciones de principios ni a la fulminación de anatemas sobre doctrinas erróneas, sino con un sentido altamente constructivo y como saliendo al paso de las exigencias cuotidianas de los grupos humanos que acudían a él en demanda de luz y de doctrina.

Otra novedad digna de nota en la función docente del Pontífice son las formas que ha usado para ejercerlo y los medios empleados para su difusión. Además de las Encíclicas solemnes, su verbo ha revestido la forma de mensajes y discursos y se ha visto amplificado en colosales proporciones merced al empleo de los medios modernos de propaganda y singularmente gracias a la radiodifusión.

De esta manera, al tiempo que se iba elaborando la historia de cada día, atento siempre a las realidades del presente y a las perspectivas del porvenir, el Papa ha ido diciendo sobre cada problema y a cada auditorio su palabra de maestro, que era, a la vez, escuchada como doctrina universal por la humanidad entera.

Señalaré, por último, la santa audacia, la intrepidez, el arrojo con que el Papa Pacelli ha abordado los más difíciles temas, los problemas más candentes, los asuntos más controvertidos, sin miedo a la tremenda responsabilidad de su altísimo magisterio. Porque otra

nota peculiar del Pontífice recién muerto era —como ha escrito Jacques Maritain— el dominio de la palabra. Era "señor de su palabra" en cualquiera de las muchas lenguas en que la expresaba, con una clara conciencia de la excelsa propiedad que el verbo posee de ser vehículo y portador de la verdad. Y esto en contraste con el fenómeno contemporáneo, cada día más grave, de la falsificación del lenguaje y la mixtificación de sus sagradas funciones, que han llegado a convertirlo, con el nombre de propaganda, en un ardid para encubrir la verdad, si no para propalar la falsedad y la mentira.

Así se comprende por qué los grupos de hombres de buena voluntad que se vienen esforzando en rehacer la unidad de nuestro mundo europeo acudían a la cátedra pontificia sedientos de verdad y hambrientos de doctrina. Y por qué el Papa no podía defraudarles con ningún género de evasiva que tratara de escudarse en un sobrenaturalismo que el propio Papa declara farisaico, cuando con él se trata de rehuir la enseñanza o la acción de la Iglesia en el campo de la vida pública.

No puede extrañar, por otra parte, que sea Pío XII el primer Papa que hable, en el mundo moderno, de la unidad de Europa, puesto que se trata de un hecho nuevo, de una preocupación recentísima.

La Comunidad de Naciones.

El propósito mismo de organizar jurídicamente la Comunidad Universal de las Naciones no tiene más tiempo de existencia que lo que va de siglo. La idea, cierto, es antigua y fueron singularmente los teólogos, los filósofos y los juristas españoles, y a la cabeza de ellos Vitoria y Suárez, quienes la defendieron, en nuestros Siglos de Oro, con talento y empeño. Pero el intento de su realización es de hoy, ya que apenas si pueden servir de antecedente histórico, por ser de naturaleza jurídica totalmente distinta, así los Imperios de la Edad Media, como el Sacro Romano Imperio o el Germánico de los siglos medievales o el Imperio Cristiano Universal de nuestro Carlos V.

El propio Pío XII lo reconoce con estas palabras textuales: "Hay que confesar que solamente en el presente siglo se ha pensado en la creación de una entidad jurídica universal." Porque ahora se trata de crear una Comunidad auténtica, esto es, una unidad superior, en la que participen todas las naciones en pie de igualdad jurídica y bajo una autoridad supranacional coercitiva.

Si de esta Comunidad Universal se hablara, no sería exacto atribuir a Pío XII la primacía en el magisterio papal sobre tal tema, pues pediría la justicia una mención laudatoria de las enseñanzas de otros Pontífices, y singularmente de Benedicto XV, acerca de la Sociedad de las Naciones. Este Papa, en efecto, en su Encíclica "Pacem Dei", de 1920, apenas terminada la primera gran guerra, predica ya muy concretamente la necesidad de erigir en sociedad jurídica a la gran familia de los pueblos, a fin de asegurar la independencia de cada uno y el orden de la comunidad internacional.

Europa como unidad.

Pero Pío XII, sobre desarrollar con admirable puntualidad la idea de la Comunidad Universal de las Naciones, es, desde luego, el primero que aborda el tema concreto de la unidad de Europa. Y lo hace con una decisión, una constancia, tal claridad y tal intrepidez, que asombran. Él mismo lo reconoce y lo confiesa: "Nadie ignora —dice— con qué interés seguimos los esfuerzos de unión que se persiguen desde finales del último conflicto mundial." Y en otra parte, hablando de sí mismo: "Sin querer implicar a la Iglesia en intereses puramente temporales", el Papa se ha propuesto "dar a conocer la solicitud de la Santa Sede por la unión de los pueblos".

El Papa lleva este empeño al punto de que, ya en el primer Congreso de Europa, celebrado en La Haya en mayo de 1948, nombró un "representante personal especial", y luego autorizó a que se estableciera en Estrasburgo, junto al Consejo de Europa, un Secretariado Católico.

Diré algo, ahora, sobre los documentos en que yace la doctrina piana sobre esta materia. Suman no menos de trece y corren todo a lo largo de los años 1947 a 1957, el último decenio de la preciosa vida del Papa. El primer texto aparece en el Radiomensaje navideño del 24 de diciembre de 1947; el último, si no me equivoco, en el discurso a la Asociación Italiana por el Consejo de Municipios de Europa, de 6 de diciembre de 1957. Fuera del mensaje referido, otro de la Navidad de 1956 y una alocución al Sacro Colegio en el año 1948, los textos restantes se encuentran siempre en discursos dirigidos a los grupos del movimiento europeísta que recibía en audiencia. Forman, pues, parte de ese peculiar magisterio ocasional a que me referí an-

tes, como típico suyo, hecho por medio de alocuciones sobre temas concretos a auditorios de especialistas.

Algunos de estos auditorios han sido singularmente autorizados. Descuella, entre ellos, la Asamblea de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, una de las más grandes realizaciones funcionales, ya lo he dicho arriba, de la Europa de nuestros días, en memorable audiencia del 4 de noviembre de 1957. Le siguen en importancia el auditorio de los participantes del II Congreso de Europa, que se reunió en Roma, también en 1957; los profesores y los estudiantes del Colegio de Europa, en Brujas (1953); los asistentes al II Congreso de la Unión Europea de Federalistas (1948); los miembros de la Institución "Pax Christi" (1952); los de la Asociación Italiana en pro del Consejo de Municipios de Europa (1957), y los del Congreso Europeo de Escuelas Privadas (1957).

Otras veces han sido sus oyentes: un grupo de obreros italianos (1953), los socios de la Campaña europea de la Juventud (1956), los ministros de Transportes de toda Europa (1957). Y hay, por último, algunas alusiones en discursos a políticos, tales como el Presidente Heuss (1957) y el Canciller Adenauer (1956), a quienes alaba su preocupación y sus desvelos por la unión europea. Es de decir que quedan fuera de este estudio, por no ser en rigor documentos papales, las Cartas de la Secretaría de Estado a diversas entidades y reuniones europeístas, entre ellas alguna tan importante como la dirigida en julio de 1957 a la Semana Social de Pamplona, en que se trató el tema de la Comunidad internacional.

Objetivo espiritual.

Pero, ¿por qué habla el Papa, y lo hace con tanto ardor e insistencia, de un tema como éste que no parece tener relación con las materias propias del magisterio pontificio? Se trata, en efecto, de una problemática netamente política, de interés temporal y, ya lo he dicho, de una cuestión contingente, histórica, casi circunstancial. Sin embargo, este problema de la unidad o de la desunión de los países europeos, ¿qué duda cabe de que tiene una vasta trascendencia sobre otras cuestiones espirituales tan graves como las de la paz, la cultura y el desarrollo de la civilización cristiana? Y es este objetivo, limpiamente espiritual, el que Pío XII persigue al afrontar el tema europeo

resuelta y audazmente, sin temor a lo arduo y escabroso de sus aspectos políticos.

Expresa admirablemente este designio del Papa el P. Le Roy, S. J., de la "Oficina Católica de información sobre los problemas europeos", de Estrasburgo: "Por encima de las realizaciones temporales —dice—, Pío XII continúa con la mirada fija en el objetivo que tanto desea. Si hace suya la idea de una Unión Europea es porque así se terminarán las luchas seculares que han ensangrentado Europa; es porque, una vez superadas "las preocupaciones egoísticamente nacionales", los pueblos podrán colaborar en concordia y paz; es, sobre todo, porque una Europa unida podrá salvar y guardar mejor su herencia cultural y espiritual que debe especialmente al "cristianismo que ha modelado el alma de los pueblos" y liberado en ellos "por encima de sus diferencias, aun las más señaladas, los rasgos distintivos de la persona libre, sujeto absoluto de derecho y responsable delante de Dios no solamente de su destino individual, sino también de la suerte de la sociedad a que pertenece".

Cuando Pío XII habla de Europa demuestra el gran valor que concede a las realidades temporales, porque, como él mismo lo dice, "la Europa unida no puede construirse sobre una simple idea abstracta; tiene por soporte necesario hombres vivos". Pero el Papa nunca se olvida de insistir sobre los valores espirituales que constituyen el objeto preferente de su preocupación apostólica.

Daré un paso más diciendo que, en todo momento, Pío XII se manifiesta resueltamente en favor de la unidad europea, sin asustarse del grado a que se llegue en la unificación, y que estimula y alienta de modo claro y decidido a cuantos trabajan en favor de ella.

"Un cúmulo de razones."

El Papa ve la unificación como "indispensable" —cito palabras suyas—, "bajo la presión de la necesidad", y encuentra a favor de ella "todo un cúmulo de razones". Éstas pueden ordenarse sistemáticamente de la forma que sigue, yendo de las menos a las más importantes.

Las razones de orden económico saltan a la vista. "El mercado de primeras materias ha pasado de la escala nacional a la continental", le dice al auditorio que más sabe de eso: la Asamblea de la

C. E. C. A. La unión —había dicho antes al Colegio de Brujas— "ha de favorecer la prosperidad económica de los miembros y del conjunto". Pero también debe de aprovechar a la humanidad entera, porque hoy Europa —dice— siente que todos los hombres son hermanos y están llamados a unirse en el trabajo para acabar con la miseria de la humanidad y para hacer que cese el escándalo del hambre y de la ignorancia.

Hay también razones de carácter político. Tras la última guerra, Europa ha perdido la hegemonía del mundo, el cual —reconoce el Papa— "tiende a agruparse en bloques más o menos compactos". Al propio tiempo, se desmoronan los grandes imperios coloniales que poseyeron otrora las naciones del Viejo Continente, y Europa "ve los territorios antes sometidos a su tutela llegar rápidamente a la edad de la autonomía". En consecuencia, las naciones europeas deben reagruparse, aun políticamente, "para que su poder político —textual— sea respetado entre las potencias".

Pero sobre todas estas razones económicas o políticas están las de orden moral. Y la primera de ellas, la paz. En efecto, tras la última contienda, "la Europa maltrecha y decaída —son palabras del Papa— siente la necesidad de unirse y poner fin a las seculares rivalidades". Y si la unidad engendra la paz, ésta, a su vez, abrirá paso a un renacimiento moral que ha de beneficiar a los valores del espíritu. Textualmente dice Pío XII que de la unidad europea "saldrá un enriquecimiento no sólo económico y cultural, sino también espiritual y religioso", "saldrá una nueva vida en todos los órdenes".

Si estas razones morales piden la unidad de Europa, en nombre de los intereses europeos, también la demandan en obsequio al interés universal. Sin la armonía de las naciones que forman nuestro Continente apenas se concibe la paz mundial. Notemos, por nuestra cuenta, que una gran parte de los males que hoy afligen al mundo se deben a la desunión de Europa, que de las querellas entre los pueblos europeos brotaron las dos últimas guerras mundiales, y que, aun hoy día, su inestabilidad es una amenaza para la paz, tanto más cuanto que varios de los puntos neurálgicos del mundo moderno se hallan en Europa y en ellos puede encenderse de nuevo la chispa de una futura conflagración.

La misión de Europa.

Pero, sobre todo, y ésta es una razón más para la unión, sin una inteligencia verdadera entre los países europeos se frustraría en el futuro, a juicio del Papa, la vocación peculiar de nuestro Continente, que es la de expandir por el resto del mundo la civilización cristiana, la cual constituye la base de nuestra propia cultura y el fundamento mismo de nuestra existencia. Pío XII habla con fe y con entusiasmo de esta vocación civilizadora de nuestro grande y, a la vez, pequeño Viejo Mundo. "Por encima del fin económico y del político —decía al Colegio de Brujas — la Europa unida debe asumir como misión la afirmación y la defensa de los valores espirituales que... ella tenía la vocación de transmitir a las restantes partes de la tierra y a los otros pueblos... la fe cristiana, auténtica base de su propia civilización y de su propia cultura."

Esta misión civilizadora de Europa abarca al mundo entero sobre el cual siembra y reparte las riquezas espirituales acumuladas a lo largo de siglos por cada una de las naciones que la forman. Es, sobre todo, la obra de Europa en América, y singularmente la de nuestra España. Hay, sin embargo, en las palabras del Papa una mención especial, por lo que al futuro se refiere, para el Continente africano: "Nos parece necesario —les dice a los congresistas de Europa, reunidos en Roma el año 1957— que Europa mantenga en África la posibilidad de ejercer su influencia educadora y que, como base de esta acción, aporte una ayuda material amplia y comprensiva que contribuya a elevar el nivel de vida de los pueblos africanos y a revalorizar las riquezas naturales de aquel Continente." Y añade en seguida cuál sea el alto designio universal de esta empresa: "Así demostrará Europa —dice el Papa— que su voluntad de formar una Comunidad de Estados no constituye un repliegue egoísta determinado por un reflejo de defensa contra las potencias exteriores que amenazan sus intereses, sino que procede, sobre todo, de impulsos constructivos y generosos."

Debe reconocerse que las razones que Pío XII invoca para invitarnos a los pueblos europeos a una singular unión, dentro de la Comunidad Universal de las Naciones, además de constituir "un cúmulo", son todas ellas razones de peso y deben de pesar, en efecto, sobre

la nueva mentalidad europea de un modo definitivo, inclinándonos a todos hacia la unidad.

Comunidad supranacional.

Pero el Papa no se detiene en estas consideraciones, diríamos apologéticas, en favor de la unidad de Europa. Condesciende a examinar con sus interlocutores los presupuestos de esta unión. Aunque aquí también, sobre los aspectos técnicos, que no desdeña, es natural que guarde las preferencias de su doctrina para las cuestiones de índole moral que el problema comporta.

Empezaré por examinar, con el Pontífice, la naturaleza jurídico-política de esa Europa unida. Pío XII trata este punto con la intrepidez que es su nota característica. No se asusta, en efecto, de que la nueva Europa se conciba como una auténtica Comunidad supranacional dotada de verdadero poder político; siempre, eso sí, que respete la sustantividad de las naciones que la forman. He aquí el ensayo de un difícil equilibrio casi sin precedentes —al menos en cuanto a su extensión— en la historia de los pueblos. Para llegar a él es menester revisar de arriba abajo conceptos tradicionales, como el de la soberanía, y acudir a fórmulas nuevas. Pío XII no vacila en hacerlo, y no sólo al respecto de la unión europea, sino con carácter más general, esto es, referido a la Comunidad Universal de las Naciones.

Esta doctrina se encuentra singularmente expuesta en el discurso dirigido, en 1953, a los juristas católicos italianos, en que el Papa estudia la Comunidad jurídica supranacional y, como uno de sus más graves problemas, los límites de la soberanía del Estado. Retendré de tales enseñanzas las tres siguientes expresiones llenas de valentía y formuladas con toda decisión: "El Estado no es ya, ni lo ha sido en realidad nunca, soberano en el sentido de una ausencia total de límites." "Soberanía, en el sentido verdadero de la palabra, significa autarquía y exclusiva competencia en relación a las cosas y al espacio..., aunque dentro del ámbito internacional, pero con independencia del ordenamiento jurídico de cualquier otro Estado." "Ningún Estado podrá promover querellas por limitación de su soberanía si se le negase la facultad de obrar arbitrariamente sin consideración a otros Estados."

Haciendo ampliación de estos conceptos al caso de Europa, el Papa la concibe en el futuro como "un organismo supranacional" —son expresiones suyas—, "una comunidad política europea con un poder real que ponga en juego su responsabilidad", y abiertamente declara que "los países de Europa que han admitido el principio —no se olvide el artículo 24 de la nueva Constitución alemana— de delegar una parte de su soberanía en un organismo supranacional..., entran... en una vía saludable".

La unión europea puede hacerse de forma horizontal, esto es, por una pura y simple federación de países, o bien de modo vertical, o sea, funcionalmente. El Papa, es natural, no se pronuncia por ninguna de ambas fórmulas, y aún se diría que admite ambas, dado que son entre sí compatibles. Por eso, al hablar a la Asociación Italiana para el Congreso de Municipios, emplea la expresión "unidad federal europea" y se refiere a "la idea federalista", y ante el Consejo de la C. E. C. A., si bien usa, unas veces, el término "federarse", cuando en otros pasajes se refiere a "la constitución de un organismo político único", se entiende éste de carácter funcional, puesto que alude a esa precisa Comunidad que tiene su ámbito limitado en razón de unas funciones económicas determinadas.

Respeto a las naciones.

En todo caso, está claro que en la mente del Papa brilla la idea, tan nítida como fija, de que la futura Europa debe configurarse como organismo supranacional político, dotado no sólo de órganos consultivos o deliberantes, sino también de aquéllos que posean un auténtico poder coercitivo.

Esta unidad supranacional europea no puede nunca, según el pensamiento de Pío XII, absorber a las naciones que la integran. Es también ésta una tesis que el Papa desarrolla con carácter general al tratar de la Comunidad Universal de las Naciones. Pero hace luego expresa aplicación de ella, cuando habla de la unión europea, al proponer a ésta una doble finalidad: la seguridad del todo y la garantía de las partes que lo forman. Así lo dice al Colegio de Brujas: "La Europa unida debe garantizar la existencia de cada uno de sus miembros y la del todo que ellos constituyen." Y en diversos pasajes de otros discursos se repite esa idea pidiendo, unas veces "el respeto

hacia las diferencias culturales", y otras, "las diferenciaciones" incluso en la política exterior. Entiendo que este punto, por ser obvio, no necesita de mayor esclarecimiento.

En cuanto a las funciones que pudiera asumir, no en todo, sino en parte, la nueva Europa así organizada, ya se ve que son no sólo de índole económica, cultural y militar, lo cual es cosa clara y comúnmente admitida, sino que alcanzan incluso a lo político, ya se entiende que referido a la acción exterior. Así, en el discurso al Congreso de Europa del año 1957, se atreve el Papa a insinuar como hacedera "una política exterior común", si bien en seguida sugiere la salvedad pertinente, esto es, que sea "susceptible de admitir diferenciaciones".

Bases morales.

Con mayor amplitud y con reiteración, junto a las cuestiones de técnica jurídica y política que plantea la reintegración europea, trata el Papa de las bases morales sobre las que debe asentarse la nueva unidad y del espíritu que ha de animarla. Dedicaré a este punto, señores, la última parte de mi trabajo.

El cimiento moral de la Europa unida y el espíritu que la informe no pueden ser más que uno, según el Papa: la fe cristiana, que ha sido durante siglos la base y el aliento de las naciones europeas. Era la religión el alma de Europa en sus siglos de esplendor. Sólo cuando se quebró su unidad religiosa la armonía de Europa quedó rota, y "desde el momento en que la cultura se separó de la religión, la unidad europea quedó disgregada". Pero, a pesar de la secesión que implicaba la Reforma protestante, la idea cristiana había ya de tal modo fecundado nuestra civilización occidental, que ha permitido a ésta resistir los ulteriores embates y constituye aún hoy la fe cristiana el elemento más vital y operativo de la unidad cultural del Viejo Continente y de su proyección en todo el mundo, y singularmente en América.

Por eso, es necesario que Europa —dice el Papa— "restablezca en sí misma el vínculo entre la religión y la civilización" y que se imponga "un retorno a Dios y a los ideales cristianos si quiere encontrar de nuevo la base de su unidad y de su verdadera grandeza". Y esto no sólo como vuelta a una tradición común que es unitiva,

sino como factor, aún hoy día, el más eficaz y operante para soldar las fisuras actuales de nuestro mundo europeo. Porque —lo dice insuperablemente Pío XII— "el mensaje cristiano... permanece, hoy como ayer, el más precioso de los valores de que es depositaria Europa, y es capaz de mantener en su integridad y en su vigor, a la vez que la idea y el ejercicio de las libertades fundamentales de la persona humana, la función de la sociedad familiar y nacional; y de garantizar, en el ámbito de la comunidad internacional, el respeto hacia las diferencias culturales, el espíritu de conciliarión y de colaboración, aceptando los sacrificios que implica y las obligaciones que impone".

Importa, pues, un retorno al Cristianismo que refuerce y estimule cuanto de común ha sobrevivido a las grandes crisis de los últimos tiempos, de tal manera, que permita esperar nuevos brotes de esta gran civilización que tiene por fundamento el Evangelio. Esta "Europa genuina, es decir, el conjunto de todos los valores espirituales y civiles que el Occidente ha acumulado" y que reparte al mundo entero, esa es la que debe quedar "restablecida, vigorizada, nuevamente consciente de su misión, cristianamente inspirada", para lo cual habrá de "expulsar de su organismo —son palabras del Papa— los gérmenes venenosos del ateísmo y de la revolución". Porque, señores, en conclusión, "una Europa unida, para mantenerse en equilibrio..., tiene necesidad de apoyarse en una base moral inquebrantable", y ésta sólo la ofrece la verdadera fe cristiana.

La Europa segregada.

A título de apéndice añadiré unos párrafos acerca de cuál sea en la mente del Papa el área geográfica de una Europa unida.

No he encontrado en los escritos de Pío XII texto ninguno que de modo explícito aborde esta cuestión, acaso por no ser controvertida. Pero es cosa clara que, al hablar de Europa, no se refiere tan sólo a esta mitad de nuestro ya exiguo Continente que se llama la Europa occidental, sino que comprende también y abraza con particular predilección a esas desgraciadas naciones del Centro y Este europeo que yacen hoy aherrojadas bajo el dominio moscovita.

Parte integrante son, y muy principal, de Europa, así por imperativo de la geografía como, sobre todo, por obra de la Historia, apar-

te de Alemania Occidental, Polonia, Hungría, Eslovaquia, los Estados balcánicos y los países bálticos. Y no puede la hoy llamada Europa libre resignarse a aceptar como un hecho consumado esta mutilación espantosa que sufre el cuerpo europeo por obra del comunismo soviético. Todo, pues, cuanto queda dicho sobre las naciones europeas, debe entenderse también atribuído a estas desventuradas naciones, que si hoy están prácticamente apartadas del movimiento de la unidad europea, es porque el Imperio rojo las retiene en su órbita a viva fuerza.

Ellas han sido, por otra parte, objeto de la preferente atención de Pío XII, que no ha descuidado ocasión de compartir sus tribulaciones y singularmente por causa de la persecución religiosa de que son víctimas.

La Encíclica "Orientales ecclesias", que publicó Pío XII en 1953, expresando su solicitud por los católicos de Bulgaria, Rumania y Ucrania; la "Luctuosissimi eventus", publicada en octubre de 1956, con ocasión de la cruenta represión que hicieron los rusos del levantamiento del pueblo húngaro; la "Invictae Atlhetae Christi", dirigida a sus "muy queridos hijos de Polonia", en 1957, con ocasión del Centenario de la muerte en martirio del jesuíta polaco San Andrés Bobola; la Carta Apostólica "Dum moerenti anno", que, también en 1958, dirigió a los cardenales Mindszenty, Stepinac y Wyszynski, y a los prelados, sacerdotes y fieles de la que el propio Papa designaba, ya desde 1951, "Iglesia del Silencio", Carta en la que parangona la situación actual con la que esos mismos pueblos sufrían en el siglo XV bajo el dominio o la amenaza del poderío turco; los muchos discursos y cartas de queja por el trato cruel que en esos pueblos se daba a decenas de prelados y a miles de sacerdotes y de fieles; sus continuas protestas contra los infames intentos de secesión y de cisma atizados en el interior de estos países por los gobiernos comunistas; así como la hermosa Plegaria que compuso en 1957 para que se orase por los perseguidos; todos estos documentos, si bien ya se comprende que, por no ser del caso, o bien por razones de prudencia, no tratan de la segregación de estos países respecto de la Europa occidental, son prueba clara de que el pensamiento del Papa no concibe sin ellos esa unión europea del mañana que han de integrar sobre bases cristianas todos los pueblos libres.

Un nuevo espíritu.

Al tratar de exponer de modo sistemático el pensamiento de Pío XII sobre la unidad de Europa he desmenuzado acaso excesivamente los textos en que yace, privando a mis lectores de saborear la elegante prosa del Pontífice. Por eso, para terminar, como homenaje a su egregia pluma, voy a cerrar este artículo transcribiendo dos pasajes de sus discursos sobre Europa, de carácter admonitorio, que cobran singular relieve y actualidad precisamente en estos días de nueva alarma internacional. Dicen así:

"Las grandes naciones del continente con larga historia cargada de recuerdos de gloria y de poderío, pueden también hacer fracasar la construcción de una Unión Europea, expuestas como están, si no toman precauciones, a medirse con el patrón de su propio pasado más que con las realidades del presente y con las previsiones del futuro. Es justamente por esto por lo que se espera de ellas que sepan dejar a un lado su grandeza de otro tiempo para alinearse en una unidad política y económica superior. Lo harán de tanto mejor grado cuanto no se les obligue, por deseo exagerado de uniformidad, a una nivelación, ya que el respeto a los caracteres culturales de los pueblos provocará, por su armoniosa variedad, una unión más fácil y más estable."

"Una concreta exigencia de esta hora, uno de los medios para asegurar a todo el mundo la paz y la fructuosa herencia del bien, una fuerza que abrace también a los pueblos de Asia y África, el Medio Oriente y la Palestina con los Santos Lugares, es reforzar la solidaridad de Europa. Pero esta solidaridad no se consolida mientras las naciones asociadas no comprendan que los descalabros políticos o económicos de las unas en ninguna parte del mundo pueden, a la larga, traer ventajas verdaderas a las otras. No se consolida, respecto a la formación de la opinión pública, si en la hora del común peligro la crítica de la acción de unos, aunque en sí esté justificada, se expresa por los otros de modo tan parcial que hace entre ellos dudar si queda todavía algún vínculo de solidaridad. Nunca se podrá hacer una buena política con sólo el sentimiento, y menos la verdadera política de hoy con sentimientos de ayer y anteayer."

Por designio de Dios terminó ya en la tierra el alto magisterio del Pontífice que ha sido campeón de la paz y de la unidad de los pueblos, y muy en particular, ya lo habéis visto, paladín de la Unión Europea. Pero seguimos teniendo, es de creerlo, en los cielos un alto valedor de tan noble causa. Quiera Dios, por su intercesión, conceder a nuestro Viejo Mundo la unión por él tan anhelada.

ALBERTO MARTÍN-ARTAJO.

LA ECONOMÍA SOCIAL EN EL MAGISTERIO DE PÍO XII *

HA sido bastante frecuente, entre los cultivadores teóricos de la economía, considerar que esta ciencia debe mantenerse exclusivamente en el plano de la verdad positiva, con la única preocupación de comprobar la regularidad y concatenación de los fenómenos económicos, para formular sus leyes y explicar su mecanismo, sin necesidad de recibir orientaciones de la moral. Se admite, en general, que el economista no puede hacer abstracción completa de las ideas morales, aun cuando las considere simplemente como una correlación de hecho. La Moral viene a ser para la Economía como un dato positivo, en el mismo rango que el Derecho o la Técnica. El problema de los fines, según estos cultivadores de la economía, desborda el objeto de la ciencia económica [1].

Esa actitud científica, cada día más superada por insignes cultivadores de la ciencia económica, no parece hallarse conforme con el *concepto cristiano de la Economía* social, al que S. S. Pío XII aludió en repetidas ocasiones.

Recordemos especialmente los siguientes documentos:

Discurso al Congreso de Política de Intercambios Comerciales Internacionales, del 7 de marzo de 1948.

Discurso al Congreso Mundial de las Cámaras de Comercio, del 27 de abril de 1950.

Discurso al I Congreso de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas, del 9 de septiembre de 1956.

---

1 L. ROBBINS: *An essay on the nature and significance of economic science.* Londres, 1941.—G. PIROU: *Introduction à l'économie politique.* Ed. Sirey, 2.ª ed.

2 SCHUMPETER: *Science and Ideology.* "Amer. Econ. Rew.", año 1950.

LA ECONOMÍA CLÁSICA.

La doctrina social de la Iglesia ha mirado con recelo la orientación inicial de la ciencia económica moderna.

"Los gérmenes de la nueva economía aparecieron por vez primera cuando los errores racionalistas habían arraigado ya plenamente en los entendimientos, y con ellos nació una ciencia económica distanciada de la verdadera ley moral..." [3].

El grave error de los fisiócratas y de los economistas clásicos fué el de tratar "*... los hechos económicos como si fuesen fenómenos físicos y químicos sometidos al determinismo de las leyes de la naturaleza...*" [4].

No supieron ver en el hecho económico más que "*... el elemento material cuantitativo, y dejaban olvidado el esencial, el elemento humano, las relaciones que unen al individuo con la sociedad y le imponen normas no sólo materiales, sino morales, en el modo de usar los bienes materiales*" [5].

No se pretende negar que muchas veces el hombre, al actuar en el campo económico, se deja llevar de un exagerado egoísmo, que busca la máxima ventaja personal, olvidadizo de sus deberes morales hacia la sociedad. Mas esa comprobación positiva, que refleja una conducta que contradice a la naturaleza esencial del hombre, como ser racional y sociable, no puede elevarse a la categoría de una ley universal e inmanente como base de la ciencia económica [6].

La ley de la mayor frecuencia no puede sustituir a la ley de la naturaleza. La verdad científica exige afirmar que la ley moral gobierna los actos económicos, en cuanto son actos humanos, y que la frecuencia de los comportamientos injustos no puede ser la explicación única de los fenómenos económicos.

Por eso, Pío XII afirmó, ante la selecta concurrencia de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas, que "... *es preciso...*

---

[3] Pío XI: *Quadragesimo Anno.* Col. Encíclicas y Documentos Pontificios, A. C. E., 4.ª ed., pág. 419, núm. 54. Madrid, 1955.

[4] Pío XII: Discurso citado al I Congreso de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas. "Anuario Petrus", pág. 191, núm. 3; año 1956.

[5] Ídem.

[6] Véase M. CLÉMENT: *L'Économie social selon Pie XII.* "Nouvelles Éditions Latines". París, 1953.

levantar los ojos más alto y apreciar la importancia de la decisión verdaderamente personal y libre, es decir, plenamente racional y motivada; susceptible, por consiguiente, de entrar, como elemento positivo, en la construcción de una ciencia económica" [7].

La concepción amoral y mecanicista de la economía no sólo debe rechazarse, a mi juicio, porque puede originar prácticamente conflictos con las exigencias morales y comunitarias, sino fundamentalmente porque no responde a la verdadera naturaleza del objeto de su estudio, que son los actos humanos o actividades conscientes del hombre dirigidas a la satisfacción de las necesidades, superando la escasez de los medios.

Como corroboración de la afirmación hecha por Pío XII, y transcrita en las líneas anteriores, se aduce en el discurso citado el ejemplo del empresario: "... *sería muy equivocado creer que una tal actividad coincida siempre con su interés propio, que no responde más que a móviles egoístas. Más bien ha de comparársela con la invención científica, con la obra artística nacida de una desinteresada inspiración y que se endereza casi siempre al conjunto de la comunidad humana, a la que enriquece con un nuevo saber y con medios de acción más potentes*" [8].

La psicología moderna aplicada a las relaciones laborales ha puesto de relieve el falso planteamiento de la concepción del *homo œconomicus,* como sujeto de la economía, guiado exclusivamente por el apetito de la máxima ganancia.

En un manifiesto publicado por grandes industriales americanos y hombres de negocios, en colaboración con representantes de diversas actividades, educativas, sindicales y también de distintas confesiones religiosas, se pueden leer afirmaciones como las que transcribimos a continuación:

"*Los hombres desean sentir la propia estimación, el respeto de los demás, tener una oportunidad para vivir, alguna seguridad para el futuro y una vida social. Si nos fijamos solamente en una de esas necesidades y descuidamos las otras, los hombres llegan a ser desgraciados y sentirse fracasados. Esta fué la falacia oculta tras la noción del "homo œconomicus". Esta idea sólo tenía en cuenta el deseo de supervivencia. Pensaba que si los asalariados recibían el salario*

---

7 Discurso citado a la Asociación Internacional de Ciencias Económicas.

8 Ídem.

suficiente para alimentarse, vestirse y alojarse adecuadamente, estarían contentos. Pero este limitado enfoque es malo psicológica y moralmente. Ignora las necesidades vitales y las nobles aspiraciones de la naturaleza humana. No respeta su íntima dignidad, basada en su naturaleza espiritual, en su origen divino, en su destino dentro del plan universal de Dios" [9].

Esta concepción determinista y cuantitativa de la ciencia económica no ha sido superada radicalmente, en mi opinión, en la moderna escuela neoliberal. Es cierto que muchos postulados de la escuela clásica han sido rectificados. Ningún economista moderno preconiza el abstencionismo puro y simple del Estado; pero se ponen todavía demasiadas esperanzas en el funcionamiento libre del mercado, dentro, como es lógico, de un marco institucional y jurídico, como el medio más eficaz de obtener la utilización óptima de los medios de producción y la máxima satisfacción de las necesidades humanas.

No pretendo negar que una sana concurrencia es una condición necesaria para el desarrollo próspero de una economía libre, pero supone, a su vez, un sentido de responsabilidad moral y de solidaridad en los sujetos de la actividad económica. De lo contrario, seguimos en la línea fundamental de una concepción mecánica de la economía, que todo lo espera del libre juego de las fuerzas del mercado, aun dentro de ciertos límites, sin sentido de finalidad ni de libertad moral. En el fondo permanece subyacente lo que Pío XII ha llamado "*la teoría puramente positivista, fundada sobre la crítica neokantiana, de las leyes del mercado*" [10].

La economía de inspiración marxista.

Como reacción frente a esa manera de concebir la economía, el marxismo se ha esforzado "*... por valorar el aspecto social de la economía y por evitar que los particulares acaparen en su exclusivo provecho los medios de producción. Pero, por un error no menos funesto, pretende no ver en el hombre más que un agente económico y hacer depender de las relaciones de producción toda la estructura de la so-*

---

[9] *Human Relations in Modern Business*, pág. 19; ed. Prentice-Hall, inc. traducción española por Acción Social Patronal. Madrid, 1957.

[10] Pío XII: Discurso al Congreso de Estudios Sociales, en 3 de junio de 1950. "Anuario Petrus", pág. 75, núm. 5.

ciedad humana. Si no está ya el hombre dentro del juego arbitrario del poder del dinero, se encuentra encerrado y limitado en el campo social de una sociedad endurecida por la eliminación de los valores espirituales y tan inexorable en sus reacciones y en sus exigencias como el capricho de las voluntades particulares" [11].

El marxismo comprendió claramente que la justicia, en la vida económica, no podía ser el resultado de un automatismo mágico, que, combinando los egoísmos individuales, desembocase, por caminos misteriosos, en el bienestar colectivo.

Pero, permaneciendo dentro de la concepción materialista de la vida, heredada del liberalismo práctico, y exacerbada aún más al ser profesada filosóficamente en el materialismo dialéctico, acentuó el sentido colectivo frente al individualismo de la economía clásica, sin caer en la cuenta de que la justicia social tampoco podía ser el resultado de la coacción en una sociedad de hombres injustos y egoístas.

El individualismo desenfrenado de la economía liberal disolvió el sentido comunitario de la vida económica. El colectivismo absorbente de la economía marxista ha destruído el sentido de la libertad en el sujeto de la economía. En ambos casos se ha desconocido el verdadero concepto de la economía social.

El concepto cristiano de la economía social.

"... *es evidente que no se puede hacer de la economía política la ciencia de la actividad humana, en pugna contra los obstáculos que le opone la rareza de los medios naturales, sin referirse a una cierta concepción del hombre. Pretender lo contrario sería simplemente una falta de honradez*", afirma el profesor Jean Marchal [12].

La economía es una ciencia que estudia un aspecto de las actividades humanas en la vida social; es decir, aquel aspecto que se deriva de la limitación de los medios para satisfacer las necesidades del hombre. Su objeto, por tanto, son las actividades humanas, consideradas desde ese punto de vista peculiar de ir dirigidas a la satisfacción de sus necesidades.

Es lógico, por consiguiente, que la concepción de la economía so-

---

11 Discurso citado a la Asociación Internacional de Ciencias Económicas.

12 *Cours d'Economie Politique,* tomo I, pág. 302.

cial parta de la concepción del hombre real, sujeto de derecho en la vida social y elevado al orden sobrenatural.

"El hombre es totalmente obra del Creador... Cuando se considera al hombre como obra de Dios se descubren en él dos características: su semejanza con Dios, que procede del acto creador, y su filiación divina con Cristo, manifestada por la Revelación... La personalidad cristiana se hace incomprensible si se olvidan estos datos... [13].

"... a su real fisonomía de criatura, que tiene su origen y destino en Dios, se la ha sustituído con el falso retrato de un hombre autónomo en la conciencia, legislador incontrolable de sí mismo, irresponsable hacia sus semejantes y hacia el complejo social, sin otro fin que el goce de los bienes finitos, sin otra norma que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias" [14].

Sobre la exacta concepción del hombre se funda el verdadero concepto de la economía social:

"La vida económica, vida social, es vida humana, y, por consiguiente, no se puede concebir sin libertad. Pero esta libertad no puede ser ni la fascinadora ni engañadora fórmula de hace cien años, es decir, de una libertad puramente negativa de la voluntad reguladora del Estado, ni siquiera la pseudolibertad de nuestros días de someterse a las órdenes de organismos gigantescos. La genuina y sana libertad no puede ser más que libertad de hombres que, sintiéndose sólidamente ligados a la finalidad objetiva de la economía social, están en el derecho de exigir que la ordenación social de la economía, lejos de traer consigo el temor atentado contra su libertad, para elegir aquellos medios mejores que le han de llevar a este fin, los garantice y los proteja" [15].

La economía supone y exige la libertad, pero se trata de la libertad moral, compatible con el sentido de solidaridad. Esta libertad no es otra cosa que el derecho que tiene el hombre para dirigirse por su propio impulso al cumplimiento de los fines de su existencia, como sujeto de derecho en la vida social.

La libertad que ha fracasado en la vida moderna no es la libertad

---

[13] Pío XII: Discurso al XIII Congreso Internacional de Psicología Aplicada, en 10 de abril de 1958. "Ecclesia", núm. 875, pág. 6, apartado *d*).

[14] Pío XII: Radiomensaje de Navidad 1949. "Anuario Petrus", año 1950, página 15, núm. 10.

[15] Pío XII: Discurso al Congreso de Política de Intercambios Comerciales Internacionales, en 7 de marzo de 1948. "Anuario Petrus", pág. 38, núm. 4.

moral. Es un concepto de la libertad que se traducía en el derecho proclamado oficialmente de no dirigirse a los fines asignados por la naturaleza y queridos por el Creador. La moral quedaba convertida en una especie de actitud individual en relación con la esfera personal y familiar, que podía llevar al cielo, pero que no servía para nada como base de la organización económica.

Este planteamiento de la economía, que da entrada a los aspectos éticos y sociales de la actividad económica, empieza a ser admitido, como ya he indicado, por los modernos cultivadores de esta ciencia.

Algunos economistas, sin embargo, han pretendido mantener el neutralismo de la ciencia económica [16] basándose en que se trata de una ciencia de medios y no de fines, como son las ciencias morales.

Pero, como afirma el profesor Vito [17], "¿cómo se pueden elaborar leyes sobre el empleo de los medios limitados cuando se ignora el orden de los fines hacia los cuales tiende la vida social?".

Y continúa más adelante el mismo autor: "Se va difundiendo cada vez más la opinión de que la única manera de evitar las preocupaciones y los prejuicios en las ciencias sociales no consiste en eliminar los juicios de valor, lo que constituiría un empeño imposible (se ha dicho con razón que separar los juicios de valor de la elaboración teórica en las ciencias sociales es una operación quirúrgica), sino en enunciar como punto de partida, y de una manera explícita, los postulados éticos que se aceptan como base de las teorías."

EL FIN DE LA ECONOMÍA SOCIAL.

De la concepción de la economía fundada en la noción verdadera del hombre, como sujeto de la actividad económica, se desprende lógicamente su finalidad esencial:

"*Quien dice vida económica, dice vida social. La finalidad a la cual tiende por su misma naturaleza y a la que los individuos están igualmente obligados a seguir en las diversas formas de su actividad, no es otra que poner al alcance de todos los miembros de la sociedad, de una manera estable, aquellas condiciones materiales de vida*

16 L. ROBBINS: *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science.* Londres, 1949.

17 GUITTON, DUPRIEZ y VITO: *L'objet de l'Économie Politique.* L. Marcel Rivière. París, 1951.

que son necesarias para el incremento de su vida cultural y espiritual" [18].

En la concepción cristiana de la economía el bienestar material constituye un medio al servicio de los fines superiores del hombre.

Pero observemos que no sólo los bienes materiales, obtenidos como resultado del esfuerzo productivo, deben hallarse subordinados a esa finalidad superior, sino que también en la aplicación de los medios para conseguirlos se han de tener en cuenta las exigencias del hombre.

"*... no basta repetir sin cesar la consigna, demasiado simplista, de que lo que más importa es producir. También la producción se hace por medio de los hombres y para los hombres. La producción es en sí misma una cuestión y un factor de orden, y de orden verdadero, entre los hombres*" [19].

"*... una economía totalitaria puede permitirse quizá asegurar el porvenir a costa de la generación presente; una cristiana, aunque pueda pedir sacrificios, no tiene el derecho de sacrificar a su hermano*" [20].

La finalidad social de los programas de desarrollo económico no puede justificar incondicionalmente el sacrificio de valores humanos y morales que a todo trance se han de salvaguardar.

Estas exigencias, derivadas de una recta concepción de la economía, plantean problemas delicados y dilemas casi insolubles a los países insuficientemente desarrollados, en trance de expansión económica.

En estas circunstancias hace falta recurrir a la cooperación internacional:

"*En el campo de un nuevo orden fundado sobre los principios morales, no hay lugar para los estrechos cálculos egoístas, que tienden a acaparar las fuentes económicas y las materias de uso común, de suerte que las naciones menos favorecidas por la naturaleza queden excluídas. A este propósito Nos es de sumo consuelo ver cómo se afirma la necesidad de una participación de todos en los bienes de la tierra, afirmación reconocida aun por aquellas naciones que en el cumplimiento de ese principio pertenecerían a la categoría de aquellos "que*

---

[18] Pío XII: Discurso citado al Congreso de Intercambios Comerciales Internacionales.

[19] Pío XII: Carta a la XXXIV Semana Social de Francia. "Anuario Petrus", año 1947, pág. 76, núm. 4.

[20] Carta de Mons. DELL'ACQUA a la XLIII Semana Social de Francia, en 28 de agosto de 1956.

dan" y no a la de aquellos "que reciben". Pero la equidad exige que una solución de esa cuestión, decisiva para la economía del mundo, se logre metódica y progresivamente, con las debidas garantías y aprovechando la lección de los errores y omisiones del pasado" [21].

La economía social no puede considerarse encerrada en los estrechos límites de una sola nación. Se ha afirmado que las diferencias de clases sociales se han proyectado al orden internacional. Más que de clases pobres y ricas, habría que hablar de naciones ricas y naciones pobres, de países capitalistas y de países proletarios. El sentido de solidaridad humana impone una concepción de la economía social con perspectivas mundiales. Dentro de estas perspectivas caben también las agrupaciones regionales de economías nacionales, cuyos recursos, considerados aisladamente, resultan insuficientes para un desarrollo económico equilibrado y progresivo, de acuerdo con las exigencias actuales de la civilización. Sobre estas cuestiones, la palabra de Pío XII se proyectó con reiteración y claro conocimiento de la evolución de los problemas económicos en el mundo agitado de la postguerra.

CRISTIANISMO Y ECONOMÍA.

No se trata de dos hombres distintos. Es el mismo hombre el que actúa como sujeto de la vida económica que el que, creado por Dios y redimido por Jesucristo, debe dirigirse a través de todas sus actividades hacia su fin eterno. De ahí que las exigencias morales y de perfección evangélica no puedan aislarse completamente de una recta concepción económica:

"Permítasenos aún ampliar esta perspectiva recordando unas palabras del Evangelio, que traducen la visión cristiana del problema de la producción y de la utilización de los bienes materiales: "Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mat., 6, 33). Incluso como sujeto de la economía, el hombre no puede jamás establecer una separación completa entre los fines temporales que persigue y el fin último de su existencia. La palabra de Cristo implicó una verdadera inversión de las formas habi-

---

21 Pío XII: Radiomensaje de Navidad 1941. Col. Encíclicas y Documentos Pontificios, edición citada, pág. 204, núm. 26.

tuales de concebir las relaciones del ser humano con el mundo material" [22].

En los tiempos modernos se ha insistido demasiado en la distinción entre orden temporal y orden sobrenatural, estableciéndose una dicotomía, que si bien puede ser útil para evitar ciertos confusionismos e interferencias en el campo de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, entre las organizaciones de apostolado y las organizaciones políticas, o simplemente de finalidad puramente temporal, y también, metodológicamente, para determinar la relativa autonomía de las ciencias sociales; sin embargo, proyectada sobre la vida humana, puede falsear la verdadera perspectiva de una visión integral y cristiana de los problemas del hombre y de la sociedad.

"UN VERDADERO ORDEN HUMANO AQUÍ ABAJO NO PUEDE SER PERFECTO NI PERFECCIONABLE, SI NO SE ORIENTA HACIA EL MÁS ALLÁ", afirmó categóricamente Pío XII.

El gran pecado colectivo del mundo moderno ha sido el laicismo en la concepción de la vida económica y social.

Todavía no hemos sabido sacar los cristianos, con intrepidez y resolución, todas las consecuencias sociales de la fe cristiana. Muchas veces hemos tenido un concepto meramente defensivo de la religión. Nos hemos apartado de determinadas actividades, necesarias, por otra parte, para la vida social, como un campo prohibido, lleno de asechanzas para nuestra vida cristiana. Nos ha faltado una concepción amplia, universal, conquistadora de la fe cristiana.

Como ha escrito el cardenal Siri: *"Es un error creer que la ley moral sólo impone la acción religiosa; ésta exige la acción que completa al hombre en todas las direcciones, aunque sea impulsado a obrar por motivo religioso; es decir, para cumplir la misión asignada por la voluntad divina.*

"La vocación a la santidad puede imponer a un hombre, según las circunstancias, el ser artista, científico, técnico, empresario, capitán de realizaciones económicas... Ojalá que todas estas cosas se hicieran como contestación a una vocación a la santidad, en atracción de ideales eternos, con la vista puesta en la meta suprema. ¡Lo habríamos resuelto todo!"

Estamos aún muy lejos de concebir el mundo como la habitación

---

[22] Discurso antes citado a la Asociación Internacional de Ciencias Económicas.

de la gran familia humana divinizada, constituída por hijos de Dios, hermanados entre sí, que marchan hacia la verdadera patria.

En esta perspectiva de una humanidad divinizada, el problema de la producción y del canje de bienes materiales adquiere un sentido "nuevo", en la significación paulina de la expresión.

El Cristianismo no sólo aporta soluciones originales a los problemas de la vida social, sino que tiene un planteamiento original de los mismos.

En el fondo, no se trata de otra cosa sino de lograr que "... *la sociedad moderna vuelva a estructurarse sobre los principios consagrados por el Verbo de Dios hecho carne...*" [23]. Esta es la enseñanza fundamental del magisterio social de Pío XII.

---

[23] Pío XII: Radiomensaje de Navidad 1955. "Anuario Petrus", año 1956, página 13, núm. 11.

FERNANDO GUERRERO.

INFORMACIÓN CULTURAL DEL EXTRANJERO

LA HUELLA DE ESPAÑA EN LA CULTURA AUSTRÍACA

Como es sabido, Austria ha recibido en el transcurso de la Historia los bienes culturales de los países románicos, adaptándolos a sus propios conceptos y adquiriendo de esa manera una fisonomía especial que le da todo el derecho a representar un núcleo europeo de civilización. Debido en primera línea a la distancia geográfica, la aportación de España a este colorido cultural no es ni continua ni constante. Sin embargo, las relaciones que en el decurso de los siglos unen a España con Austria, llaman la atención por la trascendencia de sus momentos culminantes.

La influencia de España sobre la obra intelectual y artística de Austria se remonta en primer lugar a las relaciones dinásticas y, a través de éstas, a las condiciones sociológicas, que tienen su origen en los acontecimientos históricos. Recordemos que, después de la muerte de Maximiliano, en el año 1519, su nieto Carlos fué elegido emperador de Alemania (Carlos V). En 1521 cedió a su hermano Fernando los países austríacos heredados, y así, desde ese mismo año, hubo dos líneas de Habsburgos: una española y otra austríaca.

En este aspecto, al hablar de relaciones recíprocas, en especial de las influencias españolas sobre Austria, no debemos olvidar un hecho: estas influencias podían fertilizar únicamente en un centro dinástico como era Viena. En esta ciudad fué posible realizar un ideal de vida más refinado, teniendo en cuenta que España, como parte donante, dictaba principalmente las normas sociales y culturales de la alta nobleza. Fernando, el futuro emperador Fernando I (1556-64), fija su residencia en Viena, seguido de numerosos funcionarios y aristócratas españoles que se asientan asimismo en la capital de Austria. Al principio, la influencia del elemento español se hace notar particularmente en el sector social. La Corte introduce el ceremonial espa-

ñol, y la lengua castellana se convierte en la forma de entenderse de la sociedad distinguida, la que también se dedica a componer poesías en el idioma de Cervantes, como lo demuestran los cánticos de amor a "Ana" (de Schaumburg), escritos por Cristóbal de Castillejo en Viena entre 1528 y 1530. Su panegírico a Viena (respuesta del autor a un caballero que le preguntó cuál era la causa de hallarse tan bien en Viena) deja entrever que los grandes de España vivían muy a gusto y libres de preocupaciones en Viena. Otro poeta español, Garcilaso de la Vega, conoce Austria durante su cautiverio en la gran isla de Schütt, y llama al Danubio "un río divino".

La vida de la Corte, con sus exigencias, arrastró consigo a otras clases sociales que debían satisfacer el gusto español de la moda en Viena. La Corte Imperial dió empleo en sus talleres a muchos artesanos españoles, principalmente a los bordadores de seda y perlas. Para la vida espiritual fué de suma importancia el hecho de que la nobleza trajera también a Viena al clero español. Los sacerdotes españoles figuraron siempre en el séquito de ilustres damas y caballeros. Fernando II donó a los Benedictinos de Montserrat un terreno delante de la Puerta de Schotten, donde levantaron una iglesia con un convento. Se les llamaba "los españoles negros", nombre que ha sobrevivido en el nombre actual de la calle (Schwarzspanierstrasse).

Con el drama jesuítico, el teatro austríaco adquirió un carácter propio de tendencias religiosas cuyas raíces son de origen español. Este teatro representaba el típico drama barroco de rica suntuosidad, pudiendo ser equiparado con razón a la ópera barroca italiana. Cierto es que el drama jesuítico no hizo de agente del idioma castellano, ya que está escrito en latín, mas la mentalidad que une lo legendario con el factor popular y didáctico se basa considerablemente en una tradición dramática que, bajo otros conceptos, caracteriza al apogeo del barroco español con nombres como Lope de Vega, Calderón de la Barca y Tirso de Molina. El desarrollo del drama jesuítico queda ya fuera del ejemplo español directo; sin embargo, los ideales de este espectáculo se hallan profundamente arraigados en el credo que trajo la misma Compañía de España.

Desde este aspecto espiritual-cultural no resulta difícil establecer las relaciones con la vida cortesana que se encuentra bajo el influjo del modo de vivir español. Pero también en este sentido concurren otros factores. Comoquiera que las dos ramas de los Habsburgos mantenían Embajadas en Viena y Madrid y, además, estrechaban estas uniones mediante parentescos contraídos por matrimonio, la influencia española en Viena se mantuvo durante siglos. Esta influencia se nota también en otros sectores diferentes. Por ejemplo, el nombre de la Escuela Española de Equitación nos recuerda los torneos y fies-

tas en los que se hacía una exhibición del arte de los jinetes y que tanto gustaban de celebrar en España. En las bodas de Leopoldo I con Margarita Teresa de España se celebró uno de estos "ballets" hípicos con toda la pompa del barroco. Más tarde, Carlos VI mandó edificar la Escuela de Equitación de la Corte. La orden del Toisón de Oro obtuvo nuevo esplendor en los tiempos de Carlos V, siendo conferida lo mismo por la rama española como por la austríaca. El tesoro de la orden se encuentra actualmente en Viena.

El origen de las influencias de la cultura y literatura españolas sobre Austria, y especialmente sobre Viena, influencias que empiezan a aparecer notablemente en el siglo XVI, data de una época anterior, y se advierte ya en un hecho al que se le había concedido poca importancia: la fundación de la Biblioteca Nacional.

El interés de los emperadores en la literatura española dió lugar a la adquisición de grandes bibliotecas que constituyen la base de los ricos fondos de libros españoles. Leopoldo I compró en 1675 la biblioteca española del marqués de Cabrega, con 24 códices y 2.474 volúmenes, entre ellos numerosos incunables.

Carlos VI adquirió en 1724 los 4.000 tomos que comprendía la biblioteca del arzobispo Folch de Cardona; en 1720 compró asimismo la biblioteca Hohendorff, y en 1737, la biblioteca del príncipe Eugenio. Las dos adquisiciones aportaron un gran número de obras españolas a la Biblioteca Imperial.

Sin embargo, este modo de proceder demostró que la adhesión al modo de vivir de la Corte española no sólo era puramente superficial, sino que también tenía en consideración la vida cultural de la nación española, que dominaba en otro sector de la sociedad cortesana, es decir, en el ceremonial español del palacio imperial de Viena. Estamos informados en este sentido de los pormenores a través de los apuntes hechos en el año 1713 por el conde San Martino di Baldissero, encargado de negocios de Saboya, el cual también puso de manifiesto la significación política de esta orientación, al considerar que la nobleza de la Corte se había dividido en un grupo alemán y otro español que normalmente mantuvo la supremacía ante el emperador. La reacción resultante de ello se hizo notar también en el pueblo, puesto que entonces se hizo popular en Viena el modismo que continúa en uso en alemán hasta nuestros días: *Das kommt mir Spanisch vor!* (traducción literal: me suena a español; significado: no entiendo ni jota), mientras que por otro lado la expresión puramente vienesa de "Küss die Hand" no es más que una traducción del "beso las manos" español, probando de esa manera la influencia del ejemplo aristocrático. Esta influencia introdujo también en nuestro dialecto el his-

panismo *Marille* (albaricoque), que etimológicamente no significa más que 'amarillo'.

En el transcurso de los siglos, a causa de las relaciones dinásticas entre Austria y España, se había ido acumulando una gran riqueza de libros españoles. Éstos trataban de Literatura, Historia, Geografía, Estudio de la civilización del país, Teología y tratados políticos de todas las clases, y esperaban únicamente el momento de ser utilizados. Ello ocurrió por vez primera en el siglo XIX cuando, a causa del Romanticismo, volvió a despertarse el interés por la literatura española. La casi inagotable fuente de recursos para la comprensión de la vida intelectual española tenía que atraer a los espíritus críticos que querían dar nuevo impulso al estudio de la literatura española, en especial al drama español. Todos los literatos que se ocuparon con las cuestiones especiales sobre este particular señalan el hecho de que todas las traducciones literarias de las comedias y obras españolas llegaron a los escenarios alemanes teniendo a Viena como punto de partida.

En esta época tiene su comienzo aquel afán creador que con la figura de Grillparzer llega a su momento culminante, y sitúa a la literatura austríaca dentro del marco de la literatura mundial, al lado de Goethe y Schiller, y muy similar al estilo español.

Sin embargo, la esfera de influjo del estilo español sufre en este aspecto una honda limitación por el hecho de que el teatro es casi el único que se inspira en los temas españoles, si bien las repercusiones muestran una trascendencia tal, que es por vez primera determinante y continua. Con Grillparzer la tradición entraña el apogeo del drama barroco español al mismo tiempo que el momento culminante de una obra de teatro del estilo clásico y romántico. Esta unión íntima llega hasta nuestros días, en el momento en que Hugo von Hofmansthal, fascinado por la grandiosidad del barroco español, vuelve a servir de mediador entre España y Austria.

Al contemplar cronológica y detalladamente esta evolución, nos vemos en la necesidad de consignar los siguientes hechos:

Desde que José II había fundado el Teatro Nacional, la estructuración de los programas se había convertido en la preocupación más viva de los directores y dramaturgos. Después de que las traducciones de Calderón llevadas a cabo por Schlegel y Gries habían dirigido la atención al estilo dramático español, la Biblioteca Imperial de Viena ofreció la posibilidad de efectuar lo mismo estudios críticos que traducciones e imitaciones literarias, a base de las ediciones de dramáticos españoles que allí existían. Así, por ejemplo, el austríaco Michael Enk von der Burg escribió en Viena en 1839 sus *Estudios sobre Lope de Vega,* tomando como textos los originales españoles

de Lope; el romanista Wolf hizo igualmente un estudio, que incluso hoy en día sigue siendo de gran valor científico, sobre los romances españoles, y otros hombres de letras de tiempos ulteriores, como, por ejemplo, Wolfgang von Wurzbach, se sirvieron constantemente de los grandes tesoros bibliográficos de la antigua Biblioteca Imperial para llevar a cabo sus trabajos sobre la literatura española.

Sin embargo, las refundiciones de los dramáticos españoles hallaron en Viena una resonancia mucho mayor que la de los trabajos de investigación. Su serie comienza con *Josef Schreyvogel,* que fué dramaturgo del Teatro Nacional durante dieciocho años. Sus traducciones de escritores dramáticos españoles muestran toda clase de conocimientos de los recursos escénicos y tienen muy en cuenta el gusto contemporáneo. Ello se pone de manifiesto en la traducción de *La vida es sueño,* de Calderón, en la que él omite todo aquello que encuentra excesivamente español, en especial todo lo que pertenece al "estilo culto". Schreyvogel defiende su refundición, en la que faltan las metáforas, alusiones a la época y dichos graciosos, alegando que "lo que nos hace falta es el espíritu y el ingenio de Calderón y no sus floreos y confetis o un par de sonetitos más o menos".

Su traducción de la obra de Moreto *El desdén con el desdén (Trotz wider Trotz),* que él refunde en *Doña Diana,* está dominada también por este punto de vista. Adaptada y puesta en música bajo el nombre de *Doña Diana,* trabajo realizado por Reznicek, la obra ha pasado a formar parte de la literatura de óperas y es famosa especialmente por su obertura.

En 1816, Schreyvogel hace una adaptación de *El médico de su honra,* de Calderón, dándole el título de *Don Gutiere.* La obra de Semíramis *La hija del aire,* traducida también por Raupach, es el último trabajo de Schreyvogel (1826).

Schreyvogel no tradujo a Calderón, sino que refundió sus obras para acoplarlas a la manera de sentir y al espíritu de su época y de su país. Él lo caracteriza con las palabras: "Las situaciones de Calderón son sumamente dramáticas y su forma de tratar el diálogo es única." Por esa razón se halló en condiciones de compensar esa desventaja mediante sus hábiles y cautas ingerencias.

El proceder de Schreyvogel de adaptar al mismo tiempo sus traducciones a las exigencias de la escena, ha hecho escuela. El actor del Teatro Nacional Lembert, traduce *El secreto a voces,* de Calderón, refundiéndolo bajo el título de *Das öffentliche Geheimnis* ("El secreto público"). En 1820 fué representado con gran éxito en el Teatro Nacional. A esta representación siguieron las de Berlín, Hamburgo y Leipzig. La idea fundamental de la obra consiste en que dos personas se comunican entre sí delante de otras haciendo uso de una

lengua secreta que sólo es comprensible para ellas. Esta lengua secreta se basa en el acuerdo de que para el compañero de juego únicamente tiene importancia la primera palabra de una frase. Una vez reunidas las palabras, dan el significado del mensaje dirigido a la otra persona.

Andreas Schumacher refundió las obras de Calderón *Amor, poder y honor* (Viena, 1827), *La devoción de la Cruz* (Viena, 1827) y *El pintor de su deshonra* (1830). Tradujo también a un autor contemporáneo, Leandro Fernández de Moratín, cuya obra *La comedia nueva* (1792) tituló *Die neue Komödie.*

Para completar nuestro relato mencionaremos asimismo a Raupach *(Hija del aire),* Memminger, Zahlhaas, Mäninger y otros más que llevaron a cabo diferentes refundiciones de obras calderonianas. Mas estos son únicamente nombres en comparación con aquella producción poético-teatral con la que Grillparzer domina durante decenios y decenios, y aún hoy en día, los escenarios vieneses. En este caso podemos hablar de una lograda combinación que caracteriza al espíritu austríaco: los ideales literarios del clasicismo alemán tal y como están representados por Goethe y Schiller, pero también los comienzos de un romanticismo orientado históricamente, tienen como resultado en la figura de Grillparzer una perfecta síntesis con la poesía española, llena de colorido y emoción de la fantasía romana. De esa manera, Franz Grillparzer pudo transformar en nuevas creaciones las obras dramáticas de los dramaturgos españoles, en una genial adaptación al contenido y pensamiento de las obras originales y en una forma tal, que no se ha vuelto a conseguir hasta el presente. Probablemente no sea ninguna casualidad la que llevó a Grillparzer al estudio de los autores españoles, ya que vivió en una época que buscaba su aproximación a la literatura española. Su tío, José Fernando Sonnleithner, era un conocedor de la escuela dramática española, y había publicado también diversas traducciones del español. Puede ser que él fuera el causante de que Grillparzer comenzara en el año 1813 con la lectura de Calderón, que concluyó en 1820 con el estudio de Lope de Vega.

La influencia española se pone ya de manifiesto en su primera obra, titulada *Die Ahnfrau,* que fué representada con gran éxito. Está escrita en troqueos y tiene una clara correspondencia con *La devoción de la Cruz,* de Calderón, si bien muestra también al mismo tiempo reminiscencias con *Los bandidos,* de Schiller, y con las tragedias del destino. En las obras de Grillpaarzer y Calderón los motivos se asemejan extraordinariamente. En las dos obras el hermano y la hermana se enamoran apasionadamente, sin conocerse por haber sido separados de niños (Julia y Berta, Eusebio y Jaromir). En los dos

casos los novios son bandidos a la cabeza de una banda y en una y otra obra la hermana es salvada en el último momento de incurrir en el delito del incesto. También los dos padres (Curcio y el viejo Borotin) son arrastrados por la catástrofe. Se ha imitado de Calderón la repetición de las mismas palabras al principio del verso, las metáforas y las antítesis.

Lo hondamente que el escritor austríaco es capaz de penetrar en el espíritu del gran maestro Calderón lo demuestra también su obra *El sueño, una vida.* En ella se pone en evidencia aquella asociación de elementos caprichosos de tendencias sainetescas con un concepto de la vida consciente y convincente que quiere imprescindiblemente ser tomado en serio. En esta obra se logra el teatro barroco español, en parte como comedia y en parte como una institución moral de acuerdo con el pensamiento de Schiller, donde cada espectador debe y puede aprender para sus problemas propios la paz y sabiduría de la vida.

Ya en el año 1817, el drama de Calderón *La vida es sueño,* le indujo a traducir el primer acto. Sin embargo, pronto interrumpió el trabajo. Transcurridos catorce años, volvió a trabajar en la obra, que fué acabada en 1831 y estrenada en 1834. El contenido de la misma ya era conocido por la traducción de Schreyvogel: Segismundo, retenido prisionero en la torre del castillo, es adormecido mediante una bebida soporífica y despierta rey. Sin embargo, su comportamiento es tan cruel, que se le sumerge de nuevo en el sueño, llevándolo otra vez a la torre. Un levantamiento del pueblo lo pone en libertad, mas el príncipe se acuerda de que anteriormente también fué proclamado rey, hecho que le aclararon como un sueño. Él domina su carácter porque teme que su estado actual sea también otro sueño.

Grillparzer ha invertido la fábula: mientras que al príncipe de Calderón las experiencias sufridas le parecen un sueño cuyas impresiones tienen como consecuencia su comportamiento ulterior, Grillparzer ha desarrollado un sueño, una vida que une la tendencia fundamental filosófica del *Beatus ille,* de Horario, con la idea moralizadora de hacer uso del sueño como un medio correctivo de la ambición humana. Junto a Calderón se debe colocar más tarde el *Conte philosophique: Le blanc et le noir,* de Voltaire, así como la comedia de Lope de Vega *Con su pan se lo coma.* En esta última, Lope de Vega hace patentes las ventajas de la vida campesina en relación a la vida cortesana. Otra obra de Lope de Vega, *Donaires de Matico,* ha aportado una sugerencia característica: la escena en la que el Duque de Barcelona huye de la serpiente y promete a su salvador la mano de su hija. En las dos obras se mata al reptil y el duque cumple con la promesa de entregar a su hija para contraer matrimonio.

Grillparzer tomó asimismo de la especialidad española en el reparto de personajes, la figura del gracioso, si bien en el papel de Zangas la convierte en demoníaca. Bajo la influencia de las pomposas imposiciones del barroco, Calderón presenta en escena una vida lujosa y llena de colorido que requiere por la misma razón un ímpetu y movimiento mucho más rico. Grillparzer, por el contrario, prefiere quedarse dentro del marco de la vida sencilla, esforzándose en dar un carácter popular a sus fábulas.

Después de Calderón, Grillparzer dedicó su atención al estudio de las obras dramáticas de Lope de Vega, de las que en 1824 había leído ya 12 comedias. Esta afición a Lope de Vega ha dejado sus huellas en aquellos dramas de Grillparzer que nosotros consideramos puramente austríacos. Su adaptación al modelo español es por un lado tan íntima y por otro tan orgánica, que, en este aspecto, verdaderamente se puede hablar de una relación interna entre el espíritu español y el austríaco. La obra que mejor habla de ello, y que incluso en nuestros días sigue encabezando el repertorio del Teatro Nacional de Viena, es *Dicha y fin del Rey Ottokar* (1825), un drama cuyo tema ya había sido tratado por Lope de Vega bajo el título de: *La Imperial de Otón.* Grillparzer conocía la obra, como él mismo nos lo manifiesta, asegurando que los personajes principales de *La Imperial de Otón* habían permanecido intactos desde el punto de vista histórico, si bien al dramaturgo austríaco se le escape el hecho de que precisamente Ottokar o Rodolfo de Lope de Vega, pueden ser considerados cualquier cosa menos personajes históricos. En la descripción de la reina, Grillparzer está igualmente muy influenciado por Lope de Vega. Éste presenta a la esposa de Ottokar como una mujer intrépida y valiente, que repudia al rey ante el umbral de su palacio, echándole en cara su sumisión a Rodolfo con todo desdén:

Que no ha de besar mi boca
Quien besó a otro la mano.

El mismo sentido, mas con una claridad más terminante, tienen las palabras de Cenegunda:

"Ich aber will nicht heissen Knechtes Frau
Nicht eines schnöden Dienstmanns Bette teilen..."

(Que no quiero ser llamada esposa de esclavo
ni compartir el lecho de un vil criado...)

En el arte de la caracterización, que al principio ensoberbece a Ottokar, más tarde lo humilla y lo presenta como un hombre desespe-

rado de sí mismo y de su ambiente, en el desarrollo lógico e inestorbado de los acontecimientos, comprensibles en general, que en su coherencia están unidos a la esencia de los personajes que aparecen en escena, Grillparzer ha dado a sus protagonistas, además de una fidelidad histórica, una verosimilitud en el enjuiciamiento de sus actos distinta de la que hiciera Lope de Vega. El español subraya la importancia de los acontecimientos mientras que Grillparzer pone de relieve a los personajes, sumergiéndose en sus conceptos y haciéndolos comprensibles por sus características. De esa manera, él facilita en el espectador la vivencia del momento dramático. El teatro de Lope de Vega es una escena en la que el espectador se regocija. Grillparzer salva la distancia entre espectadores y escenario, aclarando los problemas y haciéndolos más comprensibles al público. Lope de Vega fascina. Grillparzer afina tras madura reflexión. Y precisamente en ello hallamos un rasgo típico de la forma de ser del austríaco.

Posteriormente a *Dicha y fin del Rey Ottokar,* Grillparzer escribió la tragedia *El fiel criado de su amo,* que fué empezada en marzo de 1826 y estrenada en el Teatro Nacional de Viena en febrero de 1828.

Ya en el tema de la fidelidad incondicional que se le presta a toda costa al príncipe, la tragedia de Bancbanus roza con el drama español, que gusta de tratar este tema de la fidelidad incondicional. El rey todopoderoso a quien todo le es permitido y perdonado, el vasallo que obedece ciegamente y entrega todo a su soberano, son figuras corrientes en la escuela dramática española. Lope de Vega trató este tema en su drama de Demetrio *El gran Duque de Moscovia,* mostrando los sacrificios de Lamberto para salvar al hijo del príncipe que le habían confiado. El comportamiento de Bancbanus respecto a la sumisión a su señor es el equivalente a Lamberto. Bancbanus reprime el deseo de venganza y salva la vida que se halla en peligro del hijo de su rey. La despedida de Bancbanus del príncipe salvado y el adiós de Lamberto a Demetrio muestran también cierta analogía. Los dos hombres mandan un último saludo a su protegido, rogándole que se acuerde de ellos.

Otra obra de Lope de Vega, *El príncipe despeñado,* es probable que haya influído también en la concepción del drama de Grillparzer. En el caso de Lope de Vega, don Sancho deshonra a doña Blanca, la esposa de su más fiel servidor. En la obra de Grillparzer, Otto von Meran asedia a la mujer del fiel Bancbanus, que se llamaba Erny. Doña Blanca sucumbe a consecuencia de ello y Erny se suicida para no afrontar su deshonra.

Se debía suponer que una tragedia como la de *Libussa,* que trata una leyenda bohemia, se mantuviera alejada de la influencia española. Y, sin embargo, se hallan reminiscencias en ella de *El rey Bam-*

ba, de Lope de Vega. El protagonista de la obra, en razón de un mensaje angélico, es coronado rey teniendo que dejar el arado. En su calidad de soberano continúa siendo el hombre sencillo que había sido de campesino. Y también Grillparzer nos presenta así a Primislaus. Podría ser que esta coincidencia fuera casual, pero otra es muchísimo más convincente. Grillparzer condiciona el matrimonio de Libussa con uno de sus pretendientes a la solución de una adivinanza que propone ella haciendo alusión a un collar. La idea de la adivinanza la obtuvo Grillparzer de la obra de Lope de Vega *La Quinta de Florencia (Das Landhaus von Florenz).* En la misma, Laura exige toda clase de imposibles de tres jóvenes campesinos que están enamorados de ella. Como se desprende de su reseña literaria de *La Quinta,* Grillparzer conocía ya la obra. Los dos poetas dotaron a la bella del mismo número de pretendientes que se rompen inútilmente la cabeza buscando la solución de la adivinanza. También el final de los dos protagonistas, Bamba y Libussa, es igual en los dos casos. Ambos son arrebatados del ambiente que les rodea cuando se hallan en el momento cumbre de su paso por la vida.

Mas Grillparzer dió un giro trágico y serio al motivo que Lope de Vega trata de una manera cómica. Él ahondó en el carácter de los dos protagonistas sometiendo su adivinanza a un sentido más elevado. De esa forma permaneció fiel a su principio de dar una estructura nueva a todos los estímulos de otra procedencia, en conformidad con su propio carácter.

Lo mismo ocurre en la tragedia *Die Jüdin von Toledo (La judía de Toledo),* que ya en el título hace alusión a la obra de Lope de Vega *Las paces de los reyes y la judía de Toledo.* También en esta obra Grillparzer ha introducido motivos propios y nuevos en el transcurso de los sucesos tratados por Lope de Vega, presentándonos el trágico problema en cada uno de sus estadios: la vacilación del monarca entre el sentimiento del deber y la pasión, su creciente intensidad, la entrega del rey y el enjuiciamiento de su debilidad por las personas que le rodean. De ese modo se produce el problema trágico como una serie de conflictos del alma cuya violenta solución se hace comprensible. Grillparzer efectuó algunas modificaciones en el transcurso de la acción. En la obra de Lope de Vega, el rey sorprende a la bella Raquel mientras se está bañando y queda cautivado de una ardiente pasión. En la obra de Grillparzer, el rey la protege de sus perseguidores cristianos y nos muestra su creciente amor en lucha con la dignidad real y su condición de esposo. Lope de Vega apenas hace alusión a este conflicto trágico. Lope tampoco motiva en la manera de ser del rey su apartamiento de Raquel. Es necesario que venga un ángel para juntar a los dos esposos. En la obra de Grillpar-

zer se pone más de relieve el contraste entre Raquel y la reina, si bien ya Lope de Vega señaló en la descripción de la reina su naturaleza fría y reservada. Frente a ella se halla Raquel con su impulsivo afán de gozar de la vida, de alegría y placer; su conducta hace comprensible el apego que el rey le profesa, al igual que el arrepentimiento de éste ante el cadáver de aquella Raquel que ha perdido todo lo que le fascinaba. De esa manera se hace cargo de su culpa y se libera de su pasado.

Una inteligente compenetración con las esferas sentimentales de los personajes, un ahondamiento y representación de las emociones humanas, cómo éstas despiertan y refuerzan el amor, el odio, la religión y la política, todo ello lo renovó Grillparzer de por sí en las líneas del drama español marcadas por Lope de Vega, modernizando y dando de esa manera un contenido durable al modelo español que estaba condicionado a la mentalidad de la época.

Es lógico que el conocimiento exacto de Lope de Vega no sólo se revelase en una clara correspondencia con las obras más famosas del autor español, sino que también en algunas pequeñas escenas de las obras de Grillparzer se ponga de manifiesto en forma de reminiscencias la inconsciente dependencia del escritor austríaco. El final del tercer acto de *Olas del mar y del amor,* en el que Leandro le pide un beso a Hero como prueba de amor, nos recuerda el final de una escena de *La moza del cántaro,* de Lope. Don Juan se despide de Isabel y, como reconocimiento del amor de ella, le pide también una prueba de su gracia. Mucho más evidente, e incluso reconocida por Grillparzer, es la influencia de la obra de Lope *Tres diamantes.* Los dos poetas presentan a su heroína sumergiéndose en un sueño a consecuencia del cansancio y olvidándose al mismo tiempo de todo lo que la rodea. Grillparzer cita a Lope cuando contesta a un admirador de esta escena de *Olas del mar y del amor* las palabras siguientes: "Y a pesar de todo, Lope de Vega pintó este cansancio del amor de una manera mucho más hermosa que yo." Y, sin embargo, Grillparzer dió mayor realce a esta sugestión en una escena cordial y emocionante en la que bajo la presión del cansancio, se desvanece la esperanza, la confianza y los anhelos.

También en la comedia *Weh dem, der lügt* ("Ay del que miente") se puede demostrar la influencia de Lope de Vega. Se debe mencionar *El Gran Duque de Moscovia,* donde al final del segundo acto, Demetrio entra de pinche de cocina al servicio del Conde Palatino después de vagar sin rumbo durante mucho tiempo, ganándose el amor de Margarita, la hija del conde. El tono burlón de León y sus chanzas nos traen a la memoria el estilo gracioso español.

Los profundos conocimientos de las obras de Calderón y Lope

de Vega, de los que se apropió Grillparzer, le pusieron en condiciones de precisar en notas críticas la esencia de los dos dramaturgos españoles y de poder destacar las diferencias en la producción dramática de los dos grandes poetas. Él mismo dice: "Si yo tuviera que comparar a Lope de Vega con Calderón, entonces los enjuiciaría de esta forma: Calderón es un espíritu masculino con menos maneras, de una retórica menos fastuosa y, en general, con una ampulosidad mucho menor. Lope de Vega posee un fondo poético mucho más común, un arte infinitamente menor en el estilo y en la composición y ni rastro de la perfección calderoniana... Calderón es un grandioso estilista. Lope, un pintor de la naturaleza. Calderón es metafórico; Lope es simbólico... Lope es natural, lo que, sin embargo, no excluye lo sobrenatural, incluso lo imposible. Calderón es artificioso, sin renunciar por ello a lo imposible y sobrenatural."

Lo que más admira Grillparzer de Calderón es su maestría en el desarrollo de la idea principal. Él denomina esta propiedad "un genio formativo que anima las cosas de una manera plástica, una poderosa fuerza que vivifica, una energía de una animación extraordinaria". Por el contrario, en Lope de Vega encuentra "una realidad natural que se busca en vano en las obras de Calderón".

No obstante su correspondencia con los temas de los dramas españoles, en la relación existente entre los dramas de Grillparzer y sus paradigmas españoles no podemos hablar de un mero plagio. Grillparzer incorporó a sus obras un sentimiento moderno, un sutil estudio psicológico y una adaptación dramática que hace frente a las exigencias escénicas. Especialmente, él concentró toda su atención en el momento psicológico que él tiene muy en cuenta en el desarrollo de todos los factores. Hasta el final de la crisis que reina en el drama, y mediante un magistral aumento de los grandes intermedios, Grillparzer se abstiene de introducir en sus obras aquellos desenlaces eruptivos que tanto abundan en el drama español, hallando también nuevos giros en el transcurso de las acciones. En este sentido se debe interpretar asimismo la concesión hecha por Grillparzer al decir: "Los españoles me inducen a producir."

La producción dramática de Grillparzer significa un momento culminante en la literatura austríaca. El que estuviera determinada en gran parte por el drama español barroco del siglo de oro, es una señal del certero instinto para la eficacia poética y la compenetración con el gusto de la época, de lo que resulta la interpretación de un círculo cultural a otro, en un momento feliz de la impresionabilidad romántica. La alegre época de la primera mitad del siglo XIX (la época Biedermeier) estaba predestinada, por decirlo así, a dar una buena acogida al pintoresco drama, lleno de imaginación y a veces tam-

bién de tendencias moralizadoras, que floreció en el siglo XVII español. En ese momento se descubrió una época brillante de la literatura que dió una nueva orientación en sus repercusiones. Aunque los principios y sugerencias para ocuparse con la literatura española existieron ya antes de Grillparzer (Herder, el Romanticismo, Schlegel), el autor austríaco ambicionó menos el imitar que el unir los bienes de la argumentación literaria en la representación de los españoles con los principios modernos de la información clásica humana, reuniendo en un retrato moral de validez general la idiosincracia nacional, la religión, la política y las pasiones. Grillparzer logró llevar a cabo una síntesis de conceptos artísticos modernos, desempeñando así el papel de intermediario que causa profundo respeto hacia sus inspiradores y, al mismo tiempo, admiración por su propia capacidad poética.

Los contemporáneos de Grillparzer en la adaptación de dramas españoles siguieron más el camino marcado por Schreyvogel, es decir, la refundición escénica. Así, por ejemplo, la comedia en tres actos *König und Bauer* ("Rey y campesino"), de Friedrich Halm, que fué representada en el Teatro Nacional de Viena en el año 1842, tiene su origen en la comedia de Lope de Vega *El villano en su rincón*. Inspirado en la obra *La prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina, Halm escribió la refundición *Doña María de Molina* (que fué estrenada en 1847, si bien fué olvidada pronto). Halm se ocupó asimismo de estudiar con todo detalle a los dramaturgos españoles, publicando sus estudios bajo el título: *Sobre las viejas colecciones de dramas españoles* (Viena, 1852).

En 1829, Johann Ch. Freiherr von Zedlitz hizo una adaptación de la pieza de teatro de Lope de Vega *La Estrella de Sevilla*, la que publicó bajo el mismo título *(Der Stern von Sevilla)*. Sin embargo, la obra registró únicamente cuatro representaciones.

La fuerte reacción escénica de Grillparzer, y con ello su aportación de temas españoles y del espíritu hispano, fué menoscabada por diversas corrientes literarias nuevas y de estilos distintos. En los últimos tiempos, registramos, sin embargo, en la obra del escritor austríaco Hugo von Hofmannsthal, un nuevo florecimiento del humanitario y simbólico teatro barroco del Siglo de Oro español. Su producción cae en los primeros decenios de nuestro siglo, en una época que está desmoralizada por los antagonismos de tipo nacional, espiritual, cultural, religioso y humano, y que, entre su adhesión al nihilismo y la adhesión a la creencia en milagros, busca en los extremos una solución para volver a la humanidad. El afán de huir conduce a una redención mediante los símbolos de la fe que, como valores vigentes en general, dominaron el barroco español, valores que surten un efecto latente en cualquier época, el más fuerte acaso sobre pue-

blos enteros únicamente si, simbolizados, la comedia que se representa los transmite alegóricamente a la vida humana. La idea fundamental de Schiller de considerar al teatro una institución moral llega a ser un hecho en la unión entre el poeta español Calderón y el austríaco Hofmannsthal, hecho que no solamente cumple su finalidad frente a un amplio público, sino que también en la era atómica permite que el hombre tenga conciencia de sus límites humanos. Hofmannsthal continúa cultivando los conceptos e ideas de Calderón y demuestra con ello que lo que verdaderamente es grande, es asimismo secular en la periodicidad de la separación entre la luz y la oscuridad.

Él tradujo *La dama duende*, de Calderón (*Die Dame Kobold*, 1920), y su correspondencia con Richard Strauss contiene la referencia de que en 1907 quería refundir en el texto de una época la obra de Calderón *La hija del aire*. Su drama *La Torre*, está inspirado en *La vida es sueño*, de Calderón.

Sin embargo, la obra que, en relación con Calderón, vuelve a mostrar ante todo el mundo a un austríaco como digno sucesor de Grillparzer del gran poeta hispano, fué el drama de Hofmannsthal *Grosses Salzburger Welttheater*, que tuvo por modelo *El Gran Teatro del Mundo*, de Calderón. En la obra española se presenta a Dios como el director de escena que hace en su propio honor la representación de una comedia. Él distribuye los papeles entre el rey, la prudencia, la belleza, el rico, el pobre, el campesino y un niño. Después que éstos han representado sus papeles, el mundo les reclama todo lo que poseen y luego el director les pide cuentas de sus actividades, que están sujetas a una recompensa o a un castigo. En su prólogo a *El Gran Teatro del Mundo*, de Salzburgo, en 1922, Hofmannsthal hace alusión a la obra de Calderón, de la que se apropió del título y de las seis figuras por las que se representa simbólicamente a la humanidad. Sin embargo, en el contenido religioso de la obra, el escritor austríaco ha introducido pensamientos modernos, especialmente en la interpretación del conjunto de cada una de las clases sociales, dando de esa manera a su *Gran Teatro del Mundo*, de Salzburgo, aquella validez general que pone de manifiesto su efectividad no agotada.

Para acabar, acaso la influencia de España sobre la literatura austríaca pueda parecer insignificante; al fin de cuentas solamente la encontramos en su manifestación histórica de dinastías ya perdidas y en el drama del siglo XIX y XX que debemos clasificar de clásico. También aquí podemos hablar únicamente de una influencia directa que conduce del Siglo de Oro español con Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina, a la época de esplendor austríaca de Grillpar-

zer y Hofmannsthal. Pero las obras que en este caso franquean siglos y siglos, demuestran al mismo tiempo aquella fuerza de atracción interior, aquella afinidad entre dos mentalidades, entre dos países y sus habitantes, que se encuentran amistosamente porque se comprenden entre sí.

STEFAN HOFER.

MOBY DICK Y LA LUCHA ESPIRITUAL DE HERMAN MELVILLE

MOBY DICK es un éxito de venta en España. Ambas ediciones, inglesa y española, se despliegan en los escaparates por doquier, y los cines a través del país reflejan en sus pantallas gigantes un pensativo y melancólico Gregory Peck al mando de la predestinada tripulación del *Pequod.* España conoce *Moby Dick,* sin duda; pero es también cierto que conocer *Moby Dick* no es conocer a Herman Melville. El autor de *Moby Dick* es uno de los pocos escritores de primera fila del cual puede decirse que el conocimiento de su mejor libro no nos proporciona una comprensión válida de la mente de su creador. Ninguno de sus libros considerado aisladamente expresa su pensar tan plenamente como, por ejemplo, *La letra escarlata* expresa el pensar de Hawthorne, o *Los hermanos Karamazov* el de Dostoyewski, *La divina comedia* el del Dante o *El Quijote* el de Cervantes.

En la época en que escribió *Moby Dick,* la mente de Melville se hallaba en rápida y significativa transición. Al contrario de Dante, Cervantes y Dostoyewsky, escribió su obra maestra, no en el ocaso de su vida, sino a la edad de treinta y dos años. Después de varios años de aventuras en el mar, él empezaba a trasladar su atención hacia una exploración de otra clase. Acababa de hacerse íntimo amigo de Nathaniel Hawthorne, y leía con la seriedad de un investigador las tragedias de Shakespeare, *El paraíso perdido, Don Quijote* y los cuentos de Hawthorne. Que su mente impresionable respondió a esa lectura queda demostrado por el hecho de que en *Ahab* hay trazos explícitos del Rey Lear y señales implícitas del Satán de Milton, y la novela está dedicada a Hawthorne. Pero para Melville estos escritores sugerían turbadoras interrogaciones, no respuestas. Muchos

años accidentados tenían que transcurrir antes de que Melville encontrase su propia tranquilidad espiritual, una tranquilidad basada en una fe lo bastante fuerte para soportar el peso de su intelecto inquisitivo y su dolorosa sensibilidad a los incontables sufrimientos del hombre. La suya era la más dinámica e independiente mentalidad que su nación haya nunca producido; para apreciar su incansable y valerosa búsqueda de la verdad debemos examinar la serie total de sus escritos desde sus juveniles cuentos de aventuras en los Mares del Sur hasta la expresión final de la sabiduría que había conquistado a lo largo de una dilatada vida de lucha.

El ejemplar de *Don Quijote* de su biblioteca estaba manoseado y se veía que había sido releído a menudo. Su punto de vista acerca de la lucha del caballero de la Triste Figura queda indicado con perfecta claridad en una nota a lápiz que aparece de su propia mano en forma de comentario a un pasaje de la segunda parte. Don Quijote explica a su anfitriona, la Duquesa, que un caballero sin dama es como una casa sin cimientos, una sombra sin cuerpo. Melville ha añadido al margen: "O una mente que aspira a Dios pero sin Dios." Los padres de Melville habían sido miembros de la Iglesia holandesa reformada. Muy piadosos, leían la Biblia diariamente a sus hijos. Aunque Melville rechazaba el dogma específico de la religión de sus padres, sin embargo retuvo a lo largo de su vida muchos hábitos de pensar que le fueron sugeridos durante los años de su formación en casa. El concepto maniqueo del Mal como una fuerza positiva que era inherente al calvinismo de la religión de sus padres, era por sí mismo responsable de su mayor problema espiritual, pues su mente estaba profundamente turbada por la aparente contradicción entre la idea de la omnipotencia divina y la presencia del Mal. Hawthorne comprendió la lucha espiritual de su amigo y la identificó adecuadamente cuando observó que Melville no podía ni creer ni encontrarse a sus anchas en la incredulidad, y que era demasiado honesto y valeroso para no tratar de elegir una u otra posición.

Su primer éxito como escritor fué descubrir los Mares del Sur para la literatura. *Typee, Un vistazo a la vida polynesia* (1846) y *Omoo* (1847) representan la primera literatura en lengua inglesa acerca de la vida en aquellas latitudes. Basadas en sus propias experiencias personales en las Marquesas y Tahití, estas novelas están llenas de entusiasmo juvenil por las cosas remotas y por la en apariencia simple cultura nativa de las islas oceánicas. Aunque contienen mucha alegría y humor, también revelan la latente tendencia de Melville a hacer preguntas trascendentales acerca de los elementos esenciales y universales en las relaciones humanas. Sopesando los méritos relativos del primitivismo y de la civilización, percibió, por

ejemplo, la confusión de valores que va envuelta en las tentativas de algunos misioneros de occidentalizar al mismo tiempo que cristianizar a los nativos. El verdadero espíritu cristiano, pensaba él, trasciende con seguridad de las diferencias culturales. Aunque sacadas de su observación directa de la vida en las islas del Pacífico Sur, estas historias despliegan unos brillantes instintos narrativos que muestran que este autor no era un simple reportero, que con él un escritor de intelecto independiente e imaginación original había irrumpido en la escena literaria. A despecho de algún resentimiento, inevitable consecuencia de su franco espíritu crítico, estas dos novelas dieron a Melville una fama bien merecida a ambos lados del Atlántico.

Aproximadamente un tercio de la siguiente novela de Melville, *Mardi: y un viaje más allá* (1849), continúa con el mismo estilo narrativo de sus dos primeras novelas. La primera parte consiste en una historia bien narrada y realista acerca de dos marinos aventureros que desertan de su buque en el Pacífico Sur, prefiriendo afrontar los azares del mar abierto a soportar más tiempo las penalidades y la tiranía a bordo de su ballenero. Súbitamente, sin embargo, la historia de aventuras se convierte en una velada alegoría de la lucha del hombre por un ideal. El cambio inesperado destruye la unidad del libro, y lo que es más, la alegoría es un reflejo insatisfactorio del nuevo deseo de Melville de expresar novelísticamente los más profundos problemas de su mente inquisitiva. A pesar de su fracaso artístico, no obstante, el libro contiene un despliegue liberal de imaginación y talento narrativo. En la historia intelectual y espiritual de Melville, es uno de sus más importantes libros, pues marca un cambio decisivo en su actitud hacia el objetivo de la literatura. Babbalanja, el filósofo de su alegoría, insiste en que esencialmente el filósofo y el poeta tienen la misma misión. Para Melville la búsqueda de la verdad era ya entonces a la vez estética y filosófica; y esta búsqueda, tal como se presentaba en *Mardi* y como tenía que aparecer en todos sus escritos importantes en adelante, era fundamentalmente una búsqueda de la respuesta al problema del Bien y del Mal.

En *Redburn* (1849), Melville cuenta la historia del primer viaje de un muchacho como marinero. Como *Typee* y *Omoo,* la novela refleja la propia experiencia particular de Melville en el mar, pero su tema es el universal de la inocencia confrontada por primera vez con el Mal. El desencanto de su juvenil protagonista es súbito y penoso. Que la mente de Melville estaba sobrecogida por el poder misterioso del Mal, aparece claro en su retrato del depravado marinero llamado Jackson. Físicamente, este matón era el hombre más débil a bordo, y, sin embargo, era temido por toda la tripulación. Melville

enfoca su atención sobre un aspecto más amplio del carácter humano, desde el más mezquino al más noble, en su siguiente novela, *La chaqueta blanca, o el mundo en una fragata* (1850), pues en este libro explora el símbolo estimulante del buque como un microcosmos, un símbolo que excitó buena parte de su mejor pensamiento crítico e imaginativo desde entonces. El buque es la sociedad a flote, navegando bajo órdenes selladas. No sólo los Redburns y los Jacksons del mundo, sino todos los hombres son compañeros de navegación y todos sufren abusos en grado diverso procedentes de los sistemas sociales a los que pertenecen. No obstante, en *La chaqueta blanca,* Melville subraya también que el individuo debiera buscar los mayores males en su propio corazón: "Sin embargo, los males peores nos los infligimos a nosotros mismos; nuestros oficiales no nos podrían librar de ellos aunque quisieran."

Casi sin argumento, *La chaqueta blanca* alcanza el éxito por virtud de sus vívidos caracteres, de sus descripciones fieles, y por la completa entrega del autor a su tema. Cuando entró en prensa, Melville trabajaba en *Moby Dick.* En el primero de estos libros había intelectualizado su tema más plenamente que nunca hasta entonces, pero en el segundo consiguió crear por primera vez unos poderosos elementos narrativo y dramático, que al mismo tiempo estaban absolutamente compenetrados con la subyacente idea de la novela. Así su narración, como una parábola, irradia múltiples significados. *Moby Dick* es un cuento de aventuras realista e inmensamente vital, que posee la fuerza suficiente para sugerir muchas alegorías. No es sorprendente, pues, que el conjunto de comentarios sobre su obra maestra sea extenso y se multiplique constantemente. Como sucede con todos los grandes libros, contiene tanta sabiduría como su lector es capaz de encontrar en él.

En *Musgos de una vieja rectoría,* de Hawthorne, Melville había leído que el corazón humano engendra su propio mal y que los hombres a menudo salen al encuentro de su hado adverso. Aquí cristaliza y toma cuerpo el concepto cada vez más perceptible que se formaba en su mente del poder del hombre para infligirse el mal a sí mismo, y *Moby Dick* puede ser mejor comprendida a la luz de este pensamiento. El capitán Ahab se considera a sí mismo como una especie de hombres representativo, pues él es Adán, dice, tambaleándose a través de los siglos bajo el peso del dolor humano. Habiendo perdido su pierna, arrebatada por Moby Dick, incuba una monomanía en la cual ve a la ballena blanca como una insidiosa e inteligente encarnación de todo mal, no solamente de los sufrimientos físicos del hombre, sino también de sus exasperaciones intelectuales y espirituales. Cuando Starbuck, el primer oficial, insiste en que la

venganza en un animal irracional es locura y blasfemia, Ahab contesta: "Todos los objetos visibles, hombre, son como antifaces. Pero en cada acontecimiento —en el acto concreto, el hecho indudable—, ahí, alguna cosa desconocida, pero sin embargo razonadora, moldea sus rasgos desde detrás del antifaz irracional. Si el hombre quiere golpear, que golpee a través del antifaz. ¿Cómo puede un prisionero alcanzar el exterior si no es golpeando a través del muro? Para mí, la ballena blanca es ese muro, que se yergue ante mí. A veces pienso que no hay nada más allá. Pero, basta. Me pesa; me abruma; veo en ella una fuerza ultrajante, impulsada por una malicia inescrutable. Esta cosa inescrutable es principalmente lo que odio; sea la ballena principio o agente, yo proyectaré sobre ella mi odio." Así Ahab está comprometido a algo más que una lucha contra el Mal, pues combate no precisamente un efecto, sino una causa. Tratando de golpear a través del antifaz, él combate no sólo a la naturaleza, sino a la Divinidad.

La familiaridad de Melville con la Biblia desde la infancia le permitió construir un pedestal de ostensible ortodoxia sobre el cual colocar su figura de Ahab. Por de pronto su elección del nombre del capitán recuerda al malvado rey de Israel, que ultrajó la fe religiosa de su pueblo desposando a Jezabel. Luego, extendiéndose más por el Antiguo Testamento, proveyó a su narración de un profeta llamado Elías, el cual masculla terribles advertencias contra la impiedad de su protagonista. Aún más, en la capilla de los marineros en el puerto, el padre Mapple pronuncia un vívido y detallado sermón sobre el tema de Jonás. Cuando el *Pequod* zarpa de Nantucket la Noche de Navidad, el lector está plenamente preparado a levantar el velo del drama en términos específicamente religiosos.

Aunque el carácter de Ahab está humanizado por momentos líricos de sensibilidad, como cuando percibe, por ejemplo, el poder curativo de la simpatía humana y responde a la belleza de la naturaleza, su entera razón de ser consiste en un deseo absorbente de venganza; y muere en el acto de escupir su odio a la gigantesca ballena blanca, no habiendo aprendido nunca la lección de sumisión de Jonás. El único miembro de la tripulación que posee lo que Melville probablemente consideraba como una rectitud cristiana con arreglo a la cual enjuiciar esta carrera vengativa es Starbuck, pero a éste le falta la fuerza de espíritu y carácter para protegerse a sí mismo o a la tripulación de la impiedad y locura de Ahab, y su desaprobación está finalmente suavizada por una creciente simpatía por la dolencia de Ahab. Uno ve a Ismael, entonces, con la idea de que tal vez en su consciencia se pueda encontrar la clave del significado final del libro, pues es el narrador y único superviviente del desastre

del *Pequod.* En concordancia, también, con su bíblico tocayo, él es la escoria de la sociedad y un vagabundo sobre la tierra. Irónicamente, es el único hombre a bordo de quien es presumible que no le importe vivir o morir, pues se hace a la mar como un sustitutivo del suicidio. Ismael salva su vida porque puede asirse a un ataúd de madera que el carpintero de a bordo había hecho para un marinero gravemente enfermo. Un ataúd utilizado como salvavidas tiene ineludibles sugerencias de la doctrina cristiana, implicando la paradoja central cristiana de que uno encuentre la vida a través de la muerte. El último pasaje del libro es dedicado a Ismael, como el primero, pero no hay indicación en Ismael de ningún descubrimiento espiritual. El mensaje de redención del Nuevo Testamento no toma parte alguna en la conclusión de *Moby Dick.* Tanto al principio como al fin, Ismael es un huérfano. La impresión final y más fuerte en la mente del lector cuando cierra el libro es la de la permanencia de la naturaleza y su aparente indiferencia a la desesperanza humana. Unos momentos después del hundimiento del *Pequod,* "el gran sudario de las olas continuó su vaivén como hace cinco mil años".

A guisa de contraste recordemos la lucha de Don Quijote, otro caballero que aspiraba a librar al mundo del mal. También fracasó en su pugna, pues ningún hombre puede hacer el trabajo de Dios, pero creyendo que el objetivo último de toda pugna idealista es del otro mundo, el libro de Cervantes es triste sin ser, en un sentido filosófico, pesimista. Melville no estaba bastante maduro para percibir esta clase de sabiduría cuando escribió *Moby Dick,* y en su magnífica honestidad no se permitió escribir una solución fácil al tema central de su novela. Para él, la lucha del hombre contra las limitaciones de la condición humana era en el mejor de los casos valerosa, pero era con seguridad fútil. Sin embargo, la fuerza y la sinceridad de su ansia de fe comunicaron una belleza y una universalidad inagotables a su obra maestra.

El pesimismo de Melville se acrecentó en los años que siguieron a la publicación de *Moby Dick.* Con ecos inconfundibles de Hamlet, el carácter central de *Pierre* (1852) es un joven noble e idealista que se desilusiona, primero de sus padres y luego de sí mismo. Lo más profundamente perturbador para él es su descubrimiento de que se había engañado a sí mismo en lo que él creyó que eran sus mejores intenciones. Bajo el subtítulo "las ambigüedades", la novela desarrolla el tema de que el deseo humano del bien está tan completamente entremezclado con los impulsos hacia el mal, que no se puede confiar ni en los más puros y generosos motivos. Sobre esta oscura visión del hombre, Melville meditó con una intensidad y persistencia muy peligrosa para su salud física y mental. *El Confidente* (1857)

es una amarga sátira de las tentativas humanas de encontrar significado y valor a la vida. Tales tentativas, da a entender Melville, son absurdas y fútiles, porque el engaño y la desconfianza son los únicos determinantes reales de las relaciones humanas.

Aparece claro que él trató de restringir su pesimismo y orientar su mente hacia temas menos subjetivos, en la novela histórica, *Israel Potter,* que publicó en 1855. Tratando de la epopeya de la independencia americana, la historia contiene excelentes retratos de John Paul Jones y Benjamín Franklin, así como algunas de las mejores descripciones de la guerra naval que pueden encontrarse en la literatura. Aunque el libro tiene la viveza y objetividad de una narración de aventuras, su protagonista se convierte, sin embargo, en la encarnación del estado de ánimo de Melville. Como otros de sus héroes, Israel Potter es en realidad un esclavo de lo que más odia. Irónicamente, durante cincuenta años se ve obligado a vivir separado de su propio país y a servir a sus enemigos como esclavo. Enjuiciando la inhumanidad de la guerra, Melville pregunta: "¿Qué separa al hombre culto del salvaje? ¿Es la civilización algo distinto o es una etapa avanzada de la barbarie?" El lector no tiene duda acerca de la respuesta de Melville.

Durante este período dirigió su atención, también, hacia la narración corta, en parte con el fin de costear los gastos de su creciente familia y en parte por liberar su mente de las sombras de su pesimismo. Publicado originalmente en *Putnam's Magazine* y *Harper's Monthly* entre 1853 y 1856, muchos de esos cuentos fueron coleccionados en *Piazza Tales.*

Similar a su propio Israel Potter, Melville empezaba a sentirse como un extraño a la sociedad a la cual había servido como artista, pues ella parecía indiferente a lo que él tenía que decirle; y por otra parte él rehusaba escribir la clase de narración que aquélla deseaba leer. Este problema del alejamiento del artista de un mundo incomprensivo y pragmático está expresado alegóricamente en *Bartleby el Escribano.* Aunque escrito con sentido humorístico de caricatura, el tema era para Melville profundamente serio. El año siguiente, a la edad de treinta y ocho años, renunció a su carrera como autor profesional. Después de unos pocos años de estrechez trabajando como conferenciante, consiguió empleo en la aduana de Nueva York. Durante el resto de su vida vivió en creciente oscuridad, hasta el punto de que su muerte, en 1891, pasó casi inadvertida para el mundo en el que fué, en un tiempo, famoso.

Aunque no escribió más prosa hasta poco antes de su muerte, en la vida privada Melville continuó su investigación estética y filosófica. Como un medio de autoexpresión se dedicó a la poesía, la ma-

yor parte de la cual fué impresa privadamente y de la que limitadas ediciones circularon entre sus amigos y admiradores. La guerra civil devino una experiencia importante para Melville, pues le ayudó a desviar su atención de la meditación melancólica. Durante el período previo a la guerra, había seguido de cerca la creciente discordia entre los Estados del Norte y del Sur, como puede verse, por ejemplo, en *Benito Cereno,* uno de los *Piazza Tales,* una brillante y profunda alegoría del conflicto cultural que dividía a la nación y la arrastraba inevitablemente a la guerra. Con la ruptura de las hostilidades, Melville, aunque no tomó las armas, quedó impresionado por las noticias del heroísmo desplegado por ambos bandos. Instintivamente recurrió al verso para expresar los valores humanos complicados en esta horrible guerra fratricida. Comprendiendo que los sudistas estaban cogidos en una trampa histórica y cultural de la que sólo en parte eran responsables, sentía gran simpatía por ellos. Y, sin embargo, él sabía que en último término el Sur estaba equivocado y perdería la guerra emprendida con tanta determinación. Sus poemas de guerra se refieren tanto a los Confederados como a las fuerzas de la Unión. Entre tanto dirigió su pensamiento e inspiración hacia otro género de poesía sugerida por sus recuerdos de un viaje a Tierra Santa, que había hecho pocos años antes de la guerra civil. En 1876 apareció su extenso poema filosófico titulado *Clarel,* que apunta indiscutiblemente a la convicción de la necesidad de fe que tiene el hombre. Más aún, afirma que si la edad actual es de duda penetrante, no hay que olvidar que el tiempo es largo y los caminos de Dios eternos.

El más importante testimonio de la madurez espiritual de Melville es la novela corta *Billy Budd,* que completó poco antes de su muerte y la dejó calladamente en el cajón de su pupitre para que la descubriese la posteridad. La narración y la idea están en *Billy Budd* tan completa e implícitamente entremezcladas como en *Moby Dick,* y su simbolismo es más concienzudo y consistente. La narración tiene lugar en 1797 a bordo de un buque de guerra inglés. Combatiendo desesperadamente para mantener su superioridad naval sobre Francia, Inglaterra se ha visto obligada a hacer una leva de marineros procedentes de buques mercantes y a enrolar rufianes de las prisiones para tripular su flota. Más aún, la tensión ha crecido en la marina debido a una amenaza inminente de motín, pues un espíritu revolucionario se ha extendido en las filas, de hecho divididas en dos extensos levantamientos. Esto es auténtica historia que Melville ha utilizado con gran eficacia para montar el escenario.

Billy Budd es un joven marinero que es arrebatado de un buque mercante llamado "Los Derechos del Hombre", y forzado a servir

a bordo de la fragata "La Indomable". Un marinero ideal, él es capaz y maravillosamente inocente; su única imperfección es un defecto de dicción que es un fallo heredado, dice Melville, "un chocante ejemplo de que el sembrador de cizaña, el envidioso aguafiestas del Edén, tiene todavía más o menos quehacer con todos los hombres consignados a este planeta". Este defecto de la naturaleza, sugiriendo la mancha del pecado original, contribuye significativamente a complicar el destino de la vida dramática y breve del joven. Él se encuentra en un mundo peligroso y malévolo que subordina los derechos humanos a la lógica siniestra de la fuerza y de la destrucción, y su inocencia le deja patéticamente vulnerable a la traición y la astucia que le rodean. Con esa misteriosa antipatía que algunas personas depravadas sienten instintivamente hacia el auténtico inocente, Claggart, el corrumpido cabo de mar, incuba un profundo resentimiento contra el joven marinero. Cuando acusa a Billy de traición, el sorprendido y ultrajado joven golpea a Claggart, derribándolo sobre el puente y matándolo al instante. El capitán Vere, que presencia la escena, se da cuenta de la falsedad de la imputación, y comprende que Billy, incapaz de expresar su inocencia en palabras, había golpeado a su superior en un impulso instintivo de autodefensa. "Es el juicio divino de Ananías", dice Vere, "muerto por un ángel de Dios. Y, sin embargo, hay que ahorcar al ángel". En un breve juicio, en el cual los oficiales del tribunal ceden a la insistencia del capitán Vere de que las leyes y condiciones de la guerra no les permiten otra alternativa, Billy Budd es condenado a ser ahorcado de un penol al amanecer. Aunque incapaz de comprender la necesidad de su muerte, Billy no experimenta ningún resentimiento contra el capitán Vere, en cuya sabiduría y sinceridad confía. Reconociendo intuitivamente que su muerte tiene algún propósito valioso y significativo, grita mientra escala la jarcia, "Dios salve al capitán Vere".

Melville presenta el sacrificio del joven como una tragedia resultante del inevitable choque entre la ley terrena y pragmática y el orden divino de la justicia. La subsiguiente emoción trágica sugiere en algunos aspectos la tragedia de Shakespeare, pues como en *Romeo y Julieta,* o *Hamlet,* el mal se destruye a sí mismo y es extirpado, pero en el proceso unos hombres inocentes sufren y mueren. La emoción trágica consiste en el reconocimiento de esta pérdida. Aún más, como en las tragedias del gran dramaturgo inglés, hay personas sobrevivientes que, porque comprenden esta pérdida y la lamentan, son capaces de reconstruir sus vidas en una sociedad que ha sido purgada de un mal. A través de la muerte de Billy, el capitán Vere y toda la tripulación experimentan en diversos grados de comprensión una visión clara del terrible precio del mal y sus concomitantes demandas

de sacrificio. Al mismo tiempo, Melville ha enfocado este sacrificio como la imagen del arquetipo de todas las inmolaciones de la vida humana: En el momento de la muerte de Billy, "ocurrió que el vaporoso vellón que se divisaba al horizonte fué atravesado por una suave gloria como el vellón del Cordero de Dios percibido en mística visión, y simultáneamente, observado por la masa compacta de caras vueltas hacia él, Billy ascendió: y al ascender recibió en pleno rostro el rosicler de la aurora". Melville no expresaba ningún fácil optimismo acerca de la condición terrena del hombre, pues el buque de guerra seguía siendo "La Indomable"; pero las imágenes de este pasaje, en agudo contraste con las usadas para describir el desastre del *Pequod,* evidencian una nueva conciencia del misterio del Bien a través de la cual Melville pudo atenuar su profundo escepticismo sobre el mundo de los hombres.

HOWARD R. FLOAN.

(Traducción del inglés por Antonio Sánchez Caylá.)

NOTICIAS BREVES

MÚSICA INGLESA CONTEMPORÁNEA

FELIPE Pedrell, gran maestro, compositor y musicólogo español, al escribir su famosa declaración de deseos y aspiraciones *Por nuestra música* (1891), cita al padre Eximeno, quien afirma que la base sobre la que debe elaborarse la música culta de un país son las canciones populares. Pedrell, que está totalmente de acuerdo, coloca el asunto sobre base más amplia cuando dice que "el carácter de una música que sea verdaderamente nacional no se ha de hallar sólo en la canción popular y la música espontánea de épocas primitivas, sino también en producciones del genio y en las obras maestras del gran período del arte". Estas palabras tienen significado universal. Empleadas por Pedrell respecto a la música española, son aplicables a la de otras naciones, Inglaterra entre ellas. Pedrell, como indica J. B. Trend en *Manuel de Falla and Spanish Music,* llegó a enumerar las condiciones necesarias para un arte músico nacional, y éstas son "una tradición ininterrumpida, características de general aparición y permanente duración, acuerdo esencial entre diferentes ejemplos del arte, y el uso de determinadas formas autóctonas que algún poder inconsciente ha hecho adecuadas al genio de la raza, a sus costumbres y temperamento". Cuando Pedrell escribía esto, la tradición de música creativa en Inglaterra se iba debilitando después de más de dos siglos de poderosa invasión exterior (Handel, en el siglo XVIII; Mendelssohn, en el XIX), y la canción popular se marchitaba inevitablemente en la era industrial. Pedrell murió ya entrado el nuevo siglo, y su larga vida le permitió ver cómo su gran discípulo Manuel de Falla ponía sus ideas en práctica. De forma muy semejante, los maestros ingleses Parry y Stanford pusieron los cimientos para el renacimiento de la música creativa inglesa al final del siglo XIX.

El nuevo siglo trajo consigo los primeros síntomas de este renacimiento. En 1900 agonizaba la anciana reina Victoria. Política y socialmente, aquello representaba el fin de una era. En música las cosas marchaban en la misma dirección. Aquel año murió Arthur Sullivan, autor de óperas ligeras, que durante muchos años había sido el único compositor inglés cuyo nombre era conocido fuera de su patria. Aquel año vió también la aparición de un joven que había de alcanzar gran

renombre en Inglaterra. Era Edward Elgar (1857-1934), cuyo oratorio *The Dream of Gerontius* ("El sueño de Geroncio") se presentó entonces.

The Dream of Gerontius, de Elgar, es la adaptación de un poema del cardenal Newman para gran coro y orquesta y tres solistas. El poema habla de la muerte de un hombre, Geroncio, así como del paso de su alma por el purgatorio y su redención final. Por tanto, es un oratorio dramático. La música de Elgar, rica en su contextura armónica, en su orquestación y en su cálido lirismo, expresa el intenso drama del argumento como podría haberlo hecho Berlioz en parecidas circunstancias. Pero el compositor que viene a la mente no es Berlioz, sino César Franck y, a veces, Wagner.

Cronológicamente, Elgar pertenece a este nuevo período, pero no en espíritu. Apenas conocía las nuevas ideas que sostenían sus contemporáneos más jóvenes. Los grandes maestros de la música europea, especialmente los románticos Tchaikovski y Franck, influyeron en él. Sin embargo, su música fué de gran valor como enlace entre la granada escuela de jóvenes compositores ingleses y el mundo exterior de la cultura europea.

Diez años más tarde ya era un hecho el renacimiento de la música inglesa contemporánea al aparecer, en 1910, la primera sinfonía de Vaughan Williams. Mientras tanto se había continuado la labor de recuperar la perdida tradición de la música creativa, que se había borrado de la memoria cuando murió Purcell (1695) y Händel comenzó su larga y gloriosa carrera en Inglaterra (1710 a 1759). Vaughan Williams (1872-1958) tomó parte en este trabajo de rehabilitación, y los eruditos no sólo investigaron la música de Purcell, sino también la música religiosa y los madrigales de los siglos XVI y XVII. Muy a tiempo, antes que la industrialización hubiera enterrado todo resto de música popular, los compiladores de este rico acervo cultural tomaron de los últimos cantantes e intérpretes lo que aún podía salvarse de su música. De este modo la tradición se puso al alcance del compositor del siglo XX que quisiera usar de ella. Lo que se necesitaba era un músico capaz de llegar gradualmente a las raíces de estas tradiciones recobradas en nuestra afectada música del siglo XVI y nuestra intuitiva música popular, descubriendo las latentes fuerzas espirituales y expresándolas en lenguaje de nuestros días. Seguramente era ésta la visión de Pedrell de un poder inconsciente adecuando a las formas nativas al genio de la raza. Este poder existía en Vaughan Williams, y se mostró en su primera sinfonía (1910). En su novena sinfonía, de 1958, continúa apareciendo. Su música es más reverenciada que comprendida por los más jóvenes de nuestros com-

positores contemporáneos, aunque ninguno niega su importancia en el renacimiento de la música británica.

Su primera sinfonía es una obra coral, un oratorio en forma sinfónica. Son cuatro movimientos, concebido el primero como el primer movimiento clásico de una sinfonía instrumental, el segundo como movimiento lento *On the beach at night alone* ("Solo, en la playa, de noche"), el tercero es un scherzo llamado *The waves* ("Las olas"), y el cuarto completa el esquema como el final de una sinfonía. Al adoptar este tipo de construcción, Vaughan Williams se muestra como claro descendiente de sus antepasados musicales ingleses, y como compositor que sigue la tradición británica de la música coral, una de las principales esferas en que los músicos británicos han suministrado ideas originales al desarrollo de la música europea. Esta obra, llamada *A Sea Symphony* ("Una sinfonía del mar"), es la musicalización de unos poemas de Walt Whitman para coro, orquesta y solistas (soprano y barítono).

A pesar de ser una de las primeras obras de Vaughan, muestra ya la seguridad de trayectoria y la concentración de visión que habían de hacerse características de su mejor producción. Además hay ahí una fuerte afinidad con la música inglesa, y prácticamente ninguna con la música escrita fuera de Inglaterra. Es el primer signo de que el renacimiento de la música británica ha comenzado.

Vaughan Williams fué un músico polifacético. Escribió óperas, música de cámara y canciones; pero probablemente su mayor contribución al siglo XX fueron sus nueve sinfonías. Una de ellas es resultado de su actividad como autor de música para películas; la séptima sinfonía, llamada *Sinfonía Antártica*. Anteriormente, Vaughan había escrito música para la película "Scott of the Antartic". Después apareció la sinfonía que, aunque empleó algo de la música de la película, era una verdadera sinfonía, una obra por derecho propio que puede disfrutarse sin referencia a la película por todos los que conozcan la historia del explorador y sus compañeros, y su trágico destino.

Un nuevo elemento apareció después de la Guerra Europea. La música creativa inglesa ya no era un brote joven; estaba firmemente establecida y segura de sí misma. Ahora podía ya permitirse mirar más allá del propio país y aceptar confiadamente influencias de fuera. El curso se dirigió primero a Francia, con una rápida ojeada a Rusia, y luego a Europa central, representada en Bela Martok con cierta influencia —probablemente mayor de lo que hoy se conoce— de Sibelius y una fuerte tendencia de última hora a aprovechar el ejemplo de Strawinsky.

Como ejemplo de las primeras influencias extranjeras, de la música francesa, tenemos a Arthur Bliss (nacido en 1891), hombre jo-

ven en los años de postguerra, con una mentalidad vigorosamente inquisitiva, conscientemente influenciado por Ravel y Stravinsky, cuando éste se hallaba en aquellos momentos bajo una pasajera influencia del mismo origen. Durante los primeros años de la década 1920-30 fué considerado el *enfant terrible* de la música inglesa. Gradualmente abandonó la influencia francesa y llegó a ser un compositor por propio derecho, expresando su propia personalidad.

La ha expresado con especial claridad en las obras escritas para el "Royal Ballet", notablemente en el ballet de ajedrez *Checkmate* ("Jaque mate"). Bliss ha mostrado siempre un fuerte sentido dramático en su música, y no sólo en sus obras escenificadas, que incluyen la ópera *The Olympians* ("Los Olímpicos") y la ópera para televisión que se representará este año, sino también en sus obras orquestales incluyendo el oratorio *Morning Heroes* ("Héroes de la mañana"), en homenaje a los muertos en la guerra de 1914-18. En *Checkmate* los movimientos sobre el tablero de ajedrez proporcionan momentos de gran tensión dramática, y para ellos crea Bliss música que tiene la fuerza y gracia de un gesto físico así como inmenso vigor rítmico. Su música tiene gran vitalidad rítmica, y con frecuencia es de rica contextura. De modo semejante, William Walton (n. 1902) ha mostrado influencias extranjeras (como las del primitivo estilo de Strawinsky) y ha forjado un estilo individual con algunos reflejos del expansivo aire de Elgar.

Esto se evidencia en la cantata de Walton para coro, orquesta y solo de barítono que se titula *Belshazzar's Feast* ("El festín de Baltasar"). Como en el caso de *Sea Symphony,* de Vaughan Williams, y *Morning Heroes*, de Bliss, Walton sabía que para esta elaborada obra coral podía contar con la esmerada interpretación de los coros que continúan la tradición británica de destacar en esa faceta artística. Muchas de estas excelentes agrupaciones corales vienen del Norte, y fué en Leeds, Yorkshire, donde se representó por primera vez *Belshazzar's Feast* en 1931. Es una cantata dramática, y Walton, que había mostrado ya un fuerte sentido cómico y satírico en *Façade* (brillante e ingeniosa musicalización de poemas de Edith Sitwell), escribió ahora una música impresionante para la tragedia de los exilados "junto a las aguas de Babilonia" y para su triunfo sobre la ciudad caída. Desde el *Dream of Gerontius,* de Elgar, ningún compositor británico había escrito música coral tan grandiosa.

Dos años antes Walton había escrito una de sus más refinadas, sutiles y elocuentes obras instrumentales: el concierto para viola y orquesta. Fué interpretado por primera vez en el invierno de 1929, con Paul Hindemith como solista. El instrumento del solo, con su tono rico y más bien profundo, y su sonido especialmente melancólico, se

ve rodeado y ayudado por un transparente tejido orquestal que le deja libre de expresar su música especial propia sin forzar su tono normal fuera de límites naturales. Este concierto es una valiosa contribución a la moderna música de viola.

La influencia de Bartók comenzó a sentirse en la generación siguiente. Michael Tippett (n. 1905) y Peter Racine Fricker (n. 1920) mostraron esto en su música orquestal y de cámara. También es en Tippett, uno de los más originales compositores ingleses de nuestro tiempo, donde vemos influencias de la obra final de Strawinsky, especialmente en contextura de contrapunto y técnica instrumental.

Esta cuestión de la contextura y la técnica puede descubrirse en las dos sinfonías de Tippett y su Concierto para piano, pero no son tan fuertes que oculten la propia individualidad de Tippett, que es evidente en cuantas obras ha producido desde el Concierto para doble orquesta de cuerda (1939). Dos años más tarde acabó una obra coral, *A Child of our Time* ("Un hijo de nuestro tiempo"), estrenada en 1944, que le colocó a la cabeza de sus contemporáneos. El relato (sucedido realmente poco antes de la pasada guerra) del asesinato en París de un diplomático alemán por un muchacho judío indignado por el antisemitismo "nazi", fué montado por Tippett para coro, orquesta y cuatro solistas. Tippett escribió su propio libreto. Es un oratorio como no existe otro. En lugar de las corales que Bach introdujo en su versión de la Pasión, Tippett coloca espirituales negros. La partitura para el coro es notable por atrevida, y en el papel parece difícil. Pero Tippett conoce el canto coral desde dentro; por muchos años enseñó y preparó cantantes de coro. Su propia música vocal nunca sobrepasa la capacidad de los cantores, aunque les exige el máximo esfuerzo. Lo mismo se aplica a la ópera de Tippett *The Midsummer Marriage* ("El matrimonio de verano"), presentada en el "Covent Garden", de Londres, en enero de 1955, donde la música vocal, de solistas y de coro, es notable por su vitalidad ágil y muscular. En esta ópera se encuentra también una de las más finas obras orquestales de Tippett: las *Danzas rituales,* que pueden interpretarse como una suite orquestal, completa en sí misma, en una sala de conciertos.

Queda la técnica de doce tonos. Tan rara es como la atonalidad en Inglaterra. Humphrey Searle (n. 1915) figura prácticamente solo como acabado manipulador de la técnica de su maestro Webern.

En la actualidad la influencia de la música popular parece ir desapareciendo. Ninguno de los compositores mencionados más arriba se somete a ella, ni tampoco Benjamín Britten (n. 1913) en sus óperas y música de cámara, ni Edmund Rubbra (n. 1901) en sus sinfonías. Britten reconoce la influencia de Purcell, y Rubbra la de los

polifonistas del siglo XVI. Ninguno ha sido influenciado mucho por lo extranjero.

De los compositores mencionados en este artículo, Britten es quien menos necesita de presentación. Su música ha recorrido Europa y América, y es la más conocida de todas las producidas en Inglaterra durante los últimos cuarenta años. Es notablemente prolífico, y muy fértil de imaginación. De sus óperas, la primera, *Peter Grimes*, es generalmente considerada la mejor por los que exigen en la ópera sentimiento profundo y al compositor habilidad para conmover al espectador presentándole sucesos serios, e incluso trágicos. El sentido cómico de Britten se descubre en otra ópera, mucho más ligera: la farsa *Albert Herring*. Estas obras son sólo un aspecto de su arte, que comprende música coral, música de cámara y algunas canciones notables.

El contacto con la música de Rubbra es menos fácil. Sus ocho sinfonías tienen una calidad de visión y pensamiento que recuerda a J. S. Bach, especialmente porque su música es de contrapunto en su mayor parte, y su mentalidad, reflexiva y seria. Pero considerar a Rubbra como un Bach del siglo XX es un juicio superficial. No es imitativo; al contrario, tiene una mente alerta y un estilo individual de expresión. Como toda música abstracta, sus sinfonías exigen tiempo para conseguir total comprensión por parte del auditorio. La sexta es un ejemplo del estilo sinfónico de Rubbra más maduro, y esta obra es la que recomendaríamos al aficionado para la primera experiencia de su música.

Por muy fuertemente que estos compositores hayan sentido la atracción de las influencias foráneas, ninguno se ha hecho mero imitador de Ravel, Strawinsky, Hindemith, Schoenberg, Bartok u otro cualquiera. Si alguna vez renunciaron momentáneamente a su individualidad, la recobraron oportunamente. Esto se evidencia en obras de compositores como Tippett y Britten, por nombrar sólo dos entre muchos. El poder inconsciente que Pedrell vió de primera necesidad para el futuro de la música creativa en España, no está menos presente entre los compositores ingleses contemporáneos. En tanto sea así, nuestra música seguirá gozando de buena salud.

SCOTT GODDARD.

(Publicado por cortesía del *British Council*.)

LA IGLESIA CATÓLICA EN LA CHINA ROJA

APROXIMADAMENTE desde el año 1953, los dirigentes de Pekín, con el protexto de "proteger" a las distintas Iglesias y sectas que existen en el continente, se han esforzado constantemente en controlarlas y convertirlas en dóciles instrumentos en manos del partido comunista. Para cada confesión han creado, en el plano nacional, una organización central, directamente dependiente del Departamento de Asuntos religiosos, dirigido por un miembro del partido y bajo la directa vigilancia del ministerio de Chu En Lai.

Si bien este plan, concebido para esclavizar con gran dureza las distintas creencias religiosas que aún se practican en la China comunista, ha necesitado largos años de inexorables represiones, sus resultados son todavía muy dudosos, ya que se apoyan únicamente en la opresión y la violencia.

En cuanto a la religión católica, cae dentro de las medidas generales tomadas contra todas las confesiones. Empezaron con los musulmanes en 1953, creándose en Pekín una Comisión nacional islámica compuesta por 111 miembros de distintas minorías raciales. Casi en la misma fecha fueron atacados los budistas, la confesión más importante y extendida en todo Extremo Oriente, que fundó bajo la opresión del Gobierno comunista una Asociación con cuatro presidentes de honor, entre los que se contaba con el Dalai Lama, el dios vivo de los tibetanos. En esta comisión estuvieron representados 121 miembros.

El año siguiente empezaron a atacar a los protestantes, y sus diferentes Iglesias y organizaciones se reunieron en Pekín, con 232 representantes, para elegir una Comisión nacional compuesta finalmente por 150 miembros.

En abril de 1957 se creó la Comisión taoísta, y hasta julio del mismo año no consiguieron que se crease la Asociación católica denominada "Asociación patriótica de los católicos chinos". Por tanto, cronológicamente, los católicos fueron los últimos en reunirse bajo la obediencia al comunismo. Efectivamente, donde los dirigentes de la China roja tropezaron con más dificultades fué para crear una organización nacional católica. Ya en 1950 intentaron formar una especie de "soviets parroquiales" y "comités de reforma" locales, especialmente compuestos por laicos, pero no lo consiguieron.

Su Santidad Pío XII, en su encíclica de 7 de octubre de 1954, condenó explícitamente este movimiento. Pero los comunistas tenían conciencia de su fracaso con los católicos y no esperaron a tanto para

cambiar de táctica, incluso antes de que saliera la encíclica del Santo Padre. Lanzaron, pues, un "Movimiento de oposición al imperialismo y de amor a la patria y a la religión". A pesar de esto, la reunión convocada por la Oficina de Asuntos religiosos en Nankín fué un rotundo fracaso, y el vicario general de la archidiócesis de Nankín, reverendo padre Li Wei-kuan, que presidió la reunión, fué excomulgado por Roma. Después de numerosas detenciones de eclesiásticos, represiones sangrientas, creación apresurada de asociaciones católicas locales, participación del clero y de los fieles en las juntas políticas y, obtenida por fin a base de opresiones y represalias, la participación de algunas personalidades eclesiásticas representativas y condescendientes, en 1956 los comunistas estimaron que había llegado el momento oportuno para hacer un tercer intento. El doctor Yang Che-ta hizo un informe sobre las maniobras del Gobierno de la China roja a este respecto. Dice así:

"Las organizaciones patrióticas de católicos han tomado un rápido incremento después de eliminar las bases influyentes del imperialismo y de la contrarrevolución situadas dentro del seno de la Iglesia. No obstante, la forma de estas organizaciones locales difiere según las regiones..., no tienen entre sí ni lazos ni relaciones recíprocas; no hay un organismo dirigente que asegure su unificación ni su centralización, bien como miembros de la Comisión, bien como observadores, en la cuarta reunión de la Comisión nacional de la Conferencia política consultiva del pueblo chino, y fueron convocadas a una reunión por el secretario general del Consejo de Ministros. En ella se propuso por unanimidad promover la creación en el plano nacional de una organización patriótica de católicos para unificar las ideas y las actividades de las diversas asociaciones locales dispersas por todo el país, y para permitir a los católicos de China unirse como un solo hombre con objeto de crear una organización independiente, libre, próspera y poderosa para ayudar al Gobierno a poner en práctica su política religiosa."

Empezaron entonces a trabajar febrilmente en una reunión preliminar para la creación de una Asociación nacional de católicos chinos. Su principal designio era "invitar" a los prelados y al clero diocesano a adherirse a la convocatoria. Bien se sabe lo que significa una invitación de esta índole: presiones y represalias de todas clases. Son conocidas las que emplearon los comunistas chinos sobre varios prelados que sufrieron indecible martirio con este motivo.

Pero, por fin, cuatro obispos, once vicarios generales y once sacerdotes y otros tantos seglares se reunieron en Pekín en el mes de julio de 1956, y crearon la tan ansiada Asociación. Representaban 23 diócesis de las 39 divisiones eclesiásticas que figuran en los anuarios

de las misiones del año 1949. El R. P. Chang Che-lan no había podido acudir a la convocatoria "por razones de salud", a pesar de lo cual su nombre quedó incluído en la lista de los fundadores de la Asociación. Un sacerdote progresista de Tientsin, el R. P. Li Te-pei (casi como el famoso poeta de la época Tang), fué uno de los entusiastas creadores del "Movimiento de las tres autonomías", y habló públicamente en favor de la expulsión de Mons. Riberi, internuncio apostólico de China. El P. Li Te-pei es hoy un miembro influyente de la Comisión nacional de la Conferencia política consultiva del pueblo chino y director de la Asociación para promover el movimiento patriótico de los católicos de Tientsin.

Podríamos dar los nombres de los prelados y de los católicos que asistieron a la famosa reunión, pero nada dirían a los oídos europeos, y nada aportarían a este pequeño intento para explicar la situación actual de la Iglesia católica en la China roja. Nos limitaremos, pues, a exponer los hechos, evitando siempre que sea posible, la monotonía de los nombres.

En el mes de julio de 1956 se elaboró, por fin, un proyecto de constitución y un reglamento para crear la Asociación patriótica de católicos chinos, y se aprobó por unanimidad el texto de la proclamación. Treinta y seis prelados y sacerdotes pusieron su firma al pie del documento. Se habían unido al movimiento las organizaciones de Pekín, Tientsin, Chenyang, Shanghai, Wuhan, la región autónoma de Mongolia interior, Chensi, Manchuria, Shantong, Kuecheu, Hupei, Kiansu, Wuhan, Fukien, etc., y el 22 de julio de 1956 celebraron una misa solemne en Pekín, oficiada por Mons. Wang Wencheng, para impetrar la paz. Siguieron conversaciones sobre las medidas más urgentes para la expansión de la política religiosa del Gobierno rojo; unos días después, los prelados y sacerdotes participantes fueron recibidos por el primer ministro Chu En Lai, quien les interrogó detalladamente sobre la vida religiosa de las diócesis y la situación en que se hallaba el movimiento patriótico católico chino. Así se creó la Asociación, con sede en Pekín. El texto de la proclamación y las fotografías tomadas durante la ceremonia y la visita a Chu En Lai se publicaron en toda la prensa del continente. Un corresponsal declaró que, para llevar a cabo la gigantesca tarea, el Gobierno de Pekín deseaba conseguir la simpatía y la ayuda de la población civil católica, y que la reunión tenía por objeto principal fomentar en los católicos chinos del continente el entusiasmo patriótico. Cuentan que surgió un incidente que merece mencionarse.

Un orador entusiasta afirmó: "En China no necesitamos clérigos"; entonces un obispo le interrumpió con enojo: "La Iglesia católica no puede prescindir del clero; es uno de los puntos principales

de su doctrina"; "Bueno, bueno, contestó el orador; si es así, lo aceptaremos". Pero el obispo añadió: "Además, hay provincias donde estamos tan escasos de sacerdotes chinos, que sin la ayuda de los sacerdotes extranjeros ni puede practicarse ni propagarse nuestra religión"; "Pues que vengan los extranjeros, repuso el orador; nadie les impide venir al continente. Que pidan nuestra autorización y se sometan a nuestras leyes".

Esto era realmente un escarnio, pues sobradamente se conoce el trato que han recibido en el continente los sacerdotes extranjeros. En cuanto a la asistencia del clero chino a la Conferencia, mucho habría que discutir también sobre este asunto. Estaban, en efecto, representadas 19 de las 25 provincias que constituyen hoy la China continental, pero sólo 23 diócesis de las 19 divisiones eclesiásticas que existen en el continente. Queda, además, por comprobar en qué condiciones concurrieron a la ceremonia, e insistir sobre la ilegitimidad de los clérigos nombrados, pues es conocida la maniobra de las autoridades comunistas, que reemplazaron, siempre que les convino, a los representantes de la Iglesia por candidatos gubernamentales. Roma intervino, por lo menos, en tres casos, para afirmar la ilegitimidad de los ordinarios de las diócesis. Esta determinación del Vaticano se hizo pública en el continente, así que el vicario capitular y pro-obispo de Shanghai no ha sido reconocido por Roma como jefe "legítimo" de la diócesis, si bien, considerando que aún es posible que este vicario esté obrando "de buena fe", Roma no ha dictado ninguna sanción canónica contra él. De todas formas, la Santa Sede no reconoce a este vicario, ni tampoco al de la archidiócesis de Nankín, que fué excomulgado, como queda dicho más arriba.

El "Movimiento anti-imperialista y patriótico" se esfuerza en conseguir adeptos, de grado o por la fuerza, según el caso, y extiende su propaganda en el plano regional, provincial y local. Tropieza, no obstante, con serias dificultades, y con actos de una heroicidad extraordinarias.

Así, por ejemplo, la iglesia de San Pedro, de Shanghai, que tiene un párroco "protestante", está casi siempre vacía, y los fieles llenan, en cambio, la capilla de Zi Ka Wei, que no quiere adherirse al citado movimiento. Se podrían dar infinidad de nombres, de pruebas de sacerdotes y de fieles que murieron por no ser apóstatas.

Algunos ejemplos de las manifestaciones de los que forman parte de la Asociación progresista dan idea del método empleado por los comunistas, que no es nuevo y ya se utilizó, por ejemplo, en Checoslovaquia.

"La política del Gobierno no pone obstáculos a la libertad de creencias religiosas... (dicen); todos los miembros del clero pueden llevar

en paz una vida normal. Si existen aún en las calles y en los pueblos carteles que incitan a la discriminación contra los católicos, propongo que los organismos de dirección expliquen claramente la política religiosa del Gobierno al hombre de la calle y del campo para poder llegar a una comprensión mutua. No hay que creer al imperialismo que nos calumnia y nos sabotea. Los católicos deben observar las leyes y obedecer las disposiciones y decretos del Gobierno para construir la patria y defender la paz mundial. Después del movimiento de eliminación de los contrarrevolucionarios, el Gobierno ha tomado medidas contra cierto número de delincuentes para reeducarlos, para que confiesen sus faltas y errores, y distingan entre los enemigos del pueblo y nosotros, y les ha trazado una divisoria entre lo verdadero y lo falso. Muchos de estos delincuentes políticos se han arrepentido y son ahora activos y militantes".

"Por eso debemos intensificar los círculos de estudios para elevar nuestro espíritu patriótico y nuestra conciencia socialista y apoyarnos en centros populares poderosos a fin de progresar juntos en el camino de la reconstrucción socialista."

"Hemos reconocido por unanimidad que, gracias a la expulsión de los elementos imperialistas (extranjeros), y después de la liberación de China gracias a la victoria conseguida por medio de la liquidación de los elementos contrarrevolucionarios (chinos), se puede hoy convocar esta reunión, a la que tienen que unirse todos los católicos."

Los de Wuhan son especialmente vehementes: a su reunión asistieron, además, delegados protestantes, budistas y taoístas. Todos declararon que se esforzarían en su trabajo, en la participación en el círculo de estudios y en desarrollar cada vez más el movimiento antiimperialista y patriótico para contribuir con todas sus fuerzas a la construcción socialista de la patria.

"... tenemos que otorgar nuestra confianza y nuestro apoyo al partido comunista chino y al Gobierno popular central...; reconocemos que el movimiento antiimperialista es justo y legítimo. En cambio, la camarilla contrarrevolucionaria de Liu Te ha infringido los mandamientos de Dios, ha servido los designios del imperialismo y de la camarilla de Chiang Kai Shek, ha utilizado las organizaciones de la Iglesia católica de Wuhan para esconderse, protegerse y ejercer actividades contrarrevolucionarias, sabotear los decretos, las leyes, la política y la organización socialista del Gobierno, y propagar rumores reaccionarios."

Los progresistas pretenden que recibían el apoyo y la adhesión de los católicos y de las diócesis "en número creciente, como los copos

de nieve", añadiendo que no es necesario, para formar parte de esta Asociación, obtener la aprobación de la Santa Sede.

Aseguraban que "los imperialistas extranjeros no saben renunciar a sus complots ni abandonar sus intrigas para comprometer la solidaridad del pueblo chino y sabotear la obra de construcción socialista, porque no están contentos con la victoria del partido". Por eso, añaden, debemos educar, estimular y animar a los católicos para que agudicen su conciencia ideológica y su vigilancia política. Hay que trazarles una línea de demarcación, desenmascarar y denunciar las mentiras de las palabras y de los discursos de los contrarrevolucionarios. La oposición al imperialismo tiene que formar parte de nuestro programa general de acción. Por temor a entrar en este movimiento, los católicos se han encontrado en una situación en la que es difícil avanzar o retroceder. Estaban en un callejón sin salida. Creían que se separaban de la Iglesia si atacaban al Gobierno. Por eso les hemos explicado que la práctica religiosa debe conformarse a las leyes y a la aplicación de la política y las órdenes del Gobierno. Y los conflictos entre la religión y la política tienen que resolverse por medio de reuniones y conferencias de consulta mutua."

"En otros tiempos —dicen algunos— considerábamos como una apostasía y un cisma participar en el movimiento antiimperialista patriótico. Después del gran movimiento de liquidación de los contrarrevolucionarios se ha elevado la conciencia política de los sacerdotes y de los fieles católicos, y, gracias al patriotismo, ha cambiado la orientación de la Iglesia."

"De aquí en adelante, gracias a los círculos de estudios, podremos ejercer nuestra vigilancia revolucionaria para evitar complots y sabotajes contrarrevolucionarios."

Todos los mensajes tienen el mismo tenor: necesidad de luchar contra el sabotaje, construir el socialismo, no existe apostasía ni cisma, los imperialistas se han servido de un modo escandaloso e indigno de sus poderes sagrados para excomulgar a fieles y sacerdotes patriotas; han llegado en su atrevimiento a escribir cartas de intimidación y han propagado rumores y calumnias porque se niegan a ver el impulso de la Iglesia católica aliada con la Asociación nacional patriótica. Esta Asociación movilizó, por ejemplo, en Futcheu, a 7.340 católicos "sinceros" a entrar en lucha activamente, organizando equipos de trabajo para penetrar en las familias de ideología retrógrada, envenenadas por la camarilla contrarrevolucionaria; de este modo visitaron unas 2.200 familias. Como consecuencia, 2.200 católicos confesaron crímenes de contrarrevolucionarios y se beneficiaron de las medidas de clemencia del Gobierno popular y han acudido a los círculos de estudio donde se les enseña a conocer las leyes polí-

ticas del Estado, a criticar las ideas reaccionarias, a eliminar poco a poco el veneno de la ideología imperialista, a apoyarse en el partido comunista ideológica y sentimentalmente, a desarrollar su espíritu patriótico y su obediencia a las leyes".

Después de la detención de la camarilla contrarrevolucionaria de Tchen Cheng Chen, la diócesis de Futcheu pasó por gran confusión. Los dirigentes del partido reconocen que "existen católicos, especialmente en el campo, que no han comprendido la política de libertad religiosa, y que, sobre todo en las regiones rurales, se empeñan en asegurar que el Gobierno no aplica tales leyes de libertad de creencias ni lleva a cabo lo que preconiza respecto a la libertad religiosa".

Todos estos documentos no sirven, naturalmente, para una propaganda en el exterior, pero presionan en el interior de la China comunista.

No obstante, muchas de las asociaciones de que hemos hablado sólo existen sobre el papel, y no se puede saber exactamente hasta dónde llega la realidad. Incluso los hechos exactos quedan deformados por interpretaciones erróneas.

Estos documentos son de una desoladora monotonía, fastidiosamente reiterativos, de redacción indigesta y faltos totalmente de espontaneidad. Lo único que revelan son los métodos empleados para "convencer" a los fieles y el verdadero contenido de la política religiosa del Gobierno de Pekín: mezclar el plano político con el religioso, secularizar la Iglesia, anexionarse políticamente la fuerza que representa como organización, ponerla bajo el control directo del partido comunista y del Gobierno popular como sociedad jerárquica, hacer de la Iglesia católica una oficina o un departamento del Estado, transformar el contenido de la fe en expresiones especialmente políticas que la niegan, de modo a que los hombres de la Iglesia se conviertan en agentes políticos; llegar progresivamente a una "reeducación política de los católicos", a una "endoctrinación" y a una negación de sus creencias religiosas.

Esa es la finalidad del Gobierno de la China popular; pero que haya alcanzado sus fines, queda por ver.

DEL MUNDO INTELECTUAL

Durante el pasado mes de enero se mostraron particularmente activos los **movimientos que postulan la unificación política de Europa.** En Wiesbaden se celebró del 7 al 11 el congreso de los Federalistas europeos, al que asistieron unos 300 delegados procedentes de siete países. Entre los asistentes figuraban M. Robert Schuman, como presidente; M. François-Poncet, el ministro alemán von Merkatz y el príncipe Bernardo de los Países Bajos. Fué aceptada unánimemente una resolución general pidiendo la realización de la unidad política de Europa; en otra resolución se solicita la coordinación e integración de las comunidades económicas ya existentes, como el mercado común, la CECA y la OECE, y la fusión de esta última con el Consejo de Europa.

En Lyon tuvo lugar en los últimos días de enero el II Congreso del Pueblo europeo, al que asistieron también unos 300 delegados de las grandes ciudades de Europa. Se acusó a los Gobiernos de "favorecer el renacimiento del nacionalismo y de obstruir la formación de los Estados Unidos de Europa". Los congresistas de Lyon pretenden llegar a esta unificación mediante elecciones para constituir una asamblea supranacional que recibiría sus poderes directamente de los "ciudadanos europeos". Conviene recordar que la primera institución jurisdicional supranacional, cuyas decisiones obligan a los Gobiernos directamente en materia de derechos humanos, ha sido creada ya en el seno del Consejo de Europa y representa un importante paso hacia la comunidad institucional de los países de Europa occidental.

* * *

A principios de año, Estados Unidos han designado a siete hombres de ciencia para desempeñar el cargo de **"agregados científicos" en las embajadas norteamericanas de Londres, París, Roma, Bonn, Estocolmo y Tokio.** A la embajada de París estarán afectos dos agregados científicos. Para fecha próxima está previsto el nombramiento de estos funcionarios diplomáticos para las misiones de Estados Uni-

dos en la URSS, India y dos o tres repúblicas hispanoamericanas. Los agregados científicos desempeñarán su cargo durante dos años y deberán informar al Departamento de Estado sobre los más importantes desarrollos científicos en los países en que estén acreditados, así como facilitar los contactos entre los hombres de ciencia de los mismos y los de Norteamérica. Dependen de la Sección científica del Departamento de Estado, regida por el Dr. Wallace R. Brode.

* * *

En el bienio 1957-1958, la **Fundación Rockefeller** ha concedido subsidios y donaciones por un valor total de 74,4 millones de dólares para fomentar la investigación científica y las artes en todo el mundo.

La **Fundación Ford,** por su parte, acordó a principios de enero ayudas de 3,5 millones de dólares para proyectos de desarrollo en África, Oriente medio y Asia.

* * *

Según declaración del secretario del Tesoro en la Cámara de los Comunes, **el número de estudiantes oficiales de las universidades de Inglaterra y Gales** en noviembre pasado era de más de 82.000, de los cuales 23.000 se habrán incorporado en el presente año académico.

Interrogado el ministro de Educación en la misma Cámara sobre los créditos autorizados para obras en centros de enseñanza en el ejercicio económico 1958-59, contestó que el total era de 70 millones de libras (unos 10.000 millones de pesetas), de los cuales un 70 por 100 se destinaba a enseñanza primaria y media.

* * *

Después de espinosas negociaciones entre el Gobierno austríaco y la familia Montenuovo, descendientes del conde de Neipperg (segundo esposo de la emperatriz María Luisa), se ha llegado a un arreglo en el pleito de las **8.000 cartas relativas al duque de Reichstadt** (el hijo de Napoleón I) que, en un principio, debieron ser subastadas en Munich y luego fueron reclamadas por el Gobierno austríaco y devueltas a ese país, de donde había salido clandestinamente a juicio de las autoridades. El lote más importante de este valioso material documental, que se refiere a una de las personalidades menos estudiadas de la gran historia europea del siglo XIX —unas 7.000 cartas— quedará depositado en el Archivo del Estado de Viena; com-

prende todas las cartas de miembros de la dinastía de Habsburgo y del príncipe de Metternich. Entre las mil cartas restantes figuran 119 dirigidas por el duque a su madre, 840 informes del preceptor del duque (conde de Dietrichstein) a la emperatriz y los dictámenes de los dos médicos que asistieron al duque hasta su muerte, acaecida en 1832, a los veintiún años de edad. Esta correspondencia ha sido subastada por cuenta de los condes de Montenuovo y con autorización del Gobierno austríaco a fines de febrero último en Munich.

* * *

A fines de diciembre pasado falleció en Los Ángeles (California) el conocido novelista de origen alemán **Lion Feuchtwanger.** El finado, que contaba setenta y cuatro años, vivía desde 1940 en California después de emigrar en 1933 de Alemania, donde fué sañudamente perseguido por el nacionalismo a causa de su ascendencia judía. Entre sus obras más conocidas figuran *El judío Süss* (1925), *Simone* (1944), *Der jüdische Krieg* (1933), *Erfolg* (1932), *Goya,* y las obras escénicas *Die Witwe Capet* (estrenada en Dresde en 1956) y *Eduard II.*, esta última escrita en colaboración con el autor alemán Bert Brecht.

* * *

Según datos publicados por la revista francesa "L'Éducation Nationale" sobre los **resultados de los exámenes en 1958,** se observa que el número de inscritos en la primera parte supera ligeramente los 100.000 alumnos y el porcentaje de admitidos es de un 57 por 100. En la segunda parte, el número de inscritos pasa de 73.000, y se advierte una notable disminución entre los candidatos de humanidades (10.000) frente a un notable aumento (8 por 100 el año anterior) en el grupo de matemáticas (16.700). El porcentaje de admitidos en esta segunda parte es de un 65 por 100.

* * *

La Academia de Ciencias de la URSS ha acordado crear en la ciudad de Königsberg (hoy, Kaliningrado) un gran **centro de investigaciones oceanográficas,** que dependerá del Instituto marino de Hidrofísica, de Moscú. Contará con laboratorios de meteorología y aerología, hidrología marina y anemometría. En la citada ciudad del Báltico tendrá también su sede la Sección atlántica de la Comisión oceanográfica de la Academia de Ciencias soviética. Por otra parte, desde 1957 viene funcionando ya en la antigua capital de Prusia orien-

tal un instituto de investigaciones pesqueras, que dispone de doce buques-laboratorio propios para trabajos de exploración.

* * *

El **Centro de Investigación de la Marina norteamericana** ha presentado recientemente un cerebro electrónico, bautizado con el nombre de "Perceptron", que parece ejercer algunas funciones del cerebro humano y muestra ciertas semejanzas con las máquinas de traducción automática. La ejecución del proyecto se debe al Dr. Frank Rosenblatt, psicólogo en el laboratorio de Aeronáutica de Cornell. El "Perceptron" consta de tres partes: un sistema sensorial que imita las funciones del ojo humano, un sistema asociativo que reconoce las imágenes visuales y una unidad de control que permite al operador observar el trabajo.

* * *

Un grupo de científicos californianos, dirigido por el bioquímico Dr. Richard S. Schweet, ha conseguido obtener artificialmente —es decir, fuera de la célula viva— el **colorante rojo de la sangre, hemoglobina.** No se trata de una síntesis propiamente dicha, sino de la obtención, por procedimientos bioquímicos, de una albúmina completa al margen del organismo viviente; hasta aquí sólo se había logrado producir artificialmente los compuestos que intervienen en la estructura química de todas las proteínas: los 16 aminoácidos esenciales y los polipéptidos formados por los mismos. Los investigadores norteamericanos utilizaron en sus trabajos los microsomas de los glóbulos rojos no plenamente desarrollados de conejos. La importancia de su descubrimiento radica en que representa una importante contribución al conocimiento de la estructura y del metabolismo proteínico de la célula.

* * *

El **Archivo alemán de Investigaciones polares**, de Kiel, la más importante colección de Alemania en su género, ha quedado incorporado a la universidad de Münster (Westfalia). Los fondos de este archivo abarcan una selecta biblioteca especial de 3.000 volúmenes, así como valiosísima documentación de expediciones polares, en forma de mapas, fotografías, planos y películas. De la dirección del archivo se ha encargado el profesor B. Brockkamp, del Instituto de Geofísica de la citada universidad germana.

* * *

Con motivo del primer centenario de la muerte del eminente historiador norteamericano **William H. Prescott,** que tanto contribuyó al estudio de la historia de España e Hispanoamérica con sus obras sobre los Reyes Católicos, Felipe II y la conquista de Méjico y Perú, se han iniciado en Boston (Estados Unidos) diversos actos conmemorativos con el descubrimiento de una placa de bronce en la casa donde murió, acto al que asistieron diversas personalidades, entre ellos el embajador de Perú en Washington.

* * *

Para el ejercicio económico de 1959-1960, la República federal alemana cuenta con un **presupuesto de quinientos millones de marcos para fines de enseñanza, investigación y culturales.** Las principales partidas de esta cantidad global se desglosan como sigue: 163 millones para fomento de la investigación científica, con cargo al ministerio del Interior (25 millones para institutos de investigación, de ellos, 2 millones DM para la Asociación "Max Planck", 5,6 mill. MD para el Instituto alemán de Geodesia aplicada y 7,2 mill. DM, para el Instituto arqueológico alemán, que tiene una filial en Madrid); 34 millones DM, para colegios alemanes en el extranjero y 28 mill. DM, para relaciones culturales; 85 mill. DM, para investigación atómica (con cargo a cinco ministerios), 19 mill. DM, para investigaciones sobre tráfico y transporte, 15,5 mill. DM, para investigaciones aeronáutica y 37 mill. DM, para investigaciones bromatológicas y sobre alimentos en general (con cargo al ministerio de la Alimentación). Esta última partida revela la grave importancia que en Alemania se concede a este tipo de investigaciones, de tanta importancia para la salud pública.

INFORMACIÓN CULTURAL DE ESPAÑA

CRÓNICA CULTURAL ESPAÑOLA

El Premio Nacional de Literatura y el Premio Nadal.

Casi al filo del fin de año se dió a conocer el nombre del ganador del Premio Nacional de Literatura: José Luis Castillo Puche. Novelista joven y dinámico, cronista viajero del continente americano, entendimiento ágil, abierto a la verdad sin concesiones. El premio ha coincidido con la puesta en mercado de la reedición de su novela *Hicieron partes*. La labor de Castillo Puche en el mundo literario ha sido constante y completa. No es autor de fogonazo, resultado brillante de un concurso literario. Su formación es sólida y construída desde una base sincera. Aunque todavía está en camino, va bien equipado.

Analizando la obra de José Luis Castillo Puche y, especialmente, la citada novela *Hicieron partes,* podemos señalar varias cualidades positivas: empleo de un lenguaje escueto y justo; directo y entero, sin alardes. Planteamiento valiente de su problemática y vivencia profunda de lo escrito. *Hicieron partes* no es novela definitiva, pero sí estimable para dar un sí decidido a su autor. Corresponde al tipo de novelas "galería" o "catálogo", en las que se toman una serie de personajes unidos por cierto lazo —no muy fuerte a veces— y se van analizando por separado sin que la acción llegue a formar cuerpo de novela, estando dividida en capítulos que pueden ser, cada uno por sí solo e independientemente de los demás, cuentos o narraciones cortas. Es ésta una técnica muy utilizada en la actualidad dentro y fuera de España, técnica más bien de reportaje que de novela, y puede darse el caso de que, ciñéndose a un clásico concepto de la nove-

lística, haya quien piense que las obras de este tipo acusan un defecto de fuerza en su construcción y no son capaces de tejer una acción completa alrededor de un mismo eje. ¿Sucede ésto con Castillo Puche? Creo que no. Tal vez ha sido la forma que más le ha convenido para lo que se propuso decir. Reúne *Hicieron partes* a los herederos de un viejo pariente lejano y solitario y describe qué cosa hace cada uno con su legado y qué representa éste para ellos. Se desarrolla en los años de la segunda República española, la guerra y algo de la postguerra, y va tocando continuamente los resortes íntimos de los personajes para conseguir reacciones esencialmente humanas. Y es lástima que el problema termine con los primeros años de la paz, ya que, en la última parte de la novela, Castillo Puche hace sugerencias realmente interesantes. Y quizá sea esto porque aún está por escribir la novela de la paz.

Del nuevo Premio Nacional de Literatura se ha dicho, por otra parte, que es novelista católico. Como él no lo niega (y si no lo afirma rotunda y constantemente es porque tiene un buen sentido de las afirmaciones), podemos decir que Castillo Puche está dentro de la línea de la novela católica con todas sus consecuencias. Católica, desde luego, más en cuanto al fondo que a la forma. Cosa lógica en un hombre de sano pensamiento, que sabe que el espíritu importa más que la letra.

* * *

Otro acontecimiento señalado en la pequeña historia de la literatura más actual ha sido la concesión del Premio Nadal a un escritor casi novel: José Vidal Cadellans, de Barcelona. Las biografías que la prensa divulga siempre del ganador del Nadal, nos dicen que Vidal Cadellans es un hombre de concursos. Ha sido finalista varias veces —una en el Ciudad de Barcelona— de premios importantes y ganador de otros, también con su importancia. Él mismo ha confesado que posee más de una decena de novelas escritas y que producirá, "desinteresadamente", un libro de poemas cada año. En unas declaraciones recientes que ha hecho al semanario "Signo", se define humanista, hombre de experiencia, observador y con ansias de dar mensaje, "aunque sea a gritos". Se le ha comparado con Camus, y él —"y me honra"— quiere ser Vidal Cadellans. Poco he podido leer de él. Sólo algún cuento publicado en periódicos juveniles. Estilo llano, humano, psicológico y optimista. El optimismo de Vidal Cadellans me ha hecho cierto impacto. Un optimismo sacado con esfuerzo del lado negro de la vida.

Por otra parte, el Nadal sigue en cabeza dentro del ciclo de con-

cursos para novela. Cada año son más los aspirantes al espaldarazo de la celebridad literaria. Multitud de noveles se acercan al Nadal —más prestigiado sin duda que el Planeta— bajo la mirada un poco benevolente de los consagrados, que no quieren correr el albur de fracasar en un concurso. No habrá nadie que se engañe todavía al creer que los premios dan novelistas. Los premios, si acaso, dan nombres que pueden ser novelistas. La producción española de este género está hipertrofiada en número y anémica en calidad. Pocos autores pueden ser considerados dentro de una primera categoría y, hasta ahora, casi ninguno —Gironella es una excepción— ha nacido de un concurso literario. Han subido, por decirlo de alguna manera, a base de méritos propios. Sin embargo, la existencia de los concursos está plenamente justificada como vehículo de incorporación de valores que, generalmente, suelen ser jóvenes. Aunque muchos de ellos, dormidos en el efímero laurel del premio, no han vuelto a aparecer en la escena de la novela o se han perdido en medianías no significativas. Por citar, puede tomarse el caso de Martín Descalzo —muy traído y llevado—, silencioso desde *La frontera de Dios,* salvando la publicación esporádica de colaboraciones de prensa, promesa aparecida en el Nadal 1956.

Son consideraciones con motivo de la concesión del Nadal 1958, el premio más codiciado de cuantos aparecen en España. Y, sin dejar de creer en la eficacia de los mismos, es conveniente hacer constar que sus resultados están de acuerdo con la tónica media de la novela de nuestro país, evidentemente pobre, salvo excepciones. Creo que existe un falso concepto de nuestra novelística, efecto por una parte de lo poco que se lee y, por otra, de lo poco que se exige, ya que muchas obras conocidas no pasan de ser intentos de novela. Y puede que los premios como el Nadal tengan mucho que ver con ello. Y, desde luego, sí la propaganda que se hace de los mismos como acontecimientos literarios; propaganda que no tienen en tal medida los autores consagrados.

Una revelación teatral: Alfredo Mañas.

La crítica teatral, tan reacia a admitir valores noveles, ha echado las campanas al vuelo ante el estreno de un nuevo y joven autor que se llama Alfredo Mañas y cuya obra se titula *La feria de Cuernicabra.*

Alfredo Mañas es un muchacho que nació por el año 192... (así lo dice él) en Ainzón, un pueblecito del Somontano aragonés, al pie

del Moncayo. Su biografía está llena de pintoresquismo, que al joven autor ya no le hace ninguna gracia, quizá porque se considera con categoría de consagrado a juzgar por el éxito que viene cosechando su obra, recién estrenada. No obstante, merece la pena resumir en dos pinceladas los vericuetos recorridos por este autodidacta, vericuetos por los que andan muchos de nuestros jóvenes estudiosos que no tienen circunstancias favorables.

Alfredo Mañas pasó la niñez en su pueblo, y, una vez que tuvo fuerzas para ganarse su sustento, recorrió en peregrinaje inquieto la media España del Norte, ejerciendo los más variados oficios: barbero de pueblo, obrero de fábrica, trabajador del campo, aspirante a marinero en un barco de pesca... Esta primera época la terminó de vendedor ambulante de feria, hasta que, después de cumplir el servicio militar, aparece en Barcelona. En esta ciudad caen en sus manos unos libros de literatura, y así se inicia en la carrera de letras. Sigue todo un proceso anárquico y vertiginoso de formación, pasando por todos los sarampiones del escribir hasta desembocar en la gran Literatura clásica española.

Pero el nuevo escritor siente lo popular dentro de su alma, y ese es el tema de unas primeras conferencias que pronuncia con ilustraciones folklóricas. Es la universidad de París la que le invita a escribir una obra teatral que esté en la línea de sus conferencias, y así surge *La feria de Cuernicabra,* que tiene un primer gran éxito en la capital francesa. Vuelto de París, la representa en distintas provincias españolas, siempre con elogios de crítica, hasta que, por fin, la consigue estrenar decorosamente en Madrid.

El haber contado la historia de Alfredo Mañas no obedece a otro móvil que el de insinuar la meditación de los valores jóvenes que se pierden desorientados sin posibilidad de recibir formación académica tan necesaria a los escritores españoles, sin grandes posibilidades por diversas circunstancias, entre las que va incluída la de temperamento, para conseguir becas.

La feria de Cuernicabra pertenece a una clase de teatro hoy totalmente arrumbado. Es una tentativa honda y lograda de restituir a la escena su valor popular, espectacular y folklórico. Sobre la trama de la leyenda del corregidor y la molinera, el joven Mañas ha conseguido una nueva estructura, ritmo, luz y colorido sorprendentes. El conjunto de la obra resulta un espectáculo de rara hermosura, en el que armonizan el diálogo y hasta la depurada y original mímica, el ritmo y la canción. No es un sistema que haya inventado este nuevo y triunfante autor, porque ya grandes escritores de nuestra escena se asomaron a este modo de hacer teatro. Alfredo Mañas ha pretendido acercar el pueblo al escenario de la ciudad y lo ha consegui-

do con notable profundidad. Su experiencia como autor de guiones radiofónicos —género en el que ganó el primer premio hace años— le ha dado una agilidad especial que contribuye, y se ve reflejada, en el dinamismo de la obra, especie de guión en el que también intervienen efectos musicales.

Algún ligero defecto tiene *La feria...*, y que, por pequeño, apenas merece mención, como el prólogo, en que dos personajes mantienen un diálogo sobrecargado de refranes que producen cierto cansancio. Parece que el autor quiere hacer alarde —innecesario— de sus conocimientos del alma y ambiente populares.

La compañía del teatro Goya actúa con acierto, y hay que destacar por su maestría a María Asquerino, que logra interpretación de más altura que las que nos ha ofrecido en el cine; a José María Rodero, José Luis Heredia, Luisa Sala y Gracia Morales...

EXPOSICIONES. PINTURA INFANTIL.

Uno de los últimos acontecimientos de la vida artística nacional ha sido la Exposición Iberoamericana de Arte Infantil. Decir dónde radica el éxito de estas muestras de arte ingenuo y balbuciente es algo que escapa a la visión crítica y entra de lleno en el campo de la emoción pura. La simplicidad de colores, la tremenda fuerza expresiva, la virginidad de intención, la gracia y la armonía que el niño pone en su obra sin reservas, quizá lo explique mejor que un análisis técnico. Decía Vázquez Díaz, al contemplar las muestras de este arte infantil, que allí había creación en todo el sentido de la palabra y, lo que es mejor, pureza sin límites. "Casi despreciamos el arte de los niños, pero de ellos, verdaderamente, aprendemos muchos. Y pintores hay que pintan como niños..." Son palabras suyas. Predominan los colores fuertes y simples —rojo, negro, amarillo, azul— y la expresividad en las composiciones. Un crítico ha dicho que en la exposición han figurado cuadros que podían firmarlos sin rubor Rousseau o Rouault.

Es curioso observar cómo en los niños se verifica inconscientemente el sentido de la abstracción, de la representación personal subjetiva, abstracta y en cierto modo universal, a que tiende el arte moderno. De donde se deduce que los niños, inconscientemente también, están dando una razón de peso —y fuertemente colorida por cierto— para la justificación formal del arte abstracto.

Otra exposición-certamen de alcance nacional que se ha celebrado estos días, pero con peor resultado artístico, ha sido la organizada por los Sindicatos con el fin de fomentar el arte juvenil. A pesar

de que los premios han sido cuantiosos, no se ha conseguido una media aceptable. La Exposición continuará en años sucesivos, y el jurado calificador ha sido presidido éste por don Daniel Vázquez Díaz, de quien ya se ha hablado. Al parecer, a él le han parecido buenas las obras. Precisamente, su nombre ha figurado recientemente en los reportajes de prensa con motivo de la muerte de su mujer, la escultora danesa Eva Aggerhölm, que ha dejado una obra mediana aunque no exenta de delicadeza y ternura. El pintor, que ha influído sin duda en la escultura de su mujer, trata de divulgar su obra como recuerdo póstumo al arte de su mujer. Por su parte, produce poco, encastillado en su edad y cierta soledad en que ha quedado.

Otras exposiciones ha habido, destacando entre ellas la de Vaquero.

Pero, un poco fuera del ámbito estrictamente nacional, aunque de algo español se trata, la atención se ha ido a Pablo Picasso, cuya libre interpretación de "Las Meninas" ha sido reproducida por revistas de nuestro país —además de la nutrida publicación en periódicos extranjeros— y comentada ampliamente. Alguien ha dicho que "Las Meninas" de Picasso es una galería de retratos interiores. La idea no deja de ser feliz y la realización va detrás de la idea con fidelidad. La temporalidad de la obra de Velázquez ha sido resuelta por una indeterminación colorista, abstracción de lo corporal, que trata de sacar a luz el transfondo de la pintura velazqueña. Una genialidad más de Pablo Picasso, que hace salir la realidad del cuadro en tanto grado como Velázquez las hizo entrar. Dos polos de la pintura a través de la visión de un momento y realidad históricos. Reacción: varia, como siempre. Más favorable, desde luego, que la provocada por los frescos de la UNESCO (Vázquez Díaz, que es buen amigo de Picasso y lo admira, ha dicho, según una entrevista que le hicieron recientemente, que sólo hay una palabra para calificarlos: "mamarrachos"). Mayor expectación despiertan todavía los colorismos de Miró en el citado edificio de la UNESCO. Colorismo que, para volver al principio, ha recordado alguna obra de la Exposición Iberoamericana de Arte Infantil, definida como "escuela de colores, de pureza y de expresión".

Una conferencia de Marañón.

La última conferencia de don Gregorio Marañón, en la vieja Facultad de San Carlos, ha inaugurado un curso que alumnos y Facultad han organizado en torno a "los problemas que el porvenir presenta a los alumnos cuando salen de las aulas".

La conferencia versó sobre "la vocación del médico". Marañón recordó varias conferencias que en el año 1935 dió en la Universidad de Verano de Santander sobre "Vocación y Ética", e insistió sobre el sugestivo tema, alegando que en los años que han pasado los jóvenes de ahora no son como los de entonces, y él, desde luego, tampoco.

Para Marañón hay dos formas de vocación: la vocación de amor y la vocación de querer. Se diferencian en que la vocación de amor es exclusiva y desinteresada, y la de querer no es exclusiva, y no sólo no es desinteresada, sino que apetece la posesión de lo que se quiere. La vocación de amor pura es la vocación religiosa; pero hay otras vocaciones terrenas que son también vocaciones de amor: la del investigador, la del artista y la del maestro. Las vocaciones en las profesiones liberales y en los oficios las clasifica el ilustre doctor como vocaciones de querer y, por lo tanto, dentro de este grupo encuadra a la vocación médica. Repetidas veces el doctor Marañón ha enjuiciado la ciencia médica como una profesión humilde y práctica que se aprende junto a los enfermos. En la conferencia que nos ocupa, vuelve el famoso doctor sobre esta idea, y añade que, junto a esa aspiración tan pura de curar y aliviar al prójimo, se oculta muchas veces otra aspiración no tan pura como, por ejemplo, el instinto de superación o el deseo de merecer la gratitud, que es como poseer a otro espíritu. El médico afortunado recibe, en esta actitud de sus enfermos, una impresión de entrega que no puede tener, en condiciones parecidas, el abogado, o el ingeniero, o el político.

Para Marañón, tanto como conocer la enfermedad del paciente —que es tarea ardua— cree necesario el conocimiento del hombre para llevar a cabo con éxito una curación. Y el mejor momento para conocer a un hombre es el del sufrimiento. Hasta ese momento no sabemos de su integridad. Los médicos pueden saber que el hombre o la mujer no son como parecen, pero los médicos no pueden contar este drama humano. Y Marañón justifica (justificación para los que creen que el cinco veces académico ha extendido demasiado sus afanes culturales en campos que no le competen al médico) sus escarceos por el campo de las biografías históricas. Y dice que el estudio de los hombres pretéritos no son sino historias clínicas liberadas por el tiempo del secreto profesional.

Dentro de la vocación médica también se da la vocación más elevada de amor: la de investigar y la de enseñar.

Habla el conferenciante del espejismo de las vocaciones falsas despertadas por la popularidad de la figura afamada del héroe, que en medicina es más fácil de conducir al error. La personalidad médica desaparece con la socialización de la medicina, que todavía es

imperfecta, pero que reconoce justa. El médico y el cirujano trabajan en equipo, y las gentes que antes iban a ver a Charcot o Bergman, hoy van a cualquier ciudad importante de Europa, donde encuentran una clínica perfectamente acondicionada y con un cuadro de profesionales que trabajan en colaboración.

Esta despersonalización llega hasta la enseñanza, en la que ya van quedando inadecuadas las peroratas brillantes que son sustituídas por coloquios modestos en los que el profesor colabora con los discípulos. Ante el panorama de la socialización de la Medicina, Marañón se pregunta si perderá incentivos la carrera médica, y contesta segura y negativamente, afirmando que la vocación médica persistirá siempre porque dos de sus fuertes atracciones son inmutables: el afán de curar y el afán de conocer al hombre.

La conferencia, diáfana, profunda y siempre original, está dentro de su línea abierta y constructiva. Lo fundamental de su contenido está dentro del de la obra *Vocación y Ética y otros ensayos,* donde puede ser debidamente ampliado.

Conciertos de la Orquesta Nacional.

Continúa la Orquesta Nacional su ciclo de conciertos bisemanales. Viernes, Palacio de la Música; domingos, Monumental. Se ha conmemorado estos días el primer aniversario de la muerte de Ataulfo Argenta —21 de enero—, último director titular de la Orquesta y todavía está su plaza sin cubrir. Se suceden los directores extranjeros con algunos nacionales, en turno de cuatro conciertos, dos semanas, cada uno. Pero la primera orquesta de España no puede ni debe permanecer más tiempo sin un hombre que la conduzca continuamente, la unifique e imprima su sello personal. Evidentemente, el paso de muchos directores desvirtúa la unidad de la orquesta, una de sus cualidades principales, y que Ataulfo Argenta había conseguido darle. Los ensayos de distinta mano no pueden menos que perjudicar al conjunto. Se comprenden las dificultades que los directivos encontrarán para proveer la plaza vacante, bastante codiciable por otra parte. Suenan nombres, se hacen cálculos, pero no hay nada efectivo por ahora. Y son explicables los esfuerzos de algunas entidades interesadas en el mundo musical como son las "Juventudes Musicales", para crear clima en torno a tal o cual director de los que pasan por Madrid dirigiendo la Orquesta, como sucedió con Mario Rossi, aplaudido sin límite por su interpretación de "Los cuadros de una exposición", y con una generosidad que iba encaminada, en gran parte, a conseguir la estancia definitiva de Rossi en España, al frente de la Nacional.

Entre los últimos conciertos, destaca el dedicado a la memoria de Argenta. Dirigió la orquesta Horestein, con los coros del Orfeón Donostiarra, en la interpretación del "Requiem" de Brahms. La conjunción Orquesta Nacional-Orfeón Donostiarra es muy apreciada y aplaudida siempre que se ofrece y muchos la esperan en la ejecución de la "Novena Sinfonía", de Beethoven, como auténtico acontecimiento. Es de notar el creciente interés por los conciertos y por la música en general, interés que se traduce en la afluencia de público a las audiciones de los viernes —más selectas de público, pero más frías— y de los domingos —más compactas y calurosas—. No está de más repetir la labor que realiza en este sentido "Juventudes Musicales".

Uno de los últimos conciertos ha sido dirigido por José Iturbi, que realiza gran actividad dentro y fuera de España. Iturbi, considerado un pianista técnico, pero sin mucha alma y mediano director, ha dado muestras de calidad y sensibilidad dirigiendo la Nacional, rompiendo un poco el hielo en que se le tenía encerrado. En un reciente concierto para piano que dió en Londres, llamó, para dirigir la orquesta, a Vicente Spíteri, que llegó a causar sensación. La marcha de Spíteri —hasta hace muy poco flautista de la Nacional y hoy director de la Sinfónica de Madrid— es seguida de cerca por muchos, que ven en él un posible sustituto de Argenta, "de origen español". Realmente, ha hecho una carrera rápida y tiene amor y fe. No se ha visto libre de críticas, pero a todas ha respondido con empuje. También se oye el nombre de Toldrá y el de Odón Alonso. Pero la incógnita continúa.

Poco se ha estrenado de músicos nacionales. Después de la presentación en Madrid de la "Fantasía para un gentilhombre", de Rodrigo, sólo Cristóbal Halfter y Monsalvatge han pasado por los atriles. La música de Halfter gusta siempre. Es joven y puede hacer mucho. La de Monsalvatge no es muy comprendida. Pero ambos han tenido la valencía de buscar tema fuera de nuestro canon prestablecido. Porque parece ser que nuestros músicos tienen el patrón de la inspiración española ajustado a todas sus producciones. Aunque esto es una constante que se da en la mayoría de los compositores de España: la música "intra". Convendría recordar que Bethoven no escribió música alemana, ni Bach; son más universales. Victorio Macho suele hacer esta observación hablando de arte. Pero dejemos la digresión, que sólo tiene el objeto de fomentar la producción de música "con sello internacional", más incorporada a la corriente de comprensión universal.

En resumen: la vida musical es activa y sigue su marcha sin descenso, aunque sin grandes notas ascensorias tampoco. Y una notable

sería la provisión de la vacante de director de la Orquesta Nacional de España.

CINE: "LOS JUEVES, MILAGRO" Y LOS PREMIOS DEL SINDICATO.

El director de cine Luis Berlanga, ha manifestado que es solamente coautor de su obra, recientemente estrenada, *Los jueves, milagro*. Públicamente ha dicho que con él han colaborado, además de los técnicos, los elementos de la censura cinematográfica. Esta versión que se estrena es la tercera que se realiza, por una u otra circunstancia, del proyecto original. Con todo esto, la intención de Berlanga, en gran parte, ha quedado "in mente".

En esta obra se ironiza la ingenuidad religiosa de unas pobres gentes más atentas al milagrerismo supersticioso que a la auténtica esencia de la Fe. Los caciques de un pueblo imaginario (situado en Alhama de Aragón) inventaron un milagro casero para atraer corrientes turísticas al pueblo, tema parecido al de la novela *La Frontera de Dios*, de M. Descalzo. Luego resulta que la ciega fe de algunos enfermos, según promesa del Evangelio, llega a curar de verdad e, incluso, hay apariciones del santo invocado, en este caso San Dimas, el Buen Ladrón.

La repercusión que tiene el acontecimiento es incontenible. Las avalanchas de curiosos inundan el pueblo, y los timadores se asustan de un éxito que ellos no esperan fuera tan estrepitoso.

La realización resulta en algunos momentos deshilachada y, desde luego, a pesar de sus notables méritos, parece inferior a las otras producciones de Berlanga. La intención del film va dirigida no sólo al hecho que narra, harto frecuente en ciertos sectores de la población rural, aunque no tan definido, sino al milagrerismo de la vida española. Un poco, quizá, a este rogar sin dar con el mazo. Pedir sin dar nada a cambio. Y, si no, inventar milagros...

Un tema importante de cine y que, indirectamente al menos, está en relación con *Los jueves, milagro*, es el de los premios cinematográficos del Sindicato. Películas premiadas: *¿Dónde vas, Alfonso XII?*, *La violetera* y *15 bajo la lona*. Películas de concesiones a lo vulgar, superficial, comercial y aun político.

Otras, en cambio, las únicas que se preocupan de llevar un mensaje a nuestro triste cine de "farándula", son ignoradas, con lo que se contribuye a que la mayoría de nuestras creaciones artísticas se queden ayunas de originalidad dramática y de testimonio social de la vida española.

CÁTEDRA PÍO XII.

Con un programa extraordinariamente sugestivo, aunque no rigurosamente orgánico, ha reanudado sus tareas la Cátedra Pío XII, después de un silencio que ha durado, al menos, un par de años. Suena a nuestros oídos la noticia como póstumo homenaje al gran Papa perdido en el otoño último, muestra de que su magisterio infatigable, múltiple e inquietante continúa en vigor entre nosotros.

Abrió el curso don Enrique Miret Magdalena, presidente de la Unión de Graduados de A. C. E., entidad organizadora del ciclo, con un discurso en el que resaltó algo que más que una doctrina fué una actitud del Pontífice fallecido: su generosidad intelectual. Esta postura, que se revela de un modo muy particular, en uno de los documentos más importantes de su Pontificado, la encíclica "Divino affiaube", ofrece un doble aspecto y un serio contraste. Por una parte, la solidez de la doctrina cristiana, fundamentada en la revelación; por otra, una amplia libertad de investigación, basada en esa misma solidez, que no se asusta de la intrepidez, sino que, por el contrario, desea esclarecer hasta el máximo todas las cuestiones.

La primera conferencia de la serie ha estado a cargo del catedrático de griego don Eduardo Obregón Barreda, que hizo un análisis profundo de la situación de la juventud universitaria actual, señalando sobre todo los factores recesivos, que obligan a nuestros estudiantes a permanecer al margen de los problemas sociales, todos ellos en mayor o menor medida ambientales.

En realidad, la transformación de la sociedad española ha sido lenta e incompleta, y así no es de extrañar que los diversos ambientes ofrezcan un clima poco propicio para llegar a consecuencias últimas y posturas extremas. La tarea educacional se ha desarrollado constreñida por las mismas circunstancias y tampoco es por eso de admirar que los jóvenes carezcan en su mayoría de inquietudes que el conferenciante querría admirar en la nueva generación.

No es, sin embargo, admisible del todo, esta atonía social. El signo social, o más bien, socializante, de nuestro siglo, se ofrece cada día más, no como una aspiración, sino como un tópico. Se revela aún más este impulso cuando, lejos de la pasión reformista y de la violencia revolucionaria, la vida corriente nos ofrece un declive continuo, incluso inquietante hacia lo social. Cierto que falta la tarea consciente del agitador, ya del teórico intelectual, ya del activo, pero en cambio existe un fluir continuo inconsciente, lento pero inevitable, y por ello, alarmante, hacia la socialización.

Otra afirmación del conferenciante suscitó viva polémica. Pre-

tendió que el estudiante debía estar al margen de la política, y esto que hace años ya fué tema candente, produjo viva reacción en los interesados, que no comprendían el carácter deformante de una actividad que se les antojaba tan apasionante cuanto trascendental.

El segundo conferenciante ha sido don Manuel Alonso García, joven y brillante catedrático de Derecho del Trabajo en la universidad de Barcelona, y que, de acuerdo con su estilo, hizo un bosquejo riguroso y exhaustivo de lo que han de ser las relaciones entre la Sociedad y la Universidad, con referencias continuas a la realidad actual, perfectamente conocida por quien en pocos años se ha movido en tan variados ambientes universitarios.

La tónica general de su conferencia fué poner de relieve el divorcio actual entre Sociedad y Universidad, y la necesidad de una reconciliación amplia y basada en mutuas concesiones. Tal vez profundizando más en la situación actual hubiéramos podido llegar a poner en tela de juicio el papel que la Universidad desempeña en la actualidad, después de la grave crisis del Renacimiento y de haber agotado la oportunidad que le ofreció el centralismo liberal. Las tendencias actuales, tan peligrosas para el mundo intelectual, tienden a desmontar a la Universidad del sitio de privilegio que conquistó en el siglo XIX, y no es extraño que la Sociedad recurra a toda clase de armas, desde el desinterés hasta la mixtificación, para adaptar la vieja institución, ya harto desfigurada, a nuevas necesidades, nuevas ideologías y nuevos intereses.

En España, como en el resto del mundo, la mayor afluencia de estudiantes no supone en el momento actual un crecimiento proporcional del peso universitario en la vida española. Muy por el contrario, son los técnicos, los deportistas, los funcionarios, los que se llevan hoy día tras sí la mayor parte de la atención de la sociedad.

Haría falta saber si, por otra parte, la Universidad se resigna con su decadencia, y por un fenómeno de involución, pasa a contemplarse a sí misma, perdiéndose en el adocenamiento y en la rutina.

ENRIQUE PASTOR MATEOS.

NOTICIARIO ESPAÑOL DE CIENCIAS Y LETRAS

En reunión celebrada el día 20 de enero, el Consejo de Patronato de la **Fundación "Juan March"** ha acordado asignar la cantidad de 25.000.000 de pesetas y 200.000 dólares para atender las actividades culturales y benéficas que desarrollará la Fundación durante el año actual. La importante suma será distribuída de la siguiente forma: 1.500.000 pesetas para "Premios de Ciencias, Letras y Artes"; 3.000.000 para "Ayudas de investigación, 6.500.000 pesetas para "Becas de Estudios en España" y 1.700.000 pesetas para "Pensiones de Literatura y Bellas Artes". Serán destinadas 800.000 pesetas a "Premios de Literatura", cuya convocatoria se publicará oportunamente, y 11.500.000 pesetas se emplearán en atenciones culturales y benéficas. Los 200.000 dólares se destinarán a dotar "Becas de Estudios en el extranjero", cuya convocatoria también se hará pública en el momento oportuno.

* * *

En el salón de actos del Ayuntamiento de Valencia fué inaugurada, a mediados de enero, la **Exposición del poema "Mío Cid"**. El poema, en unión de otras reliquias y documentos históricos, han sido llevados a Valencia por su propietario, don Roque Pidal, quien los ofreció, a raíz de las inundaciones de dicha ciudad, con el fin de recaudar fondos con su exposición y ayudar a los damnificados. Entre los diversos objetos históricos figuraron la *Carta de Arras,* de don Rodrigo Díaz de Vivar; el pergamino de donación al obispo don Jerónimo, para la Catedral de Valencia, de rentas de algunos pueblos, que es el único documento firmado por el Cid que se conserva; la espada *Tizona;* el *Cristo de las Batallas,* imagen románica que el Campeador llevaba en todas sus campañas, y el famoso cofre del Cid. Con este motivo ha sido organizado un interesante ciclo de conferencias sobre temas cidianos, el cual fué abierto por el catedrático y crítico de arte don José Camón Aznar, quien disertó sobre "Arte prerrománico". El ciclo de conferencias ha incluído nombres tan prestigiosos como los de don Roque Pidal, el doctor Blanco Soler, don Gonzalo Menéndez Pidal y don Ramón Menéndez Pidal.

* * *

Fué celebrada, el día 31 de enero, en el salón de actos de la Real Academia Española, una solemne **Junta pública del Instituto de España,** conmemorativa de su fundación. Intervino primeramente don Rafael Lapesa, que habló sobre "El marqués de Santillana a los quinientos años"; seguidamente, disertó don Gerardo Diego sobre el tema "La lección de Argensola", y, finalmente, habló don José María de Cossío sobre "Baltasar Gracián". El acto fué presidido por el patriarca-obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay, con los presidentes de todas las Academias, y concurrieron numerosos miembros de las distinttas Corporaciones.

* * *

Como homenaje al malogrado compositor bilbaíno Juan Crisóstomo Arriaga, ha sido inaugurado en Bilbao, en el edificio de los Archivos Municipales, un Museo que llevará el nombre del célebre músico. Los fondos más valiosos del **Museo Arriaga** están constituídos por las doce partituras autógrafas de este compositor, recuperadas por sus sucesores. Dichas partituras van desde la *Obertura* (Op. I), compuesta por Arriaga a la edad de doce años, hasta el dueto *Agar,* una de sus últimas obras, compuesta en París, a los veinte años de edad, poco antes de su muerte. También figuran, junto a estos autógrafos, la totalidad de sus obras y las tres partituras de Mozart, Cherubini y Haydn que le fueron concedidas como premio en la *Escole Royale,* de París.

* * *

En un arenero situado en el kilómetro 7,400 de la carretera de Andalucía, conocido por el nombre de "Cualquier Sitio", han sido hallados los **restos de un elefante de la época cuaternaria.** El sitio, aunque alejado del río Manzanares, cerca del cual fué encontrado hace poco tiempo el fósil de otro elefante, es probable que en aquella época fuera inundado frecuentemente por grandes avenidas. Se calcula que el tamaño de este elefante recién hallado no sería inferior a los veinte metros y sus defensas miden unos cuatro metros. Los restos descubiertos, que hacen suponer se trate de uno de los hallazgos más importantes del cuaternario, serán cubiertos con una armadura de escayola y trasladados al Museo Municipal, donde se realizará su reconstrucción.

* * *

Comenzó el día 6 de febrero, en el Instituto de Cultura Hispánica, la **I Semana Nicaragüense Rubén Darío.** El acto fué iniciado con unas

palabras del embajador de Nicaragua en Madrid, don Manuel F. Zurita. Seguidamente, don Julián Marías disertó acerca de "Rubén Darío, un nivel y un temple literario". En días sucesivos pronunciaron conferencias don Gregorio Marañón, don Blas Piñar, don Gerardo Diego (éste en forma de coloquio con conocidos poetas españoles), don Luis Morales Oliver, don Antonio Oliver, don Guillermo Bustamante, don Dionisio Gamallo Fierros y don Eduardo Cepeda Henríquez.

* * *

Con el fin de despertar las inquietudes espirituales de la juventud y encauzar su vocación artística, se han celebrado durante el pasado año diversos concursos provinciales, organizados por la Delegación Nacional de Juventudes, a los que concurrieron varios miles de jóvenes artistas. De entre ellos han salido los concurrentes al **I Certamen Juvenil de Arte,** inaugurado recientemente en Madrid. La exposición ha incluído ciento dieciséis obras de muchachos de veintiséis provincias españolas. Un jurado, compuesto por prestigiosas personalidades, ha otorgado los numerosos premios establecidos para cada una de las secciones de pintura, escultura, dibujo y grabado a las más destacadas obras de los juveniles artistas.

* * *

A través de sus organismos sindicales, los editores españoles han solicitado que el Estado admita el pago del impuesto sobre beneficios de las empresas editoriales mediante la entrega de libros que irían a engrosar los fondos de las bibliotecas públicas. Los libros serían valorados al precio de venta al público, pero se entregarían por un importe igual al doble de la cantidad a que ascendiera el impuesto. De ser aceptada la propuesta, se calcula que por este procedimiento **medio millón de libros al año podrían nutrir las bibliotecas públicas** regidas por el Servicio Nacional de Lectura, las cuales disponen actualmente sólo de unos dos millones de libros, repartidos en unos ochocientos establecimientos. Entre las ventajas que ofrecería este sistema figuran la posibilidad de aumentar las tiradas, rebajando el costo del libro, y la de paliar en parte la actual crisis de la industria editorial, sin olvidar que los beneficios de los autores alcanzarían también cierto incremento.

* * *

Varios **nuevos académicos** han sido recientemente elegidos o han tomado posesión de su plaza.

El catedrático de la universidad de Madrid don Sixto Ríos ha

sido elegido académico de número de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Don Sixto Ríos últimamente había sido nombrado miembro del Instituto de Estadística Matemática de los Estados Unidos.

El domingo 18 de enero tomó posesión de su plaza de académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el pintor don Eduardo Martínez Vázquez. El discurso del nuevo académico versó acerca de "La pintura del paisaje y su gozoso recreo espiritual", y fué contestado por el secretario perpetuo de la Corporación, don José Francés.

También en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando fué recibido como miembro de número, el domingo 8 de febrero, el director del Museo Nacional Arqueológico, don Joaquín María Navascués y de Juan. Su discurso de ingreso, sobre el tema "Aportaciones a la Museografía española", fué contestado, en nombre de la Corporación, por el académico don José Yarnoz Larrosa.

* * *

Durante los trabajos de tendido de una canalización, realizados en la Travesera de las Corts, Barcelona, ha sido descubierta una **necrópolis romana** que, al parecer, data de mediados del siglo I de nuestra era. En su mayor parte la necrópolis está formada por sepulturas de tejas de diversos tipos. En dos de los enterramientos explorados se han encontrado diversos ajuares de importancia arqueológica, entre ellos un bello vaso cilíndrico y varias lucernas con relieves. La necrópolis no pertenece al núcleo romano de Barcino, sino a otro grupo de viviendas erigidas posiblemente en Las Corts. El cementerio debió situarse a lo largo del camino o *cursus* que allí existía desde tiempo inmemorial.

* * *

Un **curso extraordinario sobre "Convertibilidad de la Moneda y Mercado Común"** ha sido organizado por el Colegio Mayor de San Pablo, a través de su Centro de Estudios Universitarios. Don Emilio Figueroa y Martínez, catedrático y subdirector del Servicio de Estudios del Banco de España, dictó una conferencia sobre "Convertibilidad y problemas monetarios de la integración económica europea"; el catedrático y técnico comercial del Estado don Rodolfo Argamentería, habló acerca de "Cooperación económica europea", y, finalmente, don Manuel Fuentes Irurozqui, subdirector general de Política Comercial, disertó sobre el tema "Aranceles e integración económica europea".

Para cuantos trabajen en el campo de la Economía y sus ciencias auxiliares, la Biblioteca de la universidad de Madrid ofrece información en forma de un **servicio gratuito de extractos de artículos de revistas extranjeras en materia de Economía,** seleccionados y redactados por especialistas de alto nivel, peritos en documentación. La Biblioteca mantiene sus ficheros de extractos al día, integrados por más de cincuenta mil fichas de lo publicado desde 1950, a disposición del público. La información podrá solicitarse dirigiéndose a don Javier Lasso de la Vega, director de la Biblioteca Universitaria de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, calle de San Bernardo, 49.

* * *

En el Museo Naval, bajo la presidencia del ministro de Marina, almirante Abárzuza, ha sido inaugurada una interesante **Exposición de Marinas,** pintadas por el comandante de Armas Navales don Esteban Arriaga y por el teniente de navío don Guillermo González de Aledo. La exposición ha constituído una bella aportación al sugestivo tema del mar y los barcos.

* * *

Don Ángel Valbuena Prat, que está actualmente profesando un curso de Literatura española en la "Tulane University", ha sido objeto de un homenaje en Nueva York con motivo de la Asamblea de Profesores de Español de todos los Estados Unidos. En una de las reuniones de la "American Association of Teachers of Spanish and Portuguese", de la cual es miembro honorario, el señor Valbuena Prat fué presentado a la Asamblea, siendo acogido con un gran entusiasmo.

BIBLIOGRAFIA

UN DICCIONARIO DE FILOSOFÍA

La empresa de redactar un Diccionario de Filosofía resulta siempre tarea deslucida; el autor sabe de antemano que sus críticos le reclamarán que falta esto, y aquello, y lo de más allá. Ferrater Mora no se arredró ante esta dificultad inherente al género; y aspiró, ya que no a realizar una utopía de sí irrealizable, por lo menos a obtener una aproximación al Diccionario ideal. Profundo conocedor de la filosofía de nuestro tiempo, en cuya elaboración y crítica ha participado personalmente con valiosas publicaciones, dotado además de una visión clara del proceso que ha seguido la filosofía a lo largo de su historia, Ferrater Mora reunía las cualidades indispensables para llevar a cabo una empresa de aquella envergadura. Por otra parte, su postura de independencia frente a escuelas y tendencias le permitía situarse *au dessus de la mêlée,* exponer desapasionadamente doctrinas y sistemas y enjuiciarlos con imparcialidad. Ya desde la primera edición pudieron apreciarse en el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora dos excelencias: su modernidad y su objetividad. Es achaque frecuente de los diccionarios filosóficos, sobre todo de los escritos en lengua española, un cierto desconocimiento de la filosofía más reciente, debido a que sus autores viven, en buena parte, de espaldas al movimiento filosófico actual. Y ocurre, asimismo, que muchos de ellos están concebidos y ejecutados dentro de una concepción filosófica determinada, que restringe su capacidad de comprensión para otras corrientes y doctrinas. Ni uno ni otro inconveniente asoman en la obra de Ferrater Mora, que ha acertado a producirse con un equilibrio y serenidad envidiables.

Su *Diccionario de Filosofía* ha llegado en 1958 a la cuarta edición [1]. En el transcurso de los diecisiete años que separan esta edición de la primera, la obra ha ido elevando visiblemente su nivel y conquistando un mayor prestigio. La razón de esta ganancia se halla

---

[1] FERRATER MORA, José: *Diccionario de Filosofía.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958; 1.484 págs.

en el incesante esfuerzo de su autor por mejorarlo. Ferrater Mora, entretanto, ha viajado por América y por Europa, ha entablado relación con filósofos y escritores de los más diversos países y orientaciones, ha interrogado con una curiosidad insaciable, ha cuidado sus informaciones hasta el detalle nimio. Las sucesivas ediciones del *Diccionario* recogen el fruto de esa febril actividad. Para mí, la excelencia mayor que avala la obra de Ferrater Mora radica en ese afinamiento a que ha llegado a lo largo de sus cuatro ediciones. Como los vinos generosos, el *Diccionario* ha adquirido con el tiempo una más alta calidad.

Pero la mejora de esta cuarta edición significa un salto considerable respecto de la anterior. Al disponer de un año entero de descanso —el año sabático— según costumbre de las universidades y colegios en Norteamérica, Ferrater Mora se ha volcado en la preparación de la misma. Dijérase que, para corresponder al favor del público que lo utiliza cada vez en mayor escala, ha intentado ofrecerle la versión definitiva de su obra. El propio autor se explica en el Prólogo acerca de la mejora. Se han escrito 762 artículos nuevos; se han reescrito por entero otros 239, y se han ampliado o modificado sustancialmente 189 más. Se ha revisado el texto, se ha completado la bibliografía, y se ha añadido un cuadro sinóptico y una tabla cronológica, a manera de índices de los conceptos y autores expuestos. Más que por estas novedades, la calidad de la edición se advierte en otros dos aspectos: la organización interna de cada artículo que, aun sin sometimiento a una pauta única, ha sido elaborado o reelaborado metodológicamente con el propósito de obtener "la claridad máxima con la mayor cantidad posible de información"; y la introducción de materias nuevas, que habían quedado marginadas o insuficientemente atendidas en las ediciones anteriores. Ahora se tratan extensamente los temas de historia de la filosofía —por primera vez se ha dado entrada en crecido número a conceptos relativos a filosofía oriental—, metafísica, ontología, lógica, teoría del conocimiento y el grupo de las llamadas "filosofías de" —de la religión, de la naturaleza, de la ciencia, de la historia, del lenguaje, de la propia filosofía, etc.—. Los horizontes del *Diccionario de Filosofía,* como se ve, se han ensanchado considerablemente. Por esta amplitud temática, y a la vez porque su contenido se mantiene en el centro del más vivo interés del pensamiento filosófico actual, la obra de Ferrater Mora está ejerciendo una eficacia didáctica de primer orden sobre nuestras promociones de estudiantes, que lo manejan a diario a guisa de auxiliar indispensable.

A buen seguro, cuando de aquí a un tiempo Ferrater Mora se haya "desintoxicado" del enorme esfuerzo que le ha requerido esta

cuarta edición, por propia exigencia —y tal vez por reacción a las críticas que se le formulen— seguirá planeando otras ediciones aún más perfectas. Su juventud le permite todavía aspirar a la consecución de nuevas metas. Pero ya desde ahora la literatura en lengua española puede ufanarse de contar con un instrumento de valor inapreciable para la información y el trabajo filosóficos. Y no podemos olvidar que su meritísimo autor, sin mengua de su europeidad y de su cosmopolitismo, sigue siendo muy "nuestro", como vinculado por entrañable afecto a su querida Barcelona que le vió nacer.

JOAQUÍN CARRERAS ARTAU.

POLÍTICA Y COSMOVISIÓN

Que la política y la representación del mundo y de la vida van estrechamente unidas entre sí es algo de que no cabe dudar, hasta el punto de que si se puede hablar, y de hecho se habla, de una política "buena" y de una política "mala", es precisamente en función de esa dependencia en que la política se halla de la que los alemanes llaman "Weltanschauung" y que en castellano puede traducirse por "cosmovisión". Por donde política y metafísica vienen también a encontrarse en íntima conexión; porque el hombre, que pretende construirse una metafísica, hace entrar dentro de ella cuanto se refiere a la política, lo cual nada tiene de extraño si se tiene en cuenta que la metafísica pretende buscar respuesta válida a los problemas que al hombre acucian y que se ordenan en tres grandes apartados: el hombre mismo, el mundo y Dios.

Valgan estas reflexiones —y otras que se omiten en obsequio a la brevedad, pero que no por ello dejan de plantearse al lector si es él atento y ponderado—, que el autor de las presentes líneas se ha formulado más de una y de dos veces, frente a unos libros que han caído en sus manos y que han servido para ratificarle en aquella conclusión sobre el íntimo enlace entre política y metafísica, ya se considere ésta en su acepción clásica, ya se contemple con mente germánica o germanizante de "cosmovisión".

Decía que es el hombre quien se construye "una" metafísica que en la casi totalidad de las ocasiones es "su" propia y particular metafísica; por donde no pierde nunca validez —si se la entiende rectamente— la frase de Protágoras, para quien el hombre es la medida de las cosas. Porque si las cosas son, es en realidad el hombre quien les da su sentido definitivo. Díganlo las grandes doctrinas políticas y sociales en las que es fácil descubrir las huellas de su definidor. No ya en una dimensión "metafísica" o de "cosmovisión", sino incluso en estricta dimensión humana con todas las miserias inherentes a esta específica condición de hombre. Rebelión contra el orden de cosas en que vivimos y nos movemos por juzgarlo injusto; in-

tentos, a veces desesperados, de realizar un ideal que llevamos en nuestro interior; afán de hacer posible lo que es necesario... Y aquí, como diría Charles Maurras, radica la esencia de la política, que para él es eso precisamente: arte de hacer posible lo que es necesario, pero siempre —es preciso añadir— en función del bien común.

Por olvidar el auténtico sentido de este bien común falla el marxismo, como ha mostrado claramente Bochenski en su obra sobre el materialismo dialéctico, de la que hube de ocuparme en otro lugar [1]. Mas para explicarnos el marxismo es necesario que conozcamos a Marx.

Para ello podemos acudir al libro de Gignoux [2], que desde sus primeras páginas confirma lo que decimos en las líneas que preceden. "Generalmente se presume de conocer la doctrina, pero el hombre es con mayor frecuencia ignorado. Pues bien, su vida nos parece singularmente demostrativa. El marxismo no sería el marxismo si Marx no hubiese sido judío y prusiano, si no hubiese vivido en Inglaterra y en una cierta Inglaterra, si las particularidades de su existencia y de su carácter no le hubiesen colocado contra la sociedad de su tiempo y de todos los tiempos" (págs. 12-13).

Por eso el autor va marcando las sucesivas etapas de la vida de Marx, partiendo en un primer capítulo de lo que él llama "infancia y juventud del profeta". Nacido de una estirpe de talmudistas —"desde varias generaciones todos los antepasados de Marx, por vía paterna o materna, fueron rabinos" (pág. 17)—, heredó de ellos una mentalidad que se reflejará claramente en toda su producción científica.

Quizá también esta ascendente —unida a sus estudios universitarios y a la influencia hegeliana— explique la descripción que de Marx hace Weitling, quien se refiere a "la convicción profunda de que tenía por misión el dominar a los espíritus y dictarles las leyes. Tenía ante mí la personalidad de un dictador democrático, tal como la imaginación puede representarse a veces" (pág. 60).

No podemos —y es lástima— seguir a Gignoux en su análisis del hombre Marx, mas sí conviene no olvidar el capítulo IV —"La miseria sin filosofía"—, donde se traza un cuadro de la vida del autor de *El Capital* en Londres, donde se ve obligado a vivir en un barrio de tan mala fama como es Soho. Y comenta Gignoux: "Hay algo de insondable y de profundamente inhumano en el caso de ese profeta de la justicia social, que, amurallado en su orgullo y en la misión que se ha atribuído, tiene por subalterno el deber elemental, al cual se doblega el último de los proletarios: trabajar para alimentar a los suyos y no dejar perecer de miseria los hijos que trae al mundo" (pág. 107).

En síntesis. El hombre Marx —y "el estilo es el hombre", como dijo Ernesto Hello— "era un partidario fanático, un destructor de genio, orgulloso, dominador, desdeñoso, amargo... Es un profeta del Antiguo Testamento que ha esperado toda su vida una revolución que no ha llegado.

---

1 *Punta Europa*, núm. 33, págs. 123-125.

2 GIGNOUX, C. J.: *Carlos Marx*. Trad. de Francisco SABATÉ. Valencia, Fomento de Cultura, Ediciones, 1958; 289 págs.

Por esta razón es un eterno decepcionado...” (pág. 286). Pero, además, era un “filósofo, y filósofo prusiano, ocasionalmente llegado a ser economista de clase internacional”, que “ha utilizado materiales precipitadamente reunidos y que eran, naturalmente, los de su tiempo” (ibid.). De donde el escándalo que “consiste en transformar en breviario político y económico de 1950, textos que interpretaban la revolución de 1848”; razón por la cual “el marxismo es hoy tan utópico como los socialismos que le han precedido y que él ha considerado ridículos” (pág. 288). Y si, como quería Cristo, el árbol se conoce por sus frutos, mal árbol ha de ser el marxista, cuyo único fruto ha sido el comunismo, es decir, el asesinato de la libertad. “No pensamos, por tanto, dar eternamente valor ejemplar a un caso humano bastante monstruoso, buscar la verdad en contradicciones sin salida, ideas claras en un magma impenetrable y las leyes de la acción en una filosofía esclerótica” (ibid.).

Hácese, pues, preciso, buscar una fórmula que ayude a superar la crisis actual en que el mundo se ve hundido por culpa de una “Weltanschauung” errónea que en sus distintas interpretaciones trata de imponerse por todos los medios a su alcance: desde la penetración suave “de la mano abierta”, hasta la más cruel y sangrienta de las violencias. Y es que en esa cosmovisión se ha olvidado un elemento primordial: Dios.

Fué Chateaubriand quien apuntó la conexión entre política y religión, esa conexión que la doctrina católica ha ido marcando de modo constante desde los primeros momentos de la Iglesia por la pluma del evangelista San Juan citando palabras del mismo Cristo (por ejemplo, “non habebis potestatem super me ullam nisi tibi data esse desuper”, en Io., XIX, 11) y de San Pablo (por ejemplo, en Rom., XIII, 1).

De aquí que los Padres, los filósofos y teólogos, y más recientemente, y a partir del siglo pasado, los Romanos Pontífices se hayan ocupado de ir fijando la exacta doctrina en el orden de cosas que nos interesa.

La Biblioteca de Autores Cristianos no podía dejar de contribuir al más amplio divulgar ese magisterio que ha sido recogido en un volumen [3] encabezado con una “exposición sistemática de la doctrina pontificia acerca de la constitución cristiana de la Sociedad y del Estado”, debida a la pluma de Alberto Martín Artajo.

No es necesario insistir en que en filosofía política y en Derecho público, “como en todos los campos de la cultura, el pensamiento humano, cuando procede por tanteos de pura reflexión, incide con frecuencia en error y tiene que rectificarse constantemente. En el orden político, singularmente, cada cuarto de siglo se alza en el mundo una determinada ideología que avanza con aire arrollador hasta un punto y momento en que parece avasallarlo todo triunfalmente. Entonces, el sistema cae, muchas veces, con estrépito, para ceder el paso a una doctrina nueva, igualmente pujante y ambiciosa, llamada a correr la misma suerte”. Y es que, “sin un

---

[3] GARCÍA GUTIÉRREZ, José Luis: *Doctrina Pontificia. II. Documentos políticos.* Estudio preliminar de Alberto MARTÍN ARTAJO. Madrid, 1958; 184 + 1.073 páginas.

tercer término de la relación, que es, en todos los órdenes, el primero de ellos: Dios y sus derechos, carecen de explicación y de fundamento los otros dos: hombre, Estado; autoridad y libertad. De aquí la necesidad de apelar a una concepción teísta del orden político" (págs. 11-12).

No es posible aquí —y dada la limitación de espacio— entrar en el análisis del comentario de Martín Artajo. Recogeré su alusión a los llamados "grupos de presión" —calificados de "peligro grande del momento presente, dado el desarrollo y poderío que alcanzan así los sindicatos patronales y obreros como los grandes trusts y consorcios de carácter económico" (página 23), como también vale la pena apuntar que "el totalitarismo, ya sea comunista o burgués, es incompatible con la doctrina cristiana, y también con una auténtica democracia. Es, por naturaleza, enemigo de la verdadera opinión pública. Constituye un sistema contrario a la dignidad del hombre y opuesto al bien del género humano. Representa, en fin, un continuo peligro de guerra" (pág. 57). Mas no olvidemos que también "la democracia radical, a la postre, degenera en tiranía, que acaba con la dignidad humana y con los derechos del hombre como persona. En un Estado democrático, abandonado al arbitrio de la masa, la libertad se transforma en una pretensión tiránica, la igualdad degenera en una mecánica nivelación" (ibid.). Y es que, sabido es de sobra, democracia radical y totalitarismo encuentran sus raíces y fundamento en Juan Jacobo Rousseau, que ha surtido de argumentos a los propugnadores de uno y otro sistema político.

Un sumario sistemático de las tesis que se contienen en los documentos pontificios nos permite una visión de conjunto de la doctrina católica acerca de la constitución cristiana del Estado y de la sociedad; tarea difícil y enojosa en la que ha puesto su colaboración Venancio Luis Agudo.

La colección se inicia con la encíclica *Quanta cura* de Pío IX, con su natural corolario del *Syllabus* y un apéndice (colocado al principio del volumen) cierra la serie con el texto del discurso pronunciado por Pío XII (de gloriosa memoria) al III Congreso Nacional de la Asociación Italiana para el Consejo de Municipios de Europa, en 7 de diciembre de 1957, sobre "Municipio, Estado y Comunidad de Naciones".

Quizá pudiera discutirse si debiera haberse insertado la encíclica *Mirari vos* de Gregorio XVI como alguna otra del propio Pío IX (por ejemplo, la escrita con ocasión de la Comuna de París). Quizá otros lectores piensen que alguno de los documentos publicados rebasa el ámbito estrictamente político o tienen un valor puramente local. Por último, puede lamentarse la no inserción de la *Quadragesimo anno,* que tiene un contenido político en cuanto establece la doctrina católica del Estado corporativo.

Un índice de materias cierra el volumen, publicado con el esmero habitual en la Biblioteca de Autores Cristianos.

Fray Alonso de Castrillo fué un fraile trinitario que por el año de 1521 publicó un *Tractato de Republica*[4], que en veintinueve capítulos analiza

---

4 CASTRILLO, Fray Alfonso de: *Tractado de República.* Madrid, Edic. Instituto de Estudios Políticos, 1958; 238 págs.

problemas políticos al estilo de la época, con aparato de erudición en que San Agustín se mezcla con Marco Tulio y Aristóteles con San Isidoro. Pero Augustino e Isidoro son sus predilectos, y raro será el capítulo en que no se lea un pasaje de tan eminentes Padres de la Iglesia.

Del Estagirita es la definición de República (pág. 28), que le mueve a contar "para doctrina nuestra el concierto y las condiciones de las abejas, que parescerá cosa no poco maravillosa ver tan gran ejemplo en tan pequeño animal: y parescerán más vergonzosos nuestros defectos cuanto más virtuosos parecieren las costumbres dellas" (pág. 29).

Es, en síntesis, el libro del padre Castrillo, un buen exponente de la literatura política de su tiempo, sin grandes novedades en la doctrina, que es la común en el momento. Libro, pues, donde política y cosmovisión se juntan y hacen uno. Lástima que esta edición carezca de estudio preliminar o de notas que ayuden a situar autor y obra en su marco. Un índice de materias tampoco hubiese holgado ciertamente.

Mentalidad distinta, por no decir opuesta, es la de Lorenzo Ramírez de Prado, el autor de *Consejo y Consejero de Príncipes* [5]. Su personalidad queda bien definida a través del estudio preliminar de Juan Beneyto. Poseedor de una copiosa biblioteca con gran cantidad de libros prohibidos o expurgables, Ramírez de Prado se corresponde, además, con los escritores políticos de su tiempo y se decide a traducir los libros tercero y cuarto del *Thesaurus politicorum aphorismorum,* de Juan de Coquier, clérigo ilustre y patricio de Lieja.

Desde un primer momento nos advierte Ramírez de Prado —que adiciona comentarios y discursos de propia minerva, reveladores de su vasta erudición— que "consejo es aprobación que el entendimiento hace de lo que parece más conveniente para el fin que se pretende" (pág. 5); que la República es cuerpo y congregación de muchas familias, en comunidad de vida, sujetas al justo gobierno de una cabeza soberana. Y el Estado, conocimiento de medios, que se alcanzan por el consejo, industriosamente guiados al buen gobierno del señorío" (pág. 7).

Todo lo cual le lleva a señalar las condiciones que el Príncipe y sus consejeros han de reunir y cómo se han de haber en el desempeño de sus respectivos oficios.

Traslúcese en el libro al erudito liberado de prejuicios y que busca lo bueno donde quiera que pueda encontrarse, siguiendo el consejo del Apóstol. No en vano era Coquier amigo de Justo Lipsio y éste, a su vez, amigo de Bernardino de Mendoza, que lo era de Ramírez de Prado. Clave, como apunta Beneyto, para comprender a Maquiavelo en España.

Siempre, pues, política y *Weltanschauung* en íntima conexión que se traduce en el criterio y en la dirección de la obra escrita. Y siempre —ex-

---

[5] RAMÍREZ DE PRADO, Lorenzo: *Consejo y Consejero de Príncipes.* Edición y prólogo de Juan BENEYTO. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958; 236 páginas.

cusado es decirlo— en la obra realizada, vale decir en los actos llevados a término.

"Por sus frutos los conoceréis" es frase perfectamente aplicable a todos los hombres en todos los tiempos. Desde fray Alfonso de Castrillo hasta Carlos Marx. De donde la solidez de la doctrina o el que ésta se derrumbe más o menos estrepitosamente, arrastrando en su caída pueblos, regímenes y sistemas. Sistemas, regímenes y pueblos que han olvidado la constitución cristiana de la sociedad y del Estado; aquella que nuestro Quevedo llamó política de Dios y gobierno de Cristo.—*José Luis Santaló.*

UNA ANTOLOGÍA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

El relevante jurisconsulto y parlamentario mejicano don Alfonso Francisco Ramírez acaba de publicar en la capital de su país una excelente *Antología* [1], que sale al encuentro de la "necesidad de familiarizarse con las ideas que filósofos, políticos y notables hombres de Estado han expuesto en el decurso de los tiempos", conforme declara en el prólogo.

En toda antología la responsabilidad del autor estriba en su acierto selectivo y en la propiedad y mesura con que presente las piezas escogidas. La tarea del señor Ramírez merece el más amplio elogio en lo tocante a la excelencia literaria de las traducciones castellanas utilizadas y a la matizada proporción que guardan entre sí los fragmentos. No es menos plausible la preocupación didáctica con que el autor ha seleccionado esos pasajes, buscando primordialmente aquéllos que enseñen y orienten en el arte de la política práctica, y que eduquen al estadista y al ciudadano para desarrollar una sana y noble acción pública. Este anhelo docente y moralizador predomina sobre los imperativos científicos, de suerte que, en general, los fragmentos seleccionados suponen más bien aquéllos más edificantes y aleccionadores del autor considerado, que aquellos otros que le caracterizan individualmente dentro de la historia del pensamiento político.

El autor ha sido fiel a su estirpe concediendo en la selección honroso lugar a la doctrina política española, desde San Isidoro hasta José Antonio Primo de Rivera. Con la misma amplitud ha recogido los jalones más significados del ideario político de todos los siglos y países de Occidente, precediendo en cada caso una nota explicativa del autor tratado, que hubiera sido de desear contase con algún apoyo erudito, como también convendría que los fragmentos utilizados llevasen indicación de la obra a que pertenecen. En otras ediciones estos defectos —así como el del desorden cronológico de los textos y autores— podrán ser, sin duda, subsanados para que aumente el valor instructivo de esta antología, inspirada por tan encomiables ideales cívicos.—*Pedro Voltes.*

---

1 RAMÍREZ, Alfonso Fco.: *Antología del pensamiento político.* Méjico, Edit. Cultura, 1957; 510 págs.

GALVAO DE SOUSA, JOSÉ-PEDRO: *Política e Teoria do Estado.* São Paulo (Brasil), Ediçao Saraiva, 1957; 268 págs.

Merece una atención destacada la presente obra del profesor doctor Galvao de Sousa, catedrático de la universidad de Sao Paulo, obra que reviste igual interés desde el ángulo del Derecho como del de las ciencias políticas y sociales.

Nos presenta ahora reunidos en un magnífico y extenso volumen varios trabajos que, si bien aparecieron con independencia, poseen una tan estricta trabazón y continuidad, que forman un completo tratado de Política en el sentido clásico del término. La concepción corporativa —o *sociedalista* en expresión de Vázquez Mella— adquiere en las páginas de Galvao de Sousa una formulación sugestiva y profunda, vista a través de un prisma y de una problemática enteramente modernos.

Según una expresión muy acertada que se contiene en el Prefacio de este libro, "*totalitario* se opone a *local*". Muchas veces he pensado, en efecto, que el nombre de una nacionalidad actual —Francia, España, etc.— alude a realidades enteramente distintas cuando se oye de labios de un estatista totalitario y cuando lo emplea un tradicionalista o, simplemente, un hombre anterior al siglo XIX. Para estos últimos designa una formación histórica que desde orígenes familiares y municipales ha ido desarrollándose en una convivencia multisecular creadora de costumbres, instituciones y afectos comunes. Para un totalitario, en cambio, esos nombres designan una unidad primigenia e inmóvil, origen del poder y del derecho, de la que la vida nacional toda, en organismos y en individuos, es emanación o reflejo. Se trata, en unos, de un mero carácter común de índole histórica y emocional; en otros, de un concepto metafísico. Uno y otro lenguaje expresan mentalidades inconciliables, y la divisoria de su predominio marca también la de dos mundos en las relaciones políticas y sociales.

Tal división puede situarse históricamente en la primera Constitución francesa tras la Revolución que dividía a la nación en departamentos uniformes con nombres de ríos o de montes para borrar la imagen y el recuerdo de una asociación histórica de antiguos *países* con leyes, costumbres y derechos propios. *Francia* dejaba entonces de ser lo que esos países adquirieron de común en una historia confederada para convertirse en una supuesta unidad primigenia, panteística, anterior y superior a toda otra existencia de las que albergan sus límites geográficos. La centralización y el totalitarismo en definitiva se ponían entonces en movimiento.

El libro de G. de Sousa es una concepción coherente del sistema político tradicional, de aquella realización y dinámica histórica que constituyó la vida política de los pueblos y que cortó un día la mentalidad apriorística del racionalismo político. Por ello, los pilares sobre que edifica —y las dos primeras parte de su obra— son, muy acertadamente, el *municipio* y el *corporativismo*, es decir, una teoría del municipalismo autónomo como *conventus vecinorum* y de la corporación libre, hecha institu-

ción con vida propia y diferenciada.

Merece destacarse la alusión que hace el autor a la debatida y superteorizada cuestión del origen de la soberanía. Cita la frase del conde de Maistre: *la souveranité cache sa tete comme le Nil...;* pero opina que lo que oculta las fuentes del poder son las sutilezas metafísicas que no quieren admitir el hecho simple del origen y el hecho simple de su transmisión a través de los siglos. Ni la misión carismática de origen divino, ni la supuesta delegación del pueblo, representan otra cosa que teorías. *Ex facto oritur jus*: el poder se concreta en una supremacía de hecho —casi siempre en el origen de los pueblos— y se legitima en el ejercicio. "El hecho da origen al derecho, pero el derecho trasciende del hecho." Así, en la mayor parte de los países europeos, la legitimidad histórica existe como un hecho —sea vigente en el poder o desterrado del mismo—, por más que las teorías sobre su origen se mantengan siempre dispares y rivales.

Revisten un vigor extraordinario las conclusiones del capítulo "A Cidades e o Estado" con que cierra la primera parte del libro: "Tenía en otro tiempo cada individuo sus intereses íntimamente ligados a los grupos comunitarios autónomos sin llegar a percibir apenas la existencia del Estado. Pasaban todos, tanto el noble como el menestral, la mayor parte de sus vidas en el ambiente de familia en cuyo seno tenían el trabajo u ocupación. Cuando se atribuyó a Luis XIV la frase "El Estado soy yo", definíase la fisonomía de un régimen y la manera de vivir en una sociedad ajena a las mallas del Estado en su sentido moderno. El Estado se encarnaba en la persona del soberano y la sociedad tenía su propia vida en corporaciones autónomas.

"Muy poco se vive hoy, en cambio, dentro de la familia. Vívese para la ciudad o al Estado. La vida íntima, estable y diferenciada de la familia pierde así el encanto, la profunda intimidad de otros tiempos. El Estado penetra en la familia, la vida exterior estatificada es llevada al interior del hogar por la radio y la televisión, y lo que había de peculiar y típico en las mansiones domésticas, va así desapareciendo. Aparentemente las novedades al alcance de todos hace la vida más variada. Pero en el fondo esta novedad esconde una tremenda monotonía: la vida es igual en todas partes, es trepidante pero inauténtica, artificial, siempre ocupada pero angustiosa.

"Las grandes ciudades del mundo son todas iguales o semejantes. Los seres humanos estandardizados de que hablaba Taine no pertenecientes a ningún siglo ni a ningún país son los habitantes de nuestra época, los ciudadanos de magalópolis. La ciudad abstracta y funcional es el *habitat* de los individuos abstractos. La ciudad absoluta de la visión spengleriana es el soporte del Estado y totalitarismo.

"La megalópolis se transformará después en la cosmópolis, pero ello representará el agotamiento de un ciclo de cultura, el fin de una épica. La vida humana tendrá que reconstruirse volviendo a las condiciones humanas de convivencia política, al municipio como germen y elemento del Estado y al orden

natural de los campos como base de estructura económica."

Son las partes siguientes de este libro: "La representación política", "Libertades personales y libertades locales", "Una revisión del Derecho político". Merece destacarse la distinción tan clara que el autor establece entre nación y Estado, cuya confusión es origen del estatismo ambiental de nuestra época: "La nación está más ligada a la idea de familia (de *nasci* en ambos casos) y el Estado únese a la idea de comunidad local o territorial. Los judíos en el desierto formaban una nación, aun sujetos antes a la soberanía del Faraón. Pero sólo se constituyó en Estado cuando Josué traspuso los muros de Jerusalén y fijó allí el pueblo con una autoridad independiente."

En ésta como en todas las páginas del libro resplandece una claridad y sencillez de conceptos, una trabazón tan fácil y armoniosa, que producen al lector una impresión reconfortante dentro del enrarecido ambiente teorético que domina en el moderno derecho político.—*Rafael Gambra.*

E. LEUCHTENBURG, WILLIAM: *The Perils of Prosperity.* Chicago, University of Chicago Press, 1958; 313 págs.

En la trayectoria de la evolución histórica más reciente de los Estados Unidos de Norteamérica, los años que transcurrieron entre el 1914 y el 1932, fueron acaso los esenciales respecto a los cambios que convirtieron a la Unión norteamericana en potencia mundial. A la vez se alteraban entonces todas las normas políticas, sociales, económicas y de la vida privada. Sin embargo, sobre aquellos años han solido circular hasta ahora ideas y sensaciones más afectas a lo imaginativo que a lo documental. En sentido general se ha atendido al detalle de aspectos parciales sueltos, tales como el de los programas del presidente Wilson, el de la gran depresión económica, o los aspectos pintorescos de la Ley seca y el Ku Klux Klan. Entre los norteamericanos mismos se ha añadido la tendencia creer que los desviamientos y los excesos de aquellos tiempos (en los cuales se extendió por el mundo el concepto de un "American materialism") fueron sólo una especie de pausa, como si el pueblo estadounidense entero hubiese tomado unas vacaciones fuera de la moderación de sus virtudes tradicionales. Sin embargo, es lo cierto que aquellos años no fueron algo aparte dentro de la historia norteamericana, sino que se explicaron por muchos antecedentes que oscura y lentamente, pero con insistencia, se habían ido acumulando durante todo el siglo XIX.

El profesor William E. Leuchtenburg, que después de haber actuado técnicamente como profesor de historia en las universidades de Columbia, Nueva York y Harvard, forma parte desde 1956 del Seminario de Estudios Americanos, ha colocado ahora en su centro exacto aquellos años que, gracias a su labor, quedan ahora encajados dentro de la trayectoria histórica total. En su libro que sobre los peligros de la prosperidad de su país ha publicado la universidad de Chicago, no sólo trata de reconstruir

documentalmente los hechos de aquel período, sino su espíritu. Sobre el propósito y la realización, esta obra responde a la vez a dos conceptos de las obras de reconstitución histórica: es decir, ofrecer una presentación cronológica de un período esencial de la historia norteamericana que había quedado desarticulado, y, además, ser una reconstitución documental de un cuadro completo de vida. Los aspectos principales de una y otra finalidades son: los catorce puntos de Wilson, lo que se llamó política de normalización, la actitud de Estados Unidos hacia Europa, la civilización estropeada y la revolución en lo moral, la segunda revolución industrial, el fundamentalismo político, el crecimiento de las grandes ciudades, las oleadas de la especulación y la depresión posterior... Todo hasta la elección en 1932 de Franklin D. Roosevelt.

Bibliográficamente, el libro de William E. Leuchtenburg queda articulado dentro de la serie que, con el título de *The Chicago history of american civilization,* no sólo comprende obras cronológicas sobre el nacimiento de Norteamérica, la guerra de Secesión, Norteamérica después de 1945, etc., sino obras de sectores humanos como el del catolicismo y el judaísmo dentro de Estados Unidos. Técnicamente trata de buscar una comprensión objetiva tan alejada de la apología como de la censura moralista. Documentalmente su mayor utilidad puede ser la de abarcar un período sobre el cual eran escasas las visiones de conjunto. Para los lectores ajenos a Norteamérica presenta también utilidad el encuentro con una obra gracias a la cual se corrigen las tendencias a creer en un ilimitado "leadership", que queda muy condicionado por las realidades de las imperfecciones más imparcialmente observadas.—*Rodolfo Gil Benumeya.*

SICÉ, STANISLAS: *La France requiert.* París, Éditions André Bonne, 1958; 328 págs.

Antiguo comandante de un submarino, que se aventuró en las turbulentas aguas de la "política", Stanislas Sicé fué alcalde del Distrito XVI de París, de 1946 a 1951. Entre las funciones políticas, las que desempeñan en Francia los "Maires", gozan, y con razón, del respeto de todos. Aquéllas ponen a estos últimos al servicio de la "Cité", y al servicio de una población que, de un modo natural, recurre en muchas necesidades a sus Ayuntamientos respectivos. Como viene a recordarlo el general Weygand en el prefacio, la función de alcalde "es una buena escuela". Stanislas Sicé que, por su vocación de marino, se sentía ya inclinado al servicio del país, ha contraído así un sentido de la abnegación por el bien público.

El libro que acaba de escribir tiene gran interés, ya que refleja fielmente el estado de espíritu de un francés de 1958 ante los dramas políticos y sociales que turbaron a su país y que acabaron con la revolución del 13 de mayo y la V República; se ven claramente en su obra las preocupaciones actuales de un político de derechas para el que, a pesar de todo, ve a Francia vigorosa y sana en sus cimientos, si

bien es víctima de deficientes instituciones que se apoyan en los defectos del pueblo francés y les vigoriza. El autor desmonta una a una las piezas del mecanismo gubernamental y explica el funcionamiento y las taras a la luz de las deficiencias políticas. Francia, herida, acusa. Pone de manifiesto las miserias de las luchas partidistas, la desaparición de los grandes intereses nacionales, los desbordamientos, las divisiones de la Asamblea Nacional de la IV República, la inestabilidad, la debilidad, la irresponsabilidad de los gobernantes, su impotencia por el bien público y el descorazonamiento y la renuncia de las élites. Contiene esta obra un importante capítulo que trata de la influencia de estos defectos en la administración de las finanzas francesas, y que viene a demostrar cómo Francia, un país de tan excelentes recursos naturales y de tan excelente producción industrial, conseguida por sus hijos, se ve periódicamente en la ruina.

El remedio lo ve el autor en una restauración del Estado, que debe volver a asumir su papel de representante de la nación de una manera estable, y de protección de sus intereses esenciales. En el seno del Estado restaurado, el poder ejecutivo debe, por su parte, volver a asumir la autoridad y la responsabilidad del gobierno de la nación; finalmente, la representación nacional debe cesar de usurpar terreno al poder ejecutivo, debe ser restituída a su verdadera función creadora y de control del Gobierno.

M. Sicé señala cómo podría obtenerse la mayor parte de estos resultados mediante una ley electoral apropiada. Se inspira para ello en el sistema parlamentario inglés, que funda el poder ejecutivo en una mayoría y confía su control a una oposición. Ambas están sólida y claramente constituídas. Para él, este sistema constituye el grado más avanzado y perfecto de las democracias modernas. Llega incluso a sugerir la introducción en el Consejo de Ministros, como ministro de Estado, del jefe de la oposición, puesto así en presencia de todas sus responsabilidades y en condiciones de conservar, si el poder para ello es de su incumbencia, la continuidad del sistema estatal. Es digno de tenerse en cuenta el hecho de que tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se observe la misma tendencia a asociar al jefe de la oposición a la solución de los grandes problemas nacionales. Un suceso político, éste, muy interesante, que está haciendo ya mucho ruido en los medios políticos franceses. Este libro, escrito en 1958 antes de los acontecimientos que vieron la caída de la IV República, tiene un interés documental de primer orden a este propósito.—*Juan Roger*.

NOVEDADES HISTORIOGRÁFICAS DEL MUNDO MODERNO

El sentido del pasado.

Los malabarismos seudofilosóficos de los historiadores profesionales en torno al concepto de Historia me han parecido siempre desproporcionados con respecto a la tarea específica, "concreta", de su profesionalidad. Puestos luego en parangón esos pinitos filosófico-históricos con las sistematizaciones, perfectamente logradas, de los filósofos profesionales —en nuestro caso, teóricos sobre la Filosofía de la Historia—, la desproporción se dobla de petulancia. Esto me lleva de la mano para afirmar que el historiador profesional, repito, dedicado a una parcela concreta del vasto campo histórico, podrá sentirse obligado a informarse sobre las disquisiciones referentes a la ontología y axiología de la actividad que despliega habitualmente; pero no a teorizar. Quien tal hiciere, una de dos: o se apartaría del terreno concreto, recalco, de la Historia para cultivar de lleno la Filosofía —actitud legítima— o, marginalmente, gustaría de codearse con la flor y nata de los pensadores que a estos estudios se han dedicado, de Vico a Haecker. Para no herir susceptibilidades, omito el calificativo que esta última actitud me merece.

Cosa muy diferente es intentar la aprehensión imaginativa del pasado. Los intentos de esta especie presuponen la exigencia, en el historiador, de los privilegios de que habla Bauer: don de captar la poesía, fantasía creadora, poder de adivinación y don de relacionar. Registraremos que los cerebros entecos, hinchadamente doctorales, imposibilitados de alcanzar las cimas de los privilegios relacionados, desdeñarán en toda ocasión aprehender imaginativamente el pasado, contentándose con editar trescientos mil documentos sin prólogo ni epílogo ni una sola nota. De esta asepsia equina no participó, claro está, la historiadora C. V. Wedgwood en la conferencia que el 11 de marzo de 1957 pronunciara en Cambridge en el seno de una docta corporación. Nos llega ahora el texto [1], del que procuraré entresacar las ideas de mayor enjundia.

Abundando, con trazos originales, en el factor motriz de la investigación a que aludieron los más grandes historiadores que nos han precedido —hoy, Trevelyan, por su mayor prestigio—, miss Wedgwood empieza por asegurarnos que sin el ímpetu romántico, sin el deseo de trasladarnos de una a otra edad, de imaginarnos, o de participar en los pensamientos y sentimientos de tiempos remotos, la

---

1 Wedgwood, C. V.: *The Sense of the Past. The Leslie Stephen Lecture, 1957.* Cambridge University Press, 1957; 27 págs.

investigación histórica carecería de un elemento esencial. Nos trae a la memoria al poco sentimental Gibbon confirmando el aserto de Cicerón acerca del "poder de admonición ínsito en los lugares", se entiende, históricos. Y nos recuerda también a Gibbon y a los grandes poetas para adscribir a los objetos muebles el poderoso encanto que de ellos se desprende al saberlos usados por generaciones, unas famosas, otras muertas y olvidadas. Revive la autora su íntima emoción, en sus pesquisas documentales del Seiscientos, al ver desprenderse del papel algún granito de arena pegado a la tinta durante tres siglos.

Y las citas se suceden, inteligentemente recogidas por miss Wedgwood: March Bloch, convencido de que el historiador sólo puede reconstruir el pasado tomando a préstamo la experiencia diaria de su propia vida; Jacob Burckhardt esforzándose a que cada uno de sus oyentes "tomara posesión independiente" de lo que personalmente le atrajera; Walter Scott, puesto de manifiesto por Leslie Stephen, al observar que nuestros antecesores "habían realmente vivido como nosotros vivimos ahora". Frase esta última que produjo honda impresión en Leopold von Ranke. Algo parecido a lo que indujo a March Bloch a reconocer que "los lectores de Alejandro Dumas podían ser, en potencia, historiadores". La cabal aseveración de Lessing de que el poeta es dueño de la Historia —*der Dichter ist Herr über der Geschichte*— alienta inconscientemente en la "simpatía" con que los mejores historiadores se adentran en sus estudios preferidos y en el moroso trato que dedican al medio ambiente, a las diversiones, las costumbres y formas de vida de todos los estratos sociales, el alimento y la bebida, así como las corrientes de pensamiento y de fervor religioso, elementos que ayudan hoy a un más integral estudio y conocimiento de la Historia. Al mezquino reproche de que esta actitud pueda conducir a una pintoresca idealización y poetización de la Historia, miss Wedgwood opone la apreciación más humana y vital del destino y acciones de los hombres que nos precedieron, y el aliento que el investigador encuentra en tal actitud para una más depurada y plena concepción del pasado.

Lecturas históricas.

Una constante dificultad afrontada por los profesores de Historia en los institutos de Enseñanza Media y en los cursos generales de la universidad es la de coordinar el libro o libros de texto con lecturas históricas sacadas de las propias fuentes. En la base, un problema pedagógico y educativo entre los muchos que merecen mayor atención que la que se les concede por cuantos, lo mismo en los ins-

titutos que en las universidades, olvidan que el primer precepto legal de sus funciones es el de forjar recias voluntades profesionales, no sabios. La edición de lecturas históricas data de bastantes años atrás, pero nunca se han tenido a mano las necesarias para desarrollar armoniosamente todos los cursos, tal vez por fallo de sutileza o de técnica en el seleccionador de los, forzosamente, fragmentos. Con sus defectos, prestarán siempre inapreciables servicios tales lecturas, sobre todo cuanto más pongan de relieve el personaje o acontecimiento dignos de estudio y cuanto más se acerquen las fuentes a los tiempos a que se refieren. A los dos requisitos se ajustan con loable intención dos obras de aparición reciente.

Es la primera una sobre historia europea editada al otro lado del Atlántico [2], y cuyo contenido abarca desde los griegos hasta nuestros días, o, puntualizando, desde la batalla de Marathon en 490 a. de C., hasta la estructuración de la UNESCO, implícita en la Carta de la ONU de 1945. En los veinticinco siglos cuyo panorama se despliega en estas páginas, animadas por textos famosos y otros no menos venerables y plausiblemente auténticos, el profesor de Historia podrá apoyar sus lecciones sobre el pasado social, económico, político, religioso, intelectual y artístico del continente europeo. Como el análisis, imposible en toda su extensión, nos llevaría a convertir el comentario en índice de materias claramente especificadas en las quince páginas iniciales de la obra, me limitaré a recomendar su adquisición a todos aquellos profesores de historia general o de España —con visión universal—. Y si tuviera que relacionar algunas piezas maestras, no olvidaría la defensa de Catalina de Aragón ante el Legado Pontificio (en 1529) a los diecisiete años de su matrimonio con Enrique VIII, ni las cartas de los Függer haciéndose eco del apresto y desastre de la Armada española (del 30 de mayo de 1587 al 24 de diciembre de 1588). Ciencia, romanticismo y progreso material; diplomacia, revolución, imperialismo, beneficencia y guerra son epígrafes abundamentemente documentados en estas completísimas lecturas.

La segunda obra no ha pasado quizá por cedazo tan sutil como el usado por los seleccionadores y anotadores de la anterior, pero aun así cumple con la finalidad propuesta —más educativa que erudita— de proporcionar lecturas a cuantos se ven constreñidos a seguir la pauta de un texto o programa, en este caso, los referidos al Quinientos, ¡siglo de poder para la Monarquía Española! Su cabeza visible

---

2 READINGS IN EUROPEAN HISTORY: *Compiled and edited by Leon Bernard and Theodore B. Hodges.* Nueva York, The Macmillan Cº., 1958; 514 págs.

es, en lo teológico, el defensor de la fe; en el terreno económico, el propietario de las minas de oro y plata; en lo militar, el capitán de los famosos tercios. Nos lo recuerda el seleccionador en su bien meditado prólogo [3], en el que echamos de menos, sin embargo, el eco de la esclarecedora conjetura del duque de Maura en su penúltimo libro [4] sobre si el designio de la Armada era el de facilitar la creación de una grandiosa comunidad Atlántica de naciones católicas... Apresurémonos a escribir que España, nación mesiánica, perdió ya gran parte de su fe en el último decenio del XVI. Se capta, aun cuando no lo señale Díaz-Plaja, al releer —y comparar— los documentos, de 1500 a 1599. Se diría que, sin perder la confianza en la grandeza de la Monarquía, el fervor y el entusiasmo primeros pierden en ímpetu lo que ganan en madurez. Pero volviendo a la Colección, felicitémonos de que los cuatro volúmenes que la componen hasta ahora —siglos XVI, XVII, XVIII y XIX— se verán continuados por una nueva serie dentro del siglo XX, abarcando el primer tomo, ya en preparación, de 1900 a 1923.

HISTORIAS GENERALES.

Varias de ellas ocuparán nuestra atención en estas páginas, de muy desigual horizonte unas de otras, pero respondiendo todas cumplidamente a esa necesidad periódica de contar con visiones de conjunto beneficiadas de la investigación parcelariamente desparramada. De antemano, tranquilicemos a los críticos exigentes [5] certificándoles que las objeto de este comentario no dicen lo mismo, enriquecen por el contrario las anteriores y no pecan por centonismo.

Es la primera una nueva y sugestiva Historia de España, por varias razones que no estará de más relacionar. Ante todo porque el autor, por extranjero, estaba menos tentado a escribir la historia española como él hubiese querido que fuese y no como, probablemente, ha sido... A seguida, conviene declarar que el autor, el profesor Livermore [6], admirablemente informado, dió al que esto escribe, cuatro años atrás, en el propio Londres (Canning House), una lección de castellano neto y sonoro a través de una conversación que, sin cambios

---

[3] EL SIGLO XVI *(La Historia de España en sus documentos)*, por Fernando Díaz-Plaja. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958; 818 págs.

[4] MAURA, DUQUE DE: *El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible.* Madrid, Javier Morata, 1957; 283 págs.

[5] Entre ellos a mi querido amigo el catedrático de la universidad de Madrid don Carmelo Viñas, con referencia a un texto suyo publicado en estas mismas páginas. (V. ARBOR, núm. 157, enero 1959, pág. 35.)

[6] LIVERMORE, Harold: *A History of Spain.* Londres, George Allen and Unwin, Ltd., 1958; 478 págs. + 8 mapas.

de matices, pudo haberse desarrollado igualmente en la Puerta del Sol. A la maestría filológica se deberá, sin duda, la escrupulosa transcripción de la toponimia y frases en los tres idiomas peninsulares de mayor vuelo, maestría remachada en los índices y mapas. Entre otras razones a las que aludíamos tendremos la de ser ésta una historia elaborada y no, simplemente, cosificada; la de haber tenido en cuenta los factores social y económico a par de los políticos y espirituales; finalmente, la de no echar en olvido el sabio consejo oriental sobre la seriedad, propia ésta de los filósofos, ciertamente, pero también de los... Plateros. El profesor Livermore tiene buena pluma para la ironía.

Hablemos de la obra. Con muy buen criterio, prescindió el autor de prólogo. No quiso pasarse de listo ni de cargante, como tantos escritores políticos a quienes hemos tenido que soportar sus juicios sobre la historia española. Para otro libro reserva el profesor Livermore la interpretación de nuestra historia, que en éste que comentamos se da con la objetividad, la serenidad y el desenfado, de que se encuentran ayunos tantos originales rastreros como se vienen escribiendo. Podremos anotar, sin embargo, algunas ligeras conclusiones ofrecidas en brevísimo epílogo: la huella evidente —y compleja— de la Reconquista; la certeza de que la historia española rebasa los estrechos conceptos de raza y cultura; la perenne y doble influencia reflejada en la experiencia vital hispánica, torrencialmente invasora por las dos puertas de su discutidísimo paraíso semicontinental, la pirenaica y la del Mediodía; la artificiosidad de su unidad política, por aquello tan repetido de que la vitalidad de los reinos fué siempre superior al esplendor de sus reyes; el anhelo de justicia —objetivo supremo de la organización social—, anhelo más cordialmente humano que el idealismo, formado de pensamiento que provoca desilusión y acaba en tragedia.

Escribí antes que el autor demuestra excelente información, a pesar de no prodigar aparato crítico ninguno. No lo necesita para dar una síntesis propia, personal y honorable, de la Historia de España. Reconoce el peso, como precedente europeo, de las Cortes de León de 1188 y las de Cataluña de 1214. Señala la heterogeneidad social, frente a la creación política de la Corona de Aragón. Pone de relieve lo anacrónico de la *universitas christiana* con que soñara el César, último Emperador medieval, y la impronta, en el carácter de Felipe II, de las diecisiete defunciones de miembros de su familia cuyos funerales tuvo que presidir. Con una frase ingeniosa traza la semblanza del conde-duque al recordarnos que, durante veinte años, se complugo en alargar a Felipe IV por la mañana la camisa, por la tarde la escopeta de caza y, al anochecer, los papeles ordenados a su albedrío. Atento observador de los españoles al margen de la vida

oficial y cautelosamente reflexivo sobre los libros que los españoles pretéritos nos legaron, al profesor Livermore no le podía pasar por alto la poderosa biología que permitió recobrarse a la nación al parecer postrada, una y cien veces, bajo los Borbones. Y no es de poca monta la cruda realidad, ampliamente documentada, de que los trece primeros años del reinado de Felipe V costaron infinitamente más a la Monarquía española que todo un siglo de "decadencia" habsburguesa. Para terminar la anotación de los rasgos más salientes de esta magnífica síntesis, término que se impone en lo contemporáneo por la explosiva alianza de falta de perspectiva y sobra de apasionamientos, traeré a colación la duda que despierta en el autor el éxito que se prometiera Narváez al repetir que "gobernar era resistir". Narváez y cuantos le quisieron imitar después.

* * *

Sale a la luz pública el tercer tomo de la Nueva Historia Moderna de Cambridge, segundo de la serie, dedicado a los tiempos de la Reforma [7]. El editor de la obra, autor asimismo de la introducción maciza y sugerente, es el profesor G. R. Elton. Sin conceder mayor importancia a la división cronológica que la tradicional y útil —para entenderse en la que debiera ser hermandad de historiadores—, se encuadra el acaecer histórico contenido en este tomo entre los años 1520 y 1559, fechas significativas, y la última, para los españoles, más todavía. El hecho cierto de la endémica divergencia religiosa —incluso herejía— en los siglos medievales, y la áspera y perdidosa lucha pontificia para imponer su autoridad —sobre todo a partir de Bonifacio VIII— quitan categoría al período conocido por antonomasia por la Reforma. Pero hay que entenderse, repito, y el profesor Elton lo consigue, perfilando lo que para esta edad latía ya en germen: secularización, ascendencia de los príncipes sobre la Iglesia, disidencias en cuestiones de fe, fenómenos que ahora se generalizan y ganan terreno. Las "nuevas" iglesias se colocan en la ofensiva y así se mantienen hasta la tercera sesión del Concilio tridentino, en 1559, en que Roma pasa al ataque. Otras fechas podrían agavillarse en torno a la últimamente reiterada, pero el profesional las recordará con facilidad. No debe soslayarse la realidad de que, en sus comienzos y en su esencia, la Reforma fué un movimiento del espíritu con mensaje religioso.

Por otra parte, subrayemos que, en general, no fué la Reforma un movimiento en pro de mayor libertad. El Protestantismo en todas

---

[7] THE NEW CAMBRIDGE MODERN HISTORY. II. *The Reformation.* 1520-1559. *Edited by G. R. Elton.* Cambridge University Press, 1958; 686 págs.

sus formas rechaza la autoridad del Pontífice Romano, pero la sustituye por otras y se opone al individualismo. Al erigir la Biblia en suprema autoridad, las variadas sectas protestantes se muestran contrarias a la libertad del pensamiento, tanto, como respetuosas de la magistratura principesca. Añadamos que es edad de partidismo apasionado, de estrechez de miras y de uniformidad. Antes del *cuius regio eius religio*, de 1555, los tiempos no estaban maduros para concebir dos creencias o cultos en una unidad política. La disidencia religiosa equivalía a traición. El resto de manifestaciones —con frecuencia producto de codicias y ambiciones— se fué añadiendo a la estampa tradicional, nada democrática, tengámoslo en cuenta. Esta característica se agudizó para el Este europeo donde el feudalismo se fortalecía a medida que desaparecía en el Oeste.

Frente a las "expresiones geográficas" de centroeuropa, el profesor Elton destaca los contornos de las monarquías inglesa, francesa y española, de poderoso crecimiento. En el proceso no olvida señalar, por ejemplo, junto a los lazos comerciales que unieron siempre a Londres con Amberes, el viejo antagonismo con Francia, que explica las simpatías inglesas por los imperiales, incluso después del divorcio de Enrique VIII. La impudicia realista de la época abona aquí lo anacrónico de los sueños imperiales de Carlos V a que nos referíamos más arriba. Pero como poner de relieve los aspectos fundamentales de este jugoso tomo nos llevaría más páginas de las que disponemos, tendré que contentarme con relacionar las distintas monografías que lo avaloran. El cambio económico lo estudian los profesores Friedrich Lütge, de Munich, y J. T. Bindoff, de Londres. El profesor E. G. Rupp, de Manchester, estudia a Lutero, la Reforma germánica y la suiza —de los anabaptistas se ocupa Ernest A. Payne—. El profesor N. K. Andersen, de Copenhaguen, sigue paso a paso la reforma escandinava y báltica. A su vez, la lucha ideológica, social, económica y política promovida por la subversión religiosa la vemos analizada por los profesores Ernst Bizer, de Bonn, R. R. Betts, de Londres, y F. C. Spooner, de Cambridge. La Reforma en Inglaterra es objeto de estudio del profesor Elton, ya reiterado. El profesor Delio Cantimori, de Florencia, desarrolla el panorama que ofrece Italia y el Papado en estos años. Las nuevas órdenes religiosas son analizadas por el profesor H. O. Evennett, de Cambridge; el Imperio de Carlos V en Europa, por H. Koenigsberger, de Manchester; la rivalidad entre los Valois y Habsburgo, por F. C. Spooner; las tendencias intelectuales, por el profesor Denys Hay, de Edimburgo, y A. R. Hall, de Cambridge; el desenvolvimiento constitucional, por los profesores Elton y Betts; el ejército y la marina, por J. R. Hale, profesor de Oxford; el Imperio otomano, por V. J. Parry, de Londres;

Rusia, por J. L. J. Fennell, de Oxford; el Nuevo Mundo, por J. H. Parry, profesor de Ibadan, en Nigeria; finalmente, las relaciones de Europa con el Oriente las estudia J. A. Mac Gregor, profesor de Ghana, ya fallecido.

* * *

En este apartado de obras generales cabe incluir la utilísima guía bibliográfica que sobre Hispanoamérica ha escrito el profesor de la universidad de Londres R. A. Humphreys [8]. Saben los especialistas que en la frondosa selva de la bibliografía a propósito del Nuevo Mundo, la contribución anglosajona es de enorme volumen. A ésta ha dedicado sus desvelos el profesor Humphreys, es decir, a la escrita en lengua inglesa. Y va dirigida la guía lo mismo al curioso lector integrante del gran público culto que al universitario estudioso de la historia hispanoamericana, incluso, recalca el autor, al profesional.

Desde luego, se trata de una bibliografía selectiva, encaminada a orientarse en la selva enmarañada a que antes me refería. Mientras no se lleve a cabo una guía completa —no fragmentaria— de la Bibliografía existente, en torno a la Historia Hispanoamericana, en las lenguas española, portuguesa, italiana, francesa y alemana, habrá que saludar la edición de la guía que nos ocupa en lengua inglesa como una de las más felices tentativas en este campo, en el que tanto Inglaterra como Norteamérica han trabajado afanosamente en el último medio siglo. Aceptando toda historia como interpretación, en su más amplio sentido, será ésta una interpretación de la historiografía sobre Hispanoamérica en lengua inglesa, repito. El autor no abarca, sin embargo, ni la arqueología ni la etnología, ni las áreas especializadas de la geografía o la literatura propiamente dichas. Con todo, las secciones en que está dividida la guía proporcionan valiosa información en todas las ramas posibles de la investigación histórica hispanoamericana.

Una esquemática relación de su contenido dará idea de la utilidad de este libro: obras generales de referencia, bibliografías y guías, publicaciones periódicas, historias y ensayos generales, el medio geográfico, antiguos pueblos y culturas, el Imperio Hispano en América, los portugueses en el Brasil, las guerras por la emancipación de Hispanoamérica, el Imperio del Brasil, desarrollo y crecimiento de las naciones modernas de Hispanoamérica hasta... 1957. Cada una de las secciones, sólo esquematizadas en estas líneas, se halla subdividida en múltiples apartados correspondientes, no se olvide, a los distintos aspectos en que pueden estudiarse y en los que no puedo detenerme.

---

[8] HUMPHREYS, R. A.: *Latin American History. A Guide to the Literature in English.* Oxford University Press, 1958; 197 págs.

Resumiendo, el profesor Humphreys, autor de varias obras principalmente de historia diplomática referidas a la América de habla española y portuguesa, nos brinda una guía de consulta imprescindible para el profesional y el profano interesado en alguna faceta social, económica, política o cultural de la parte del Nuevo Mundo que más atañe a los peninsulares.

* * *

Obra general también es el pulcro volumen que nos llega con el mismo pie editorial que el anterior, dedicado a bosquejarnos la literatura rusa [9]. Tal vez haya quien opine que el tal volumen está fuera de lugar en este comentario historiográfico. Una ligera consideración bastará, creo yo, para sacarle del error. ¿Cuándo surge la literatura rusa ante los ojos, a menudo atónitos, del mundo occidental? Precisemos: en la segunda mitad del siglo XIX. El autor, Marc Slonim, destaca la invasión, y por sorpresa, de una literatura nacida al parecer por generación espontánea en las tinieblas árticas de la barbarie y el despotismo rusos. Por primera vez Europa y América oían hablar de Turgenev, Tolstoy, Dostoiewsky, Gogol, Chejov, Gorky, Bunin..., autores de fuerza y originalidad incontestables.

Sabemos hoy del impacto de esta literatura rusa en el mundo contemporáneo y en la vasta Rusia. Impacto social, económico y político. Si añadimos que el volumen termina no sin echar una ojeada a la literatura en auge durante el período soviético, de 1917 para acá, se comprenderá el interés que para todo historiador moderno —en el doble sentido del vocablo— tendrá el estudio de las corrientes de pensamiento que vibran en las obras de las grandes figuras literarias de la Rusia redescubierta por Occidente, repitamos, en la segunda mitad del siglo XIX. Slonim, tras dedicar unas veinticinco páginas a puntualizar los oscuros orígenes de esta literatura y el resurgimiento que en el orden intelectual y espiritual representó el reinado de Pedro el Grande, se demora a conciencia en los valores fundamentales del Ochocientos, desde los comienzos prerrománticos a Pushkin, Lermontov, Gogol y los naturalistas; los críticos de Bielinsky a Herzen; Turgenev, Goncharov y Ostrovsky; los nihilistas y revolucionarios; los populistas y, de éstos, a Dostoiewky, Tolstoy, Chejov, los modernistas y simbolistas, Gorky y los literatos postleninistas. Además del índice onomástico, unas minuciosas notas bibliográficas,

---

9 SLONIM, Marc: *An Outline of Russian Literature.* Oxford University Press, 1958; 253 págs.

metódicamente expuestas, servirán de inapreciable guía a los que deseen proseguir más a fondo el estudio de esta sin par literatura.

* * *

A su manera, es también historia general la de una ciudad que con el tiempo se convertiría en un mundo, en "una Babilonia", según bautizaran a Londres los más conspicuos liberales españoles del pasado siglo. Dos eruditas universitarias, que en obras anteriores probaron su suficiencia en la investigación escrupulosa y paciente, colaboran en una fina y bien lograda biografía de Londres [10], "the flower of cities all", en opinión de un escocés fallecido más de cuatro siglos atrás. Aprovechemos el gentilicio para certificar que los que más alabaron la capital del Támesis no fueron londinenses. Por lo que respecta al libro que acapara ahora nuestra atención, certifiquemos también que no se trata de una historia de Londres, sino de los londinenses. A los autores no les ha interesado la Corte ni el Parlamento. Su amoroso estudio lo concentraron en la población corriente y moliente, la que se gradúa de elegante en indumentaria y costumbres, y la que se doctora en todas las artes del hampa. ¿Límites cronológicos? Desde los tiempos más remotos de los que han quedado testimonios fehacientes hasta la formación del Consejo del Condado de Londres en 1888.

Desde los tiempos prerromanos, las autoras van escudriñando restos prehistóricos, arqueológicos y documentales, con meticulosidad y erudición dignas de todo elogio, para seguir los altibajos de grandeza, ruina y reflorecimiento de la urbe, que con los siglos había de ser la mayor del mundo. La urbe se desarrolla en torno a iglesias de popular devoción —la más famosa la abadía de Westminster, fundada por Eduardo el Confesor— y en torno a fortalezas militares —la más renombrada la, por antomasia, Torre de Londres, erigida por Guillermo el Conquistador—. El propósito inicial del libro, antes especificado, se pone de manifiesto al llegar a los tiempos de Chaucer (siglo XIV), nombre que nos trae a la memoria al escritor, haciéndonos olvidar al miembro del Parlamento, al perceptor de derechos de consumos y al ciudadano más bullcioso y simpático de su época.

De manera similar al tratamiento del tema alrededor de Chaucer, las autoras nos adentran en el Londres, sucesivamente, de Dick Whittington, de Tomas Moro, de Greshams, de Ben Jonson, de John Taylor y John Evelyn, de Russells, de Chippendales, de Fieldings, de Rowlandson, de Edwin Chadwick, de Dickens y, finalmente, del Lon-

---

[10] MITCHELL, R. J.-LEYS, M. D. R.: *A History of London Life*. Londres, Longmans, Green and C°., 1958; 302 págs. + numerosas ilustraciones.

dres del príncipe Alberto. Cada uno de los nombres sirve de punto de referencia para conocer las inquietudes ciudadanas de cristianos y judíos; de artesanos y labradores; de ricos y pobres; del maestro y el aprendiz; del mercader, el soldado y el marinero; del abogado y el cambista; del médico y el arquitecto, del poeta y el tabernero, del santo varón y el ribaldo, del artista y el filántropo, del sanchopancista y el revolucionario... Una población de tan abigarrado y complejo vivir exigía diversidad de lenguaje, según el estrato social —refinado o populachero— que nos describieran las autoras. Huelga añadir que se cumple la exigencia, y que el lector capta, no sólo la objetividad minuciosamente documentada, sino también la alternancia de sutilezas, crudezas e insolencias propias de los personajes resucitados en esta magnífica obra.

AUGE Y DECLINACIÓN DEL IMPERIO.

La fecunda claridad —y calidad— intelectual de don Ramón Menéndez Pidal da fe de vida periódicamente en variedad de trabajos históricoliterarios, recogidos por lo general en volúmenes que pasan a enriquecer los plúteos de nuestras bibliotecas. En nuestro caso particular, después de haber sido estudiados y gozados. (El contenido, rico en sugerencias, y la prosa, elegante por eliminación, reclaman los dos participios.) Del volumen que, para todos los bolsillos, acaba de editar una Colección popularísima [11], importa a mi empeño historiográfico destacar dos temas que señalan, en lo universal y nacional, los comienzos de un Imperio demasiado perfecto en su concepción para cuajar duraderamente en la realidad. Tópico, el del *Imperio español* aplicado al siglo XVI, "cuando se trata en puridad de una megalómana o esnobística licencia de lenguaje de los últimos tiempos que no corresponde, ni aun descoyuntada, a ninguna realidad histórica", ha escrito recientemente el duque de Maura [12].

Años después de haber enfrentado las opiniones de fray Bartolomé de Las Casas y de Bernal Díaz del Castillo sobre la colonización de América, se le ocurre hoy a don Ramón comparar la misma opinión de Las Casas con otra análoga de Francisco de Vitoria. Recordemos: dos dominicos de muy diverso temple, el primero hombre de acción; el segundo, de pensamiento. De esta disparidad temperamen-

11 MENÉNDEZ Y PIDAL, Ramón: *El P. Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y VII* (núm. 1.286 de la Colección Austral). Madrid, Espasa-Calpe, 1958; 152 págs.

12 En *La sucesión de los Reyes Católicos* ("Cuadernos Hispanoamericanos", números 107-108; Madrid, nov.-dic., 1958), pág. 226.

tal tenía que derivarse la distinta posición de ambos ante los indios americanos, oposición que se unificaba para rechazar —olímpica y escandalosamente— la bula de Alejandro VI. En este choque de ideas que se da de modo exclusivo en la colonización española, Vitoria sobresale por la finura de sus razonamientos. Demuestra que el Papa no tiene jurisdicción sobre los infieles, sino sólo sobre los cristianos. Las Casas, aun negando la potestad terrena, aceptaba la espiritual sobre todo el orbe. Los españoles, pues, al navegar hacia las playas del otro lado del Atlántico, ni llevaban títulos para ocupar aquellas tierras ni podían exigir que los bárbaros se persuadieran de la bondad de la fe cristiana al primer anuncio que de ella se les hiciera.

Menéndez Pidal pasa por la alquitara las *Relecciones* de Vitoria y la *Brevísima* de Las Casas. Al atribulado lector no especializado ni en la época ni en el tema le ofrece así ocasión de moverse con desembarazo en el choque de ideas a que antes hice mención, facilitándole la comprensión de la superioridad intelectual de Vitoria. Los ocho títulos adelantados por éste para justificar la presencia de los españoles en América —de los cuales sólo uno supone necesaria la intervención del Pontífice— se elevan a una altura axiológica muy por encima de los sinceros pero confusos escrúpulos morales de Las Casas. En párrafo magistral, condensa don Ramón el conflicto de conciencia en los dos dominicos: "Vitoria y Las Casas sienten con calor la causa de la parte más débil, el indio; y se oponen al interés egoísta de los conquistadores y a la ambición política de los reyes; pero Las Casas, a través de un simplismo conceptual, ve el problema a medias, abultando la justicia que asiste a la parte débil y negando en absoluto toda justicia a la parte fuerte, mientras Vitoria ve las complejidades de la realidad y reconoce equitativamente los derechos de una y otra parte, no osando decidir entre la una y la otra." Cierto que la veleidosa fama se encariñó con el libelo infamante de Las Casas y relegó las *Relaciones* al aprecio de unos cuantos sabios. Pero los siglos y la sedimentación de las pasiones permitieron al fin declarar a Vitoria maestro de moral y de justicia, inspirador de las admirables Leyes de Indias y fundador del moderno derecho de gentes.

En el ámbito peninsular, la guerra de las Comunidades vista por Menéndez Pidal a nueva luz documental representa la sacudida sufrida por el orgullo nacional ante el cambio de dinastía verificado con insolente desconsideración y desacato, con perdón sea dicho de los que aún sienten nostalgias imperiales. No ya una nobleza decadente, sino el pueblo clama "¡Viva Carlos y mueran malos consejeros!", al poner en parangón los derechos reales de Carlos y el latrocinio organizado de Chièvres y aprovechados magnates del séquito flamenco. Ante el abismo de rebelión que se avecina, fija don Ramón en

la fecha del 31 de marzo de 1520, con el discurso del doctor Mota, el nacimiento de la idea imperial de Carlos V como base de la política por él desarrollada, en esencia la política universalista encomendada por la Reina Isabel a sus sucesores. A los tres años de ausencia, asegura el obispo que "el huerto de sus placeres (del César), la fortaleza para defensa, la fuerza para ofender, su tesoro, su espada y su silla de reposo ha de ser España".

A los tres años..., y bajo la inspiración de los fines en gran parte religiosos contenidos en el discurso del doctor Mota —aliviar los males de la Iglesia y combatir a los infieles—, comenzaría a reinar el joven Carlos, aunque sólo en la esfera del pensamiento. De momento, y ante el descarado robo de Castilla por los flamencos, perdía Carlos el amor de sus pueblos en la península. Lo atestigua el cardenal Adriano. En una primera fase, las comunidades reaccionan contra el gobierno del Emperador; en la segunda, los grandes, apoyados en las dotes oratorias y estilísticas de fray Antonio de Guevara, se revuelven contra los comuneros, y pierden éstos, aunque no del todo. Otro párrafo de Menéndez Pidal integra en superior unidad los diversos elementos del conflicto: "Tenían los sacrificados en Villalar que ver el fracaso de su republicanismo, pero nunca un martirio de idealidad queda infecundo, y tenían que triunfar en algo muy importante, en su exigencia de nacionalizar y moralizar el gobierno de Carlos V."

* * *

Si, como nos ha documentado el duque de Maura en obra reseñada en estas mismas páginas [13], los españoles, tras el desastre de la Armada, empezaron a perder la fe en la grandeza de un Imperio simbolizado durante decenios en la majestad del Rey Prudente, cabe preguntarse cuándo los españoles desistieron de la empresa imperial. Cuándo, juiciosamente, se percataron de que era imposible mantener la pauta heroica legada por el César Carlos. De nuevo acude al envite, puntualmente, el duque de Maura en libro que es comento y deducción reflexiva sobre *Avisos* de Pellicer, laboriosamente afanados por el erudito Camacho [14].

Concedido el margen —realista— que debe darse a la obsesión de la diplomacia de la Monarquía de asegurar el paso de los tercios del Mediterráneo a Flandes, bordeando las tierras enemigas del Cristianísimo, no podrá negarse la Cruzada que con base religiosa capitanea-

---

13 V. nota 4 de este comentario.

14 *Desistimiento español de la empresa imperial. Reconstituído sobre "Avisos" de Pellicer,* por MANUEL CAMACHO Y DE CIRIA. Comentado por el duque de MAURA. Madrid, Espasa-Calpe, 1958; 166 págs.

ba España contra la heterodoxia, de muchos siglos atrás, dirigida contra los protestantes de 1517 a 1648. En este porfiado batallar se destaca la fecha de 1635, por la indiscutible superioridad del primer ministro de Francia, Armando de Richelieu, cardenal de la Santa Iglesia Romana. Escribo superioridad pensando, claro está, tanto en Felipe IV como en su poderoso valido. ¿Fué en sus comienzos bien visto don Gaspar de Guzmán? Parece ser que sí, en Castilla al menos, por ser sus máculas de tipo celtibérico (las enumera el duque de Maura): "el irreprimible afán de mandar, aun incidiendo en mangoneos caciquiles; la hipertrofia del amor propio, que prefiere en cada lance salirse con la suya a tener razón; el favoritismo encumbrador de parientes y amigos, no sin anteponer el más dócil al más apto, y, sobre todo ello, el tenaz propósito asimilista de castellanizar uno tras otro, al compás y con ayuda de las circunstancias, todos los reinos de la Corona católica, comenzando, claro está, por los peninsulares".

En estas mismas máculas, tan aplaudidas al principio, germinaría la levadura que había de allanar el hinchado prestigio del favorito. En efecto, al suprimir de raíz toda oposición, para facilitar el ejercicio de su mando, don Gaspar se convirtió en "contratista del acierto", según observa el duque de Maura, monopolizando los triunfos y también, íntegra, la responsabilidad moral de los fracasos. Éstos se fueron amontonando, in crescendo, hasta la caída de Olivares, en 1643. Pellicer, divulgador de la actualidad ignorada o mal conocida, sin proponérselo, reflejaría en sus escritos más adversidades que bienandanzas. Sus escrúpulos de conciencia le impedirían trocar los rasgos fisionómicos de la villa y corte "de melancólicos en jocundos", permitiendo a los lectores de hoy sacar conclusiones no captadas por los contemporáneos. Para los súbditos del más simpático de los Austrias, los golpes más duros se encajarían en 1640.

En esta fecha resaltaría el contraste entre la Monarquía berroqueñamente unitaria de Francia y la mancomunidad de la Monarquía española, compuesta de muy diversas y dispersas naciones. Contra la recomendación, en 1625, del conde-duque, Felipe IV seguiría siendo rey de Portugal, de Castilla y León, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona..., no rey de España. La irritación creciente producida —y desdeñada por el valido— en la periferia peninsular por el unitarismo político, el centralismo administrativo y el asimilismo legislativo desencadenarían la tormenta. Los *Avisos* de Pellicer, sensatamente tamizados por el duque de Maura, nos ponen en antecedentes y nos explican los resultados de insolencias, contrafueros, soberbias y tropelías, mientras la corte católica se graduaba de ciudad alegre y confiada, ciudad en la que, de pronto, se hacía oír un loco extremadamente cuerdo, como aquel labrador que plantándose delante del

rey le dijo un día durante una procesión: "Al rey todos le engañan, señor. Esta Monarquía se va acabando y quien no lo remedia arderá en los infiernos."

Catalanes y castellanos discreparon del concepto de Patria; portugueses y españoles, en el de Monarquía. La fe en el mismo Dios se patentizó insuficiente "para procurar, estimular y garantir la unidad política". Y así, las circunstancias harían que los alzamientos iniciales se trocasen en guerras civiles, enlazadas con la general de Europa, y que en todas, pasito a paso, se hundiera el optimismo que un siglo antes viera nacer los versos eufóricos de Hernando de Acuña. Con los fracasos cosechados por el rey y su favorito, se llegaría a 1643 sin Olivares, sin Gobierno y sin pulso, como escribe el duque de Maura, inficionada la atmósfera en la propia Castilla "por miasmas de mentira y humos de adulación", normales en regímenes periclitantes. Pudo Felipe IV ejercer el mando supremo de sus ejércitos —en la campaña de 1644—, pero ¿quién podía imponerle la dirección diplomática, política y administrativa de tan vasta Monarquía como la suya? Los covachuelistas, atentos a la batuta del valido, y los personajes conspicuos, acostumbrados al medro, fueron incapaces de reinstaurar en la Monarquía fundada por los Reyes Católicos las tres virtudes ya impracticadas: "congruencia en la acción, acierto en la previsión y firmeza en la continuidad". La escasez de espacio, como de costumbre, cercenará nuestros deseos de seguir puntualizando los razonamientos deducidos de los *Avisos* por la fecunda pluma del duque de Maura. Estos razonamientos nos conducen, primero, a contemplar la mustiedumbre de la corte católica, y, finalmente, a certificar la desgana definitiva de Imperio en la colectividad hispánica.

De fin de siglo a los años veinte.

Consciente de que la "suma de todos los desequilibrios mentales es la pedantería", según escribió años atrás Azorín, Ernest Dudley no ha querido caer en la pedantería de tratar únicamente grandes y solemnes temas. Ha logrado con su último libro [15] hacer confesar al lector que la fragilidad humana es propia de todas las categorías sociales, del príncipe al truán. Porque para cuantos se interesan en el fluir de las generaciones, y más particularmente en las de nuestros padres y abuelos, lo de menos es la vida y peripecias —senti-

---

[15] Dudley, Ernest: *The gildded Lily. The Life and Loves of the fabulous Lillie Langtry*. Londres, Odhams Press, Ltd., 1958; 224 págs. + 30 ilustraciones.

mentales y pecuniarias— de la hija del deán de Jersey. Lo que cautiva es el hormigueo de las multitudes en pos de una bella y ambiciosa mujer en la que se inspiran modistos, pintores, escritores; que asedian nobles y hombres de negocios; que es recibida en audiencia por la mismísima reina Victoria, curiosa de conocer a quien los rumores aseguraban era la amante del príncipe de Gales.

Lillie Langtry salta a la escena y, con honores reales, tiene acceso a las sociedades más selectas del gran mundo finisecular. Las recepciones y las bienvenidas alcanzan niveles de histeria. Bella y melodramática hasta el final —fallece en 1929, a los setenta y seis años de edad—, fortuna y ambición la acompañan. Constituye su personalidad, para el historiador social, un brillante punto de referencia de ese telón de fondo que, aparentemente, sigue siendo dorado hasta la primera conflagración mundial. En ese amable y suave y dorado telón de fondo, ¿se olvida el obrero de su miseria, el plutócrata de sus negocios, el noble de sus privilegios? ¿A qué extremos han exagerado sus apreciaciones los pintores impresionistas, los novelistas y poetas de las Rivieras italiana y francesa, los periodistas en sus crónicas de sociedad y de viajes? Algo de todo esto se intuye en las páginas de esta biografía construída sobre materiales de hemeroteca, algunos libros y, sobre todo, los testimonios orales de contemporáneos fidedignos.

* * *

En un tono igualmente íntimo, Beverley Nichols capta docena y media de "momentos estelares" de los años veinte [16], iniciados con el traslado a Londres de los restos del Soldado Desconocido, a los que se rindieron honores más gloriosos que a los de Napoleón. Apoyado con preferencia en la prensa y en el testimonio oral, años atrás tan injustamente denigrado como revalorizado en la actualidad, se detiene el autor con delectación en presentar los contrastes que ofrecen con los nuestros tiempos calificados a voleo de frívolos. Volviendo al Soldado Desconocido, símbolo de esperanza y belleza espiritual, recordaremos que la Segunda Guerra Mundial sacudió las ilusiones que dos decenios antes convirtieran el Cenotaph y el Arc de l'Étoile en sagrados lugares de peregrinación. Años de ilusión y de esperanza, he aquí cómo podrían bautizarse los años veinte. Y en esta su indiscutible calidad espiritual reside la nostálgica remembranza de los cincuentones que los vivieron, acentuada al comprobar las tenebrosidades presentes que oscurecen la brillantez del pasado.

---

[16] NICHOLS, Beverley: *The Sweet and Twenties.* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1958; 247 págs. + 23 fotografías y numerosos dibujos.

¿Dónde se reflejaba esa brillantez?, se pregunta Nichols, y responde sin titubear: en los ojos de la juventud. En la juventud sana, se entiende, brillaba la fe —al margen de la religiosa— en el mundo civilizado y en la posibilidad de que la civilización había de tener un sentido, si no eterno, durable. Era axiomática la fe, por ejemplo, en la Sociedad de Naciones; en el Palacio de la Paz, de Ginebra, se confiaba para solucionar los conflictos que pudieran surgir en el mundo y preservarnos de las guerras. ¿Qué nos dice la juventud de hoy acerca de la versión moderna de la Sociedad de Naciones, de esa ONU cristalera en la radiante urbe neoyorquina? En la acera opuesta a las candilejas en que suelen colocarse sus deliberaciones —no siempre mesuradas— se acumulan los sarcasmos, las paradojas, inconsecuencias y necedades cuya enumeración sería a par de monótona, desagradable. ¿Fué la Liga de Naciones inofensiva y es hoy la ONU una amenaza activa para la paz, como afirma el autor?

De las estampas ordenadas por Nicholson se desprende, ciertamente, una aureola de inocencia, que hoy tal vez se calificaría de ridícula, creídos de que somos más felices. Aseguremos que el lector que se deja seducir por sus primeros capítulos los lee todos, sin apenas darse cuenta —¿por huir de la realidad que le rodea?—. Por una u otra razón interesan la fuga alada de la Pavlova, las audacias estéticas de Epstein, las exquisiteces de Edith Sitwell, la matemática regularidad de la voz de Nellie Melba, las piruetas del matrimonio Astaire, las bizarrías de los últimos excéntricos, la heroica lucha de los irlandeses, incluso las extravagancias de una moda, reteñida por los "modistos" de nuestros años cincuenta.

R. OLIVAR BERTRAND.

KITSON CLARK, G.: *Guide for research students working on historical subjects.* Cambridge, at the University Press, 1958; 56 páginas.

Es éste un opúsculo del que no debe exigirse más de lo que el título promete, pero que suministra de modo efectivo cuanto en aquél se brinda.

Pensado y desarrollado para estudiantes ingleses, con directa referencia muchas veces a los que preparan sus tesis o trabajos de grado en la universidad de Cambridge, su uso no resulta inútil para la generalidad de cuantos se inician en la investigación histórica, como no lo es, ciertamente, para aquéllos —estudiantes o investigadores ya formados— que inician un primer contacto con los Archivos y centros de la materia en el Reino Unido.

El librito consta de dos partes de distinta significación. La primera, metodológica, donde se exponen

una serie de "normas y consejos" dictados por la experiencia, tanto como por lo que pudiéramos llamar la ética del historiador. Directrices generales y reglas prácticas sobre la elección de tema, los materiales necesarios, la presentación de resultados, la redacción de notas, etcétera, entre las que un par de ellas, de orden formativo, queremos destacar: la que dice que los resultados deben ser dictados al historiador por la evidencia y no impuestos a ésta por el historiador; y aquélla que recomienda el respeto para el trabajo ajeno, incluso —sin demérito de la justicia— para los errores ajenos: *Attacks have a great fascination for some young research students,* y es deber de los maestros moderar ese ímpetu destructivo que, las más de las veces, suele ser signo de inmadurez.

La otra parte, en forma de Apéndices instrumentales, suministra información básica sobre la bibliografía, bibliotecas, fondos y catálogos, materiales en fin, entre los que el aprendiz británico de historiador o el que realiza sus primeros buceos en la investigación británica han de dar sus pasos iniciales. *This is only intended to be an elementary introduction to the problems of historical research,* reitera la conclusión, y en tal sentido encontramos la obra enteramente adecuada.

En cuanto al prefacio, advierte que presupone el libro *the close relationship between research supervisor and research student which is the key to the Cambridge system.* Clave de un sistema universal —añadimos nosotros—, por más que tal universalidad no sea, ¡ay!, de hecho sentida o puesta en práctica siempre ni en todas partes.—*E. Benito Ruano.*

La sociedad española vista por el marqués de Valdeiglesias (1875-1949). Crónicas recogidas por MERCEDES ESCOBAR Y KIRKPATRICK. Prólogo de Melchor Fernández Almagro. Madrid, Biblioteca Nueva, 1957.

Dice M. Fernández Almagro en el prólogo de la obra que "todo testimonio, por limitado que sea, si emana de una auténtica emoción y proporciona algún dato concreto, no deja de ser útil". Nada más cierto: esta selección de artículos (1875-1949) que Mercedes Escobar presenta para conmemorar el centenario del nacimiento de su padre, don Alfredo, marqués de Valdeiglesias, ofrecen una visión de la sociedad de la época que se presta a múltiples consideraciones.

El marqués de Valdeiglesias principió a escribir en "La Época", periódico evocado por el prologuista con sumo acierto. Órgano del partido liberal-conservador, se dedicó, preferentemente, a la política internacional, finanzas, sociedad y deportes. Don Alfredo Escobar escribió también en "La Ilustración Española y Americana", "El Imparcial", "El Diario Vasco", "Domingo", "Madrid", "A B C" y "Semana", y a través de sus crónicas, más o menos banales, dejó transparentar siempre su inquietud por el progreso humano y los nuevos inventos. Citemos, en este sentido, sus crónicas sobre Filadelfia y París, su pintoresca ascensión en globo

(1906) y la descripción del kinetófono de Edisson (1913), que vió en casa de los duques de Alba. Asimismo, son sumamente sabrosos sus comentarios en torno a la higiene de las jóvenes, el primer automóvil, la cacería en El Quejigar (noviembre 1900), los bailes rusos de Diaghilev, con el gran Nijijnsky, etc. Muy emotiva su crónica sobre la Misa del Papa León XIII (septiembre 1896).

Una serie de fotografías ambientan la obra. Mercedes Escobar ha procurado respetar en lo posible el texto original, suprimiendo —según dice en el preámbulo— las largas listas de asistentes a las fiestas sociales que su padre narra.—*Francina Solsona.*

EXPEDICIONES CIENTÍFICAS Y DEPORTIVAS

Quizá los filósofos, observadores atentos de la vida actual, encontrarían en la angustia existencial la raíz de ese desasosiego que parece haberse apoderado de la humanidad. Y no sólo de los hombres de Estado, diplomáticos y políticos, a quienes vemos —muchas veces inútilmente— cruzar y recruzar mares y continentes, sino también del hombre común —comerciante, artesano o labrador—, que no sabe, como antaño, permanecer quieto y sentirse feliz en su lugar. Necesita moverse, desplazarse. Y cuando su salud o sus medios económicos no se lo permiten, precisa de libros que satisfagan su inquietud y su curiosidad. A esta necesidad actual, no explicable únicamente por la multiplicación de los medios de transporte, responde la edición de libros de viajes por países y tierras, en las que con dosis muy variable se entremezclan historia, aventuras, interés científico y fantasía.

* * *

Después de tantas publicaciones cuyo fondo temario ha sido Rusia durante los decenios últimos, con tema biográfico o político, ha sido un acierto que apareciera en el mundo de los libros la obra de Yuri Semiónov [1], escrita de manera objetiva, como reclama todo proceso histórico.

En general se tiene una idea equívoca de lo que es Siberia, y sólo se repiten vaguedades acerca de este inmenso país, cuya imagen de hielos y campos de prisioneros ha hecho que se la considerara tierra de maldición. Semiónov nos la presenta hermosa y rica, de *suelo de oro,* como la motejaran de antiguo, cuando ni se sospechaba la riqueza minera que atesora.

Desde las primeras páginas sentimos cómo el autor ha querido protagonizar el hecho económico, móvil de todo lo bueno y malo que en el transcurso de cinco siglos y medio ha modelado a Siberia. Empieza la obra en el siglo XIV, aun cuando hay una introducción de "energías motoras", que arranca del siglo XIII con la oleada de los mogoles, y sigue con la crónica

---

1 SEMIÓNOV, Yuri: *Siberia. Conquista y exploración del venero económico de Oriente.* Barcelona, Editorial Labor, 1958; 488 págs., 56 láms. y 8 mapas.

de la expedición de Guiurata. Nos sitúa el autor en el centro moscovita, deseoso de tener una salida al Mar Blanco. Para ello era necesario romper el arco formado por las colonias novgorodenses, objetivo que consiguen las tropas del Gran Príncipe de Moscú en el año 1478. Desde este momento, no cesa la codicia de los zares para la obtención de sal y pieles. Surge la casa Stróganof, con Anika, el fundador de una firma que seguirá durante tres siglos monopolizando el comercio de Siberia, pieles principalmente, que fundamentarán la fama de Eldorado de Siberia. El autor, sin olvidar nunca lo económico, nos traza sendas biografías de los personajes más importantes que se lanzan a explorar las inmensas regiones siberianas, con apoyo financiero, la mayor parte, de los Stróganof. El fino olfato de esta familia para los negocios se patentiza en la serie de cartas otorgadas por los zares, cartas que les obligan a servir a la corte, pero sin dejar por ello de llenar sus arcas, parte a expensas de las ventas forzadas impuestas a sus convecinos. Facilitada la lectura por los ocho mapas que integran la cartografía, es fácil seguir los pasos de conquista a través de los siglos. Vemos desfilar a Yermak, al cruzar la cordillera de los Urales y conquistar y dominar el imperio de Kuchum, descendiente de Gengis Jan, quedando así expedito el camino para seguir hasta la Siberia oriental y, por tanto, al Pacífico.

Aun cuando la obra se constriñe a Siberia, el centralismo zarista obliga al autor a deslizarse por los tentáculos del pulpo dominador, y llegar, de vez en cuando, al meollo estatal. Ello explica que, someramente, se sigan también las astucias de los zares con Inglaterra, cuando ésta pretendió llegar al Mar Blanco para el comercio de pieles, expedición llevada a cabo por el veneciano Sebastián Cabot.

Debido al paulatino y reciente calentamiento de la región ártica, se ha facilitado muchísimo la colonización del territorio. No obstante, en el siglo pasado, las temperaturas de Irkutsk llegaron a cincuenta y sesenta grados bajo cero; tanto es así, que lo helado del terreno impedía con frecuencia la construcción de viviendas. Cita el autor la proeza del comerciante Sherguin, que cavó un pozo de 117 metros de profundidad, topando siempre con terreno helado.

A medida que van progresando las exploraciones y, por consiguiente, la ocupación de Siberia por Rusia, surgen conflictos con China y Manchuria, esta última fortalecida por el enderrocamiento de la caduca monarquía Ming. Nos informa el autor de multitud de exploraciones, entre ellas las emprendidas por Deshnev, del Océano Glacial del Norte al Pacífico, descubriendo el estrecho que separa Asia de América, y que luego, ochenta años después, se llamó de Bering, vencedor en una de las ilusiones de Pedro el Grande.

Para el lector, cobran personalidad algo más que cartográfica los nombres de Sajalín, Ojotsk, Kuriles, Japón, Alaska, Manchuria, Corea, estrecho e isla de Bering... Y por todos estos nombres circula la divisa económica de Siberia, que son pieles: martas, castores, zorros, nutrias, renos...

Unido a los descubrimientos geográficos y a las expediciones científicas, y a compás de las transacciones comerciales que unas y otras suponen, el autor acumula minuciosas noticias biográficas de infinidad de personajes

que intervienen en la colonización de estas regiones. En su compañía llegamos a la desembocadura del Amur, y vivimos sus inquietudes, las de Kropotkin, Bakunin y otros precursores de la revolución. Se destaca, en la parte más vital de la obra, el gran conde Serguei Yuliévich Witte, odiado por los aristócratas —a pesar de ser nieto de una princesa— y despreciado por la prensa. A todos los dominó con su talento y laboriosidad en el transcurso de los treinta años en que tuvo en sus manos la hacienda y la política de Rusia. Intervino Witte en la venta de Alaska (7.000.000 de dólares), que el autor justifica. Es también el promotor del transiberiano y el negociador de la firma de la paz ruso-japonesa. De gran interés son los comentarios que arranca al autor la despiadada frase de la prensa inglesa —"el Derecho Internacional no exigía una declaración de guerra formal"—, cuando el ataque de Puerto Arturo por los japoneses. De la frase se aprovecharían estos últimos para repetir la misma brutalidad contra los Estados Unidos, treinta y ocho años más tarde.

La derrota de Rusia por los japoneses flageló las mentalidades rectoras del Imperio zarista. De Witte es la frase que transcribo: "Los japoneses no han derrotado a Rusia ni al ejército ruso, sino a nuestro sistema." Recordemos que Lenin sentenció: "El que ha sufrido una derrota vergonzosa no es el pueblo ruso, sino la autocracia rusa." Y poco después, el monárquico convencido Tijóminov, profetizó: "La vergüenza de Rusia será probablemente el punto de partida de la liquidación de la Monarquía." Como se comprenderá por las anteriores declaraciones, la revolución rusa estaba en marcha, incontenible ya, transcurrido el primer lustro del siglo.

Intercala el autor multitud de anécdotas en la narración histórica, las expediciones y la lucha económica, vital para la colonización de Siberia. Observemos que esta lucha es, en muchos casos, inhumana, aun cuando el autor se afane en compararla, ventajosamente, con las que se realizaban en América por aquel entonces. Cierto, nunca los rusos planearon el exterminio de pueblos, tantas veces registrado en los anales de otros pueblos occidentales. Conviene recordar la frase de "un crimen es siempre un crimen, donde y cuando se cometa", repetida por rigoristas más teólogos que historiadores, para no dejarse arrastrar por entusiasmos patrióticos de ética muy dudosa. Si bien Rusia no ha tenido problemas raciales, tuvo que afrontar los sociales, con los radicalismos originados en la abundancia o en la pobreza, y las consiguientes víctimas, alternativamente pudientes y miserables. La lectura detallada y minuciosa de la conquista de Siberia, con todos los abusos por parte del Estado y la falta de visión de éste para organizarla y explorarla, explica la impopularidad del zarismo.

A grandes pinceladas, bosqueja Semiónov el período rojo, cerrando así este magnífico libro que nos permite pulsar los pros y los contras de un pueblo que, por estar integrado de infinidad de razas, había de ser múltiple también por sus individualidades. Una copiosa y comentada bibliografía, así como los índices, general y onomástico, ayudan al lector a una más completa consulta.

* * *

Revalorizando las regiones que hasta ahora no fueron sino meta deportiva, nos llega una Antología [2], integrada por escogidos fragmentos de los navegantes que a lo largo de los siglos lucharon buscando la incógnita de las tierras polares. Está dividida teniendo en cuenta las épocas en que se emprendieron dichas exploraciones. Así, el recopilador ha considerado necesario presentarla en cinco edades: *Edad de las Conjeturas,* en la que se recogen fragmentos de la *Odisea,* de Homero —por tanto, del 700 a. C.—, en los cuales el divino ciego habla ya de viajeros hacia el Norte. Reproduce igualmente fragmentos de Pytheas, de St. Brandon... Entra luego en la *Edad de los Vikingos,* con fragmentos sacados de la saga de Islandia y Groenlandia, al tiempo que nos informa del descubrimiento de esta última por Enrique el Rojo y su hijo, así como de la posible llegada de este último a América, hacia el 994. Sigue la tercera Edad, la de los *Merchant Adventurers,* encabezada por el italiano Sebastián Cabot, ahora al servicio de los ingleses, con su intento de encontrar el paso del Noroeste hacia el dorado Oriente, empresa que se inicia en 1497, pero que, como las subsiguientes, no consiguió su objetivo, apuntándose a su favor, sin embargo, el haber podido alcanzar la latitud 58º. Siguen a Cabot una expedición tras otra, movidas todas por la misma finalidad: la de encontrar un paso por el Noroeste. Lo consigue a mediados del siglo XIX el capitán Robert M'Clure, cuando buscaba los barcos de la expedición Franklin. Hasta la primavera del 1853 no se realiza la travesía del codiciado pasaje, travesía llevada a cabo por el capitán Kellett, mandada en socorro de la expedición de M'Clure, enferma y sin provisiones.

Los fragmentos seleccionados cuando las expediciones fracasan (debido al escorbuto, por ejemplo) son de un dramatismo escalofriante. La mayoría proceden de los diarios del capitán de la expedición. Los nombres de los más famosos exploradores cobran nueva vida en estas páginas: unos dirigiendo las expediciones hacia el Noroeste, por el actual Canadá; otros intentando cruzar el Ártico por el norte de Siberia. Buscando el Polo Norte unos; intentando otros alcanzar el Polo Sur, acierta el autor de esta Antología a describirnos las hazañas que han abierto el tráfico marítimo por el mundo de los hielos, las hazañas que pusieron los cimientos para el dominio de nuestro planeta, que se nos está quedando chico. Entre los nombres célebres que echamos de menos está el del valeroso y famoso Amundsen, citado tan sólo al mencionar la expedición de Scott. Tampoco hace mención de Bering, ni de otros exploradores rusos, dignos de haber sido honrados.

Esta Antología, que nos recuerda la geografía actual —Frobisher, Hudson, Davis, Cook, Barents, Ross...—, se cierra con fragmentos del Diario de David Haig-Thomas, testimonio de su expedición a Groenlandia —en 1938—, durante la cual descubrió aún una isla y estudió los hábitos de muchos pájaros norteños.

* * *

---

[2] COURTAULD, Augustine: *From the Ends of the Earth (An Anthology of Polar Writings).* Londres, Oxford University Press, 1958; 423 págs. + un mapa del casquete Ártico y otro del Antártico.

En su reportaje de la India actual, nos ofrece Tichy [3] algo más que una narración de los distintos y variados lugares por los cuales realiza su segundo viaje a la India. Se permite hacer el balance, muy acertadamente por cierto, de las conquistas de la revolución, así como de las fallas y objetivos no alcanzados todavía. Herbert Tichy está en condiciones de opinar dentro del nuevo orden asiático, dados sus muchos años de residencia en Asia, su asistencia a las universidades indias y su frecuente trato con todos los estamentos sociales. Mientras nos conduce por parajes maravillosos de distintas vertientes del Himalaya, nos da noticia minuciosa de la vida de los peregrinos eremitas, anacoretas y santones; nos pone en contacto con el presente de la India, la ardua lucha de Nehru para adaptar su pueblo a una nueva fase de civilización. Enjuicia la posición de China y Corea con respecto al mundo occidental y pone de manifiesto la incomprensión que tanto Europa como Norteamérica demuestran de cara al Asia, y de cómo las embajadas se olvidan de tomar el pulso a la masa campesina asiática que, a la postre, puede ser la rectora de todo el Antiguo Continente.

De hecho, el autor nos sirve la actualidad de Asia, tal como él la respira, pisando firme un presente que, al compararlo con el pasado de sólo quince años atrás, cuando escribió su *Bajo el Trono de los Dioses,* podemos cotejar el salto dado por este pueblo espiritualista informado hoy, en los rincones más apartados, de las reformas agrarias de la China de Mao Tse Tung.

El espíritu crítico de Tichy y la agudeza con que enjuicia los hechos nos permiten garbear, a través de los precisos datos de la política actual, las vacilaciones en que vive la India para escoger entre Rusia y el mundo occidental. Europa y Norteamérica tienen la palabra. Los conflictos raciales de los Estados Unidos y la desconsideración que los emigrantes indios sufren en África del Sur *exasperan* incluso a Nehru.

A lo largo de la obra surge, inmensa, la figura de Gandhi, y, a la par, todas las personalidades políticas que con mayor o menor fidelidad siguieron sus métodos. No se olvida el autor de Mira Bhen, la dama inglesa que todo lo abandonó para seguir al maestro en su teoría de la no violencia. Nos habla Tichy del jefe del socialismo indio, Jaya Prakash Narayabab, probable sucesor de Nehru, y nos pone también en comunicación con el gran millonario Dalmia.

Para los aficionados a lecturas de viajes, *La metaforfosis de la flor de loto* les brinda no tan sólo el placer excitante de las aventuras, el pintoresquismo de exóticas formas de vida, costumbres, religiones, supersticiones, etcétera, sino también la imagen de lo que ha alcanzado y lo que anhela este pueblo de maravillosa y rancia cultura.

* * *

No abundan las obras dedicadas a los aborígenes de Australia. Ésta que

---

3 TICHY, Herbert: *La Metamorfosis de la Flor de Loto* (Un reportaje sobre la India). Barcelona, Editorial Labor, 1958; 280 págs. + 87 ilustraciones y un mapa.

ahora nos llega [4] no se puede catalogar entre las científicas dedicadas al estudio del hombre primitivo; pero tampoco entre las meramente periodísticas, con la mera finalidad de sorprender al lector con rarezas, anécdotas y curiosidades. Mountford está en condiciones de realizar un estudio detenido de la vida física, moral y espiritual. Ha vivido, ganando su confianza, en el seno de este pueblo primitivo, de civilización estancada en plena edad de la piedra; pueblo que satisface sus necesidades tan sólo con cinco utensilios, y se guía por rutinarias tradiciones conservadas en pintorescas leyendas, de las que el autor relata las de mayor importancia antropológica. Las experiencias vividas con los salvajes del centro de Australia dan más relieve a esta narración.

No se reduce el autor a ofrecernos sus aventuras. Nos informa sobre la tremenda lucha que por la existencia soportan los habitantes de los desiertos australianos. Nos enteramos del ritmo de vida, las creencias espirituales, la moral sencilla y primitiva, pero rica en valores, que muchas veces se echan de menos en nuestra civilización occidental.

En compañía de camelleros nativos, va recorriendo los distintos parajes que, ya por su belleza o exotismo, suelen ser el fondo de las leyendas de este pueblo, de vida similar, repitamos, a la de nuestros antepasados prehistóricos. Solícitos, los indígenas cuentan al autor las variaciones del paisaje a base de historias fantásticas atribuyendo a seres de remotas edades poder sobrehumano. El sentido de la belleza, que también poseen, lo manifiestan al escoger los lugares más hermosos por teatro de su pasado.

Asiste el autor a ceremonias fúnebres, de iniciación a la pubertad y de pura magia, como las que suelen provocar la lluvia, al estilo de las practicadas por tribus del centro de África.

La contemplación de todas las actividades de este pueblo pacífico unida al amor que el autor no disimula sentir por ellos, pone al lector en íntimo contacto con unos individuos del mundo primitivo que, si a veces se muestran violentos con algún blanco, se debe, según el autor, al trato que éste les da y que no suele ser muy caritativo. Viven en una atmósfera de amor familiar, son monógamos, y sienten un gran amor por los animales domésticos, sobre todo por el perro, al que consideran miembro de la familia.

Digno de encomio es el propósito de las autoridades australianas, tratando de atraer estos pueblos a la civilización occidental, sin imposiciones, protegiéndolos y suministrándoles alimentos a cambio de la asistencia a las escuelas, a fin de poderlos asimilar lentamente.

* * *

Por la cantidad de publicaciones en todas las disciplinas del saber, así como por las que resultan ser meros halagos del espíritu, queda demostrada la enorme sed de lectura que padece el mundo occidental. Esto nos

---

[4] MOUNTFORD, Charles P.: *Rostros bronceados y arenas rojas. Mitos y ritos de los indígenas de Australia central.* Barcelona, Editorial Labor, 1958; 218 páginas, con 69 ilustraciones y un mapa.

lleva a la afirmación de que no ha muerto el espíritu de aventuras en nuestro mundo moderno, a través de la ciencia o la fantasía. Se explica que, como dijimos, los libros de viajes sean cada día más solicitados. Guy Ramsey lo ha registrado así al seleccionar una serie de narraciones[5] que demuestran, sin lugar a dudas, que en nuestros tiempos, a lo largo y ancho de todo el mundo, en cualquier circunstancia de clima, carácter y nacionalidad, surgen narraciones tan heroicas, tan emotivas e inspiradas como pudieron surgir en el pasado.

En esta obra pasamos de las cimas del Himalaya a los abismos del Océano, de los remolinos y espumosas aguas del Amazonas a la tundra árida y helada de Groenlandia. Y vivimos las emociones más diversas en compañía de los equipos emprendedores de estas aventuras modernas: unas veces se distinguen por su espíritu de fraternal comunidad, otras por su heroísmo solitario..., entremezclándose el triunfo y la tragedia, la osadía y el valor.

Ninguna nación puede considerarse monopolizadora de héroes. En las exploraciones seleccionadas en este volumen, encontramos escandinavos, latinos y británicos. Hay que hacer hincapié en que los héroes no están modelados en un solo tipo. Los hay de un optimismo radiante, que contrastan con otros que se atienen fríamente a los hechos; otros, en cambio, parecen dispuestos a elevar castillos en el aire, mientras sus opuestos se aferran, meticulosos, a lo concreto. El libro que nos ofrece Guy Ramsey nos trae a la memoria la frase que Milton escribiera hace trescientos años: "La paz tiene su victorias no menos famosas que la guerra", porque pone a nuestro alcance un puñado de esas victorias, tan heroicas, como las más célebres de los tiempos pasados.

Para dar una idea del contenido del libro que comentamos, libro que, por cierto, no es de los que caen de las manos, sobre todo para los aficionados a la aventura viajera, lo mejor será relacionar las narraciones más importantes que animan sus páginas. Encontramos en ellas la expedición al Annapurna, emprendida por Maurice Herzog; la correspondiente al Everest, protagonizada por el ya mundialmente conocido Sir Edmund Hillary; la no menos famosa del Kon-Tiki, narrada por Thor Heyerdahl. Entre las más henchidas de sorpresa y emoción debemos relacionar las experiencias de Neville Duke como piloto de pruebas; las de Georges Houot y Pierre Willm en su batiscafo, a dos mil brazas de profundidad; las de Norbert Casteret en las tenebrosidades subterráneas, las de Heinrich Harrer durante los siete años que pasó en el Tibet y otras experiencias y aventuras de no menor interés, subrayemos, desde el punto de vista científico.

* * *

Aunque sea en el último lugar de este recorrido viajero, tendremos que dar fe de vida de uno de los elementos técnicos del que nunca se prescinde

---

5 *Epics of Modern True Adventure.* Seleccionadas entre veinte libros famosos. Prefacio de Guy Ramsey. Londres, Edit. Odhams Press, Limited; 320 págs.

en las expediciones modernas: del fotógrafo. Un nombre que se destaca hoy día es el de Tom Stobart, de quien nos llega su autobiografía escrita con ingenuidad y sencillez [6]. Ante todo, nos obliga a detenernos en las ilustraciones que acompañan el texto, verdaderas obras de arte de la fotografía alpina, marítima y... humana. Y despierta nuestra simpatía al hablarnos con fervor de su profesión, magistralmente ejercida, al margen de los dividendos económicos y de las muelles comodidades ciudadanas.

Estudiante en Cambridge, la cartografía le decide a ver mundo y, sobre todo, a fotografiar ese mundo misterioso, seductor, desconocido de las alturas. Logra sortear los nubarrones de la guerra —cálida o fría—, y capta con su objetivo los rasgos más característicos de Rumania, Bulgaria, Turquía, Siria, Irac, la India... Pasando por alto sus peripecias personales, le vemos elegido para la atrevida ascensión al Everest, seleccionado luego para el Antártico, miembro más tarde de un safari africano y del equipo que cruza el golfo de Carpentaria. En resumen, Tom Stobart se nos presenta como técnico fotógrafo errante —no judío—, barajando sus amores, ilusiones y fracasos con las bellísimas imágenes que nos dan revalorizada versión de la geografía física y social del mundo.—*L. B. Fuster*.

LA EVOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS GENÉTICOS

Conocido y admitido el hecho de la evolución, el problema se centra ahora más principalmente en el modo cómo haya tenido lugar el cambio evolutivo. A la genética corresponde suministrar gran parte de los datos que conduzcan a una explicación del proceso. Puesto que se trata en rigor de un fenómeno histórico, la explicación de los cambios evolutivos sólo podrá ser hallada mediante el estudio de los cambios que se den en los organismos actuales, por las deducciones que se obtengan del estudio, de vez en vez más profundo y detallado, de los fenómenos de la herencia biológica.

El fundamento causal de todo cambio en la evolución está en la constitución hereditaria peculiar de cada estirpe y en las alteraciones que aquélla sufre a lo largo del tiempo. Sobre el patrimonio hereditario actúan los factores del medio ambiente modificando la expresión de los caracteres del individuo adulto. Pero también el ambiente actúa seleccionando aquellos tipos hereditarios que mayor adecuación presentan frente al medio en que viven, en el doble sentido de capacidad de supervivencia y potencial reproductivo. Es así como probablemente la selección orienta la marcha de la estirpe, estando los factores creadores del cambio en la constelación de sistemas de herencia y variación que constituyen los sistemas genéticos.

Los sistemas genéticos consisten en las estructuras cromosómicas, su comportamiento, las mutaciones génicas, variaciones en el número de los cromosomas, índice de recombinación genética y modo de reproducción. La

---

[6] STOBART, Tom: *Adventurer's Eye (The Autobiography of Everest Filmman)*. Londres, Odhams Press, Limited, 1958; 256 págs., 73 fotografías tomadas por el mismo autor.

evolución depende más del sistema genético y de sus cambios que de las simples mutaciones génicas, menos apropiadas para la construcción de materiales evolutivos. Así es posible una mejor explicación de la llamada radiación no adaptativa en la evolución, mostrando que la iniciativa evolutiva reside en los materiales genéticos constituídos en sistema. Una simple diferencia no puede ser considerada independientemente de diferencias de otra clase. Las variaciones de un sistema genético dado pueden sobrevivir porque son favorables a la posteridad, aún remota. Así, pues, dependiendo la marcha de la evolución de los cambios en los sistemas genéticos, los modos de formarse las especies son diferentes para diferentes grupos.

Estas son, en esencia, las ideas que aporta al problema el autor del libro que reseñamos [1]. En esta segunda edición ha introducido ampliaciones y nuevos datos en los que apoya su interpretación. El punto de vista en él tratado enfoca la cuestión con un criterio poco usual en los autores que se ocupan de la problemática evolutiva. El autor reúne en síntesis original una gran cantidad de materiales que integra en exposición concisa y coherente de mano maestra. Aunque algunos detalles de sus interpretaciones no sean aceptados por todos, a causa en parte de ciertas afirmaciones un tanto dogmáticas, no disminuye el valor de la exposición que aporta ciertamente ideas altamente estimulantes.

El libro es un conciso tratado de genética que presenta los conceptos de un modo original, tratando de mostrar cómo se relacionan los diferentes sistemas genéticos derivando a través de los cambios que han sufrido en el curso de la evolución. Estudia la genética de la reproducción sexual y las consecuencias de la recombinación de los genes, los cambios estructurales de los cromosomas, los efectos de la poliploidia, la genética de los híbridos y de la esterilidad, evolución del sexo, consecuencias de la partenogénesis, influencia del citoplasma y el significado de la genética de las bacterias y virus. Termina el libro con una discusión sobre la evolución de la herencia y la iniciativa en la evolución.—*Eugenio Ortiz.*

GENÉTICA, DESARROLLO Y EVOLUCIÓN

El libro que comentamos [1] recoge y amplía una serie de ensayos parcialmente publicados en diversas revistas. Aquí, al aparecer unidos, forman un todo coherente, enlazando las disciplinas que dan título a esta nota. Los capítulos, correspondientes a los ensayos recogidos, son cinco, y sus títulos, los siguientes: *Forma, fin y tiempo; La cibernética del desarrollo; Selección de, para y por; La organización del "pool" génico; La supervivencia de los adaptados.* A estos capítulos del Prof. Waddington se añade un apén-

---

[1] DARLINGTON, C. D.: *Evolution of genetic systems* (2nd. edition). Londres y Edinburgo, Oliver and Boyd, 1958; XII + 265 págs., 35 figs.

[1] WADDINGTON, C. H.: *The Strategy of the Genes.* Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1957; IX + 262 págs.

dice de Kacser sobre *Algunos aspectos físico-químicos de la organización biológica*.

Como indica su autor, el libro trata dos grandes problemas de la biología: la naturaleza de la organización biológica y la teoría de la evolución. Ambos temas no están divorciados uno de otro, y precisamente fundir y relacionar ambos conceptos en una sola doctrina es lo que Waddington trata. Para dar idea del contenido de la obra quizá lo mejor sea seguir el orden de los capítulos, ya que el libro posee una secuencia extremadamente rigurosa.

El primer capítulo nos caracteriza el organismo biológico en función de su forma y fin; la forma depende de la organización y resulta ininteligible sin el concepto de dirección, de "goal", de fin en una palabra. Para analizar cómo se comprende este fin, el autor distingue tres escalas de tiempo aplicables a los organismos: la evolutiva, la de desarrollo y la fisiológica. Estudiados los organismos con esta última escala no aparece claro el concepto de fin y forma, pero ambos adquieren su completa dimensión cuando se consideran a la luz de la evolución y del desarrollo epigenético.

Es precisamente el desarrollo del organismo lo que se estudia en el segundo capítulo. Waddington trata la teoría de la epigénesis relacionándola con los datos genéticos. El modelo utilizado es el del paisaje epigenético, ya anteriormente expresado por el mismo autor (1940). Estas relaciones entre epigénesis y genes están gráficamente expresadas por una figura que resulta extraordinariamente didáctica y sugestiva. Dentro del concepto dinámico que da a la epigénesis el autor introduce dos nuevos conceptos: el de "creode", para indicar la ruta inherente a un sistema, y el de "homeorhesis", para designar el equilibrio dinámico del sistema.

El tercer capítulo estudia la selección desde el punto de vista genético. Creo que todo el capítulo puede resumirse en una sola frase, con una expresión cibernética: el medio ambiente no es sólo "ruido" genético.

El capítulo siguiente trata exclusivamente de genética. Como indica su título, estudia el equilibrio génico dentro del individuo y la población, las interrelaciones de unos genes con otros y su reorganización en las mutaciones, etc.

En el último capítulo se estudia la debatida cuestión de la adaptación. Como definición de ésta el autor acepta la propuesta por Sommerhof (1950), que expresa la correlación directa entre organismo y propósito. Esto encaja perfectamente en el orden de ideas ya expresado en el capítulo primero y en los términos cibernéticos en que está concebido el libro. Se establece la diferencia entre los conceptos de adaptación, adaptabilidad y aclimatación. Los diferentes tipos de adaptaciones se estudian clasificándolas en exógenas (modificaciones) y endógenas, según sean una respuesta directa al ambiente o se hayan logrado independientemente de éste. Una categoría intermedia la constituyen las respuestas directas al ambiente, pero que son heredables, adaptaciones seudoexógenas. Hecha esta clasificación se estudian los efectos de interacción epigenética, control génico y efectos de la adaptación en la homeoestasis y homeoresis de todo el organismo. La parte clave de este

capítulo es la que trata de la asimilación genética de los caracteres adaptativos. Según el autor, la solución de este problema sólo puede encontrarse en el concepto de canalización del desarrollo junto con el juego de la selección.

En el epílogo, el Prof. Waddington resume sus ideas y coordina desarrollo, genética y evolución, sacándolas de sus campos estrictos de trabajo y conectándolas por arriba, de este modo las potencialidades del organismo se hacen patentes. La selección favorece los sistemas génicos que responden a las condiciones ambientales produciendo organismos bien adaptados y a la vez en el sistema epigenético tendencias que son fácilmente modificables en formas adaptativas. Así, de este modo, un sistema génico no es un conjunto de individualidades independientes y aislado, sino el resultado de una larga historia.

Respecto al apéndice de Kacser, poco puedo juzgar; quede ésto para los físico-químicos.

En conjunto el libro es extremadamente sugerente y, a mi juicio, no debe faltar en la biblioteca de ningún biólogo.—*S. V. Peris.*

HILL, R., y WHITTINGHAM, G. P.: *Fotosíntesis.* Traducción y prólogo de F. Cordón. "Revista de Occidente, S. A.", 1957; 190 págs.

Este libro es un resumen de algunos de los trabajos y teorías más trascendentes que, desde finales del siglo pasado, han venido laborando para esclarecer la función clorofílica o fotosíntesis desde los puntos de vista bioquímico y fisiológico.

Comenzando por un estudio de la estructura vegetal con respecto a la difusión del anhídrido carbónico desde el ambiente hasta las células fotosintetizantes; de la influencia de los factores externos (anhídrido carbónico, luz y temperatura) e internos (pigmentos, enzimas, etc.) sobre dicha función; del estudio comparado de la fotosíntesis con la quimiosíntesis y, en general, con cualquier síntesis bioquímica, etc., se adentra estudiando, por una parte, los mecanismos de fijación y reducción del anhídrido carbónico, y por otra, en la producción de oxígeno por cloroplastos aislados, en los actuales conocimientos de la fotosíntesis.

Los avances en los últimos años parecen demostrar que los cloroplastos aislados, en ausencia de oxígeno, reducen el anhídrido carbónico, con lo que, para Arnon y colaboradores, serían causantes totales de la fotosíntesis. Si así fuese, el ciclo de la fotosíntesis del carbono de Calvin, que implica que en cada rotación se fija una molécula de anhídrido carbónico, la transferencia de cuatro hidrógenos y la formación de tres agrupamientos fosfato activos, se debe verificar en el cloroplasto.

Los experimentos con el isótopo radiactivo ^{14}C señalan al ácido fosfoglicérico como el primer producto intermedio de la fotosíntesis. Como el ^{14}C se encuentra en un extremo de la cadena y los derivados de la hexosa formados primeramente presentan ^{14}C en las posiciones 3 y 4, se piensa que el anhídrido

carbónico marcado se une a una molécula de dos átomos de carbono previamente existente formando en ella un grupo carboxilo. Posteriormente se condensan dos moléculas así formadas por medio de sus grupos carboxilos originando una hexosa. Para Calvin el ácido fosfoglicérico puede actuar, parte, en la formación de hexosas y de hidratos de carbono, y parte, en suministrar la molécula de dos carbonos.

Un libro, que intenta abarcar en pocas páginas capítulos tan importantes de la Fisiología Vegetal y de la Bioquímica, como los arriba señalados, se ve precisado, en gran parte, a cambiar la claridad por la concisión, apareciendo más que nada como una recopilación de datos destinados al esclarecimiento del problema fotosintético.

El prólogo (prólogo de sesenta y tres páginas para un libro de ciento setenta y una), escrito por el propio traductor de la obra, nos ofrece una serie de especulaciones en su mayoría ajenas al contenido del libro que prologa.—*Gonzalo Giménez Martín.*

ARBOR

TARIFAS DE PUBLICIDAD

Cubierta posterior en bicolor (rojo y negro).	4.000 pesetas.
Interior cubierta posterior (negro)	2.500 "
Una plana corriente	1.800 "
1/2 " "	1.000 "
1/3 " "	700 "
1/4 " "	500 "

CORRESPONSALES DE VENTA EN:

Alemania: Dr. Habelt. Bonner Talweg, 56. Boon/Rh.
Suscripción: 21 D. M.

Argentina: Sr. Urivelarrea Mora. Balcarce, núm. 251-255. Buenos Aires.
Suscripción: 95 pesos.

Bélgica: Office Int. Libraire. S.P.A.R.L.: 184, rue l'Hôtel-des-Monnaies. Bruselas.
Suscripción: F. B. 245.

Brasil: Livro Ibero Americano, S. L. Rua do Rosario, 99. Rio de Janeiro.
Suscripción: Crz. 285.

Canadá: Benoit Baril, 4234, rue De La Roche. Montreal, 34.
Suscripción: $ 4,90.

Colombia: Librería Herder. Apartado Nacional 3.141. Bogotá.
Suscripción: $ 4,90.

Cuba: Librería Martí. Presidente Zayas, 413. La Habana.
Suscripción: $ 4,90.

Chile: Librería El Arbol. Moneda, núm. 1.050. Santiago de Chile.
Suscripción: $ 4,90.

Dinamarca: Int. Bookseller & Publishr. Ejnar Munksgaard. Nörregade, 6. Copenhague.
Suscripción: C. D. 34.

Ecuador: Editorial La Prensa Católica. Apartado 194. Quito.
Suscripción: $ 4,90.

Estados Unidos: Stechert-Hafner Inc. 31. E. 10th Street. New York, 3. N. Y.
Suscripción: $ 4,90.

Francia: Ediciones Hispano-Americanas. 135 bis, Bd. du Montparnasse. París (6.°).
Suscripción: F. F. 1.760.

Holanda: Boekhandel "Plus Ultra". Keizersgracht, 396. Amsterdam.—C.
Suscripción: Fl. 18,60.

Inglaterra: International Book Club. 11, Buckingham Street, Adelphi. London. W. C., 2.
Suscripción: 35 s.

Italia: Libreria Internazionale A. Draghi Di G. Randi. Via Cavour, 7-9. Padova.
Suscripción: $ 4,90.

Méjico: Librería Porrua Hnos. y Cía. Apartado 7.990. México, D. F.
Suscripción: $ 4,90.

Panamá: Librería Ibero-Americana. Apartado 256. Panamá.
Suscripción: $ 4,90.

Paraguay: Salvador Nizza. Avda. Presidente Franco, 47. Asunción.
Suscripción: $ 4,90.

Perú: Librería Internacional del Perú, S. A. Boza, 879. Lima.
Suscripción: $ 4,90.

Portugal: Livraria Portugal. Rua do Carmo, núm. 70. Lisboa.
Suscripción: 152 escudos.

Suecia: G. Rönell Scientific Books and periodicals. Birger Jarlsgatan, 32. Stockholm.
Suscripción: C. S. 25,40.

Suiza: Buchhandlung zum Elsässer A. G. Limmatquai, 18. Zürich.
Suscripción: F. S. 21.

Uruguay: Librería de Salamanca. Juan Carlos Gómez, 1.418. Montevideo.
Suscripción: $ 4,90.

Venezuela: Librería Suma. Real de Sabana Grande, 102. Caracas.
Suscripción: $ 4,90.

Suscripción para España: 160 pesetas (pago adelantado).

Número suelto: 20 pesetas.—Número atrasado: 25 pesetas.

Extranjero: Número suelto: 25 pesetas.—Número atrasado: 30 pesetas.

VEINTE PESETAS